

A close-up photograph of a person wearing a light blue button-down shirt. The person's hands are holding a white envelope, which is slightly open and curved. The background is a soft-focus view of the shirt's fabric and buttons. A dark rectangular box is overlaid on the upper part of the image, containing white text.

— — — — —  
NUESTRO  
AMIGO

LEAL

— — — — —

MENSAJES PARA UN SEPTUAGÉSIMO QUINTO ANIVERSARIO



NUESTRO AMIGO LEAL

Compilación y edición: Mario Cremata Ferrán  
Diseño: Joyce Hidalgo-Gato Barreiro

© Sobre la presente edición:  
Ediciones Boloña, 2018

Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación  
sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

ISBN: 978-959-294-159-5

Publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad  
San Ignacio núm. 364 altos, e/ Teniente Rey y Muralla,  
La Habana Vieja, Cuba  
ediciones@patrimonio.ohc.cu  
(53) 7801 8180



Compilación, prefacio y edición  
a cargo de  
Mario Cremata Ferrán



EDICIONES **BOLONA**

La Habana, 2018



## PREFACIO



**D**esde su despuntar, el 2016 le había sido particularmente calamitoso. Sin embargo, casi contra todo pronóstico, una vez más Eusebio Leal Spengler se sobrepuso a la adversidad. Con discreta energía —en comparación con la habitual— retomaba sus deberes, que ni siquiera eludió cuando su vida pendía de un hilo.

Además de sellar una paulatina recuperación, entre sus más cercanos no era noticia que el 2017 sería un año significativo para este protagonista de la historia: el 11 de septiembre arribaría a sus setentaicinco años de vida, y el 11 de diciembre cumpliría medio siglo al frente de la Oficina del Historiador de la Ciudad, la institución que es eje rector de su existencia y depositaria de su legado.

En prenda de gratitud, más allá de lo efímero, ¿qué obsequio podría conmemorar ambos acontecimientos sin lastimar su acostumbrada modestia? Como respuesta surgió este abrazo múltiple: el abrazo de gente que lo admira, que lo quiere, que le debe, que lo venera, gente para la cual ha sido y sigue siendo una inspiración fecundante.

No fue fácil, desde luego, tejer esta urdimbre de afectos en torno suyo sin levantar sospechas. Varias veces el

factor sorpresa estuvo a punto de romperse. Sin embargo, con el apoyo imprescindible de Cary, su discreta y fiel amanuense, el cuadro se cerró cuando logré contactar a personas de las que le habría escuchado acaso alguna mención o anécdota, pero que no conocía.

En aras de minimizar celos estériles, fue preciso omitir la nómina de trabajadores de la Oficina que durante años, profesional o humanamente, le han sido leales en su cotidianidad. A excepción de dos nombres, sobre los cuales no recaería desconfianza de favoritismo: Raida Mara Suárez Portal y Sergio González Cías. Ambos le asisten desde hace más de cuarenta años. La primera, Directora Emérita de Patrimonio Cultural, además de haber sido su compañera de estudios en la Universidad de La Habana, es amiga del alma, confidente y apoyo fundamental desde los días en que aliviaba de sus obligaciones docentes al condiscípulo enfrascado en una obra titánica y aún prácticamente anónima. Otro tanto encarna Sergio, desde su propio espacio en el ámbito de la restauración.

Después de depurar una lista que a ratos se volvía interminable, en el mes de mayo se puso en marcha el plan. Sin objeciones respecto al contenido ni al enfoque que pudiese predominar, la única condición fue no rebasar las tres cuartillas, acción que, como se verá, no siempre pudo cumplirse.

A la mayoría de los elegidos se les transmitió personalmente el sentido de este empeño. Otros recibieron la petición a través del teléfono. Y a los que no fue posible



ni lo uno ni lo otro, por la distancia geográfica, se les envió correos electrónicos específicos, por más que el encargo y los términos de la entrega fuesen idénticos.

Hubo quienes pidieron reunirse a conversar sobre Eusebio antes de recibir auxilio en la redacción del mensaje, pues aunque los deseos eran indeclinables, escribir no se les daba bien. Otros enviaron su contribución, impresa y firmada, a través de algún emisario. Y no faltó quien «obligó», auricular mediante, a transcribir un dictado.

La primera en responder a la convocatoria, casi enseguida, fue Alicia Alonso, el mito de la danza, lo cual dice mucho de la férrea disciplina que siempre ha guiado sus pasos. Y lo hizo con unas sentidas palabras, encabezadas por tres vocablos: *Nuestro amigo Leal*.

En agradecimiento a su gesto, y consciente de que no hubiera podido yo elegir mejor título para este compendio, sin pedírselo prestado me lo apropié. En este sentido, aclaro que como solo unos pocos remitentes titularon sus envíos y el resto se limitó a referir el motivo que los inspiraba (el cumpleaños 75 de Leal), preferí entresacar de sus composiciones una línea que reflejase alguna cualidad o juicio de valor a propósito del homenajeado.

A medida que se acortaban los días para el noveno mes, e incluso a riesgo de resultar demasiado insistente, las llamadas de alerta a los rezagados se intensificaron.

Al amanecer del 11 de septiembre, junto a una carta en la cual relataba pormenores de mi insólita osadía,

deposité en manos del destinatario el ejemplar único, ya encuadernado.

El hombre de gris abrió en mi presencia el sobre y comenzó a leer. Luego apartó la misiva y musitó: «Lo que me traes es tan privado, que sería un acto grosero verlo ahora. Ya lo haré más tarde, cuando tenga sosiego». Acto seguido, se puso de pie y nos despedimos.

El agobio respondía a Irma, que ya azotaba el extremo centro oriental de la Isla. Su desazón no era solo ante la proximidad del devastador huracán a La Habana, la ciudad amada a la cual ayuda a respirar. Era Cuba entera la que lo hería, y le hiere.

En esas circunstancias, no tuve más noticias hasta dos o tres días después, cuando me mandó a buscar para confesarme su emoción y, al mismo tiempo, una extraña, aterradora sensación que le obligaba a abandonar la lectura en determinados pasajes. Lo reiteró durante las semanas subsiguientes, cada vez que una frase activaba remembranzas, resortes que solamente él conocía.

Más tarde, cuando perfilábamos el catálogo de Ediciones Boloña para la vigésimo séptima Feria Internacional del Libro —la cual en esta ocasión se le dedica—, sugerí que estos testimonios sobre su persona y su obra debían publicarse, pero él se opuso a lo que podría considerarse una manifestación de autobombo, un culto a la personalidad.

Por más que supiera que esos pensamientos resultan ajenos a su ser, respeté su voluntad. Sin embargo, sabiéndolo curado de cualquier vanidad, sucedió que

muchas de las voces aquí reunidas compartían el mismo criterio, y así se lo hicieron saber. Aumentó la presión; pero él continuaba inmutable en su negativa.

Hasta que a las once de la mañana del 11 de enero de 2018 —otra vez el once— se programó un acto para distinguir a trabajadores con más de treinta años de labor ininterrumpida en la Oficina del Historiador. A contrapelo de su deseo, ese sería también espacio propicio para conmemorar sus cinco décadas como artífice de la gesta que hermanó a tantos hombres y mujeres en defensa de nuestro patrimonio.

Quienes le conocen, saben cuánto le desagrada que, al menos en sus predios, los convites y homenajes recaigan en su persona. En tales casos suele esgrimir —y no le falta razón— que el éxito del proyecto de sus desvelos no puede circunscribirse a un hombre.

Tenso al principio y luego en un clima más distendido, Eusebio Leal pronunció, como casi siempre, vibrantes palabras. Para mi estupor, en un aparte me autorizó a editar este cuaderno, lo cual me apresuro a cumplir, no vaya a ser que mañana se arrepienta...

En calidad de compilador, pero sobre todo como editor, respeté hasta donde consideré permisible el estilo, los giros del lenguaje y los cuantiosos adjetivos, sin lastimar la esencia de cada semblanza. Mas no renuncié a unificar algunas referencias cruzadas y eliminar otras, con el ánimo de aligerar la prosa y buscar un equilibrio, una coherencia que permitiese contemplar el acento plural como una totalidad.

Doy fe de que absolutamente todos los conminados se mostraron entusiastas frente a la confabulación que les proponía. Solo que a última hora unos pocos no pudieron ser incluidos, pues no podía dilatar más el plazo de esta convocatoria. Esa es la razón de por qué son poco más de 90 los remitentes y no 100, después que los 75 previstos al inicio resultaran pocos. Por otra parte, para no jerarquizarlos injustificadamente, los textos fueron organizados según el apellido de sus autores, en orden alfabético.

«El eco del alma dice cosa más honda que el eco del torrente», señaló José Martí. Ojalá quienes se acerquen a estas páginas se emocionen como me sucedió según recibía cada mensaje. Cuando los reuní y volví a leer en conjunto, comprendí una vez más la inmensa suerte de vivir en el tiempo de este hombre de la historia universal.

MARIO CREMATA FERRÁN

## ANDUVO, ANDA Y ANDARÁ

---

Tanto que hablamos de Leal, de su labor, y cuando nos solicitan unas palabras no sabemos por dónde comenzar, cómo ordenar tal cantidad de pensamientos sobre la magna obra realizada por él!

Ante esto prefiero –como seguramente harán otras miradas– evocar a aquel joven que hacía cosas inéditas para rescatar el patrimonio, entonces un término un tanto misterioso, aunque él conocía su significación y la relación con la historia y la cultura.

Ese muchacho que visita a la gente, se decía, pierde el tiempo explicando La Habana Vieja, la importancia del lugar donde viven, por qué deben cuidarlo, y saca piedras para la reconstrucción de las edificaciones. Mientras que en la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana se comentaba acerca de un tipo peripatético, que desde entonces camina La Habana Vieja, dialoga con los vecinos sobre la importancia de la ciudad, y todo lo hace a pie: orienta, devela, revela y enseña.

Otros indagaban cómo podía hacer lo que hace, dónde trabajaba. Según los más entendidos, era plantilla de la JUCEI (Junta de Coordinación Ejecución e Inspección), que tenía su órbita a nivel municipal, por lo cual Eusebio pertenecía al municipio de La Habana Vieja.

En esta sigla se encerraban múltiples acciones: áreas verdes, comunales, la Oficina del Historiador de la Ciudad, las edificaciones y hasta los derrumbes, entre otras operaciones. Esto explicaba a muchos por qué se movía con tanta facilidad por la ciudad.

Aquel muchacho en dicho organismo debió de haber sido un personaje entre la curiosidad y la planta exótica, y por lo mismo esta estructura le permitió comenzar su labor, empírica al inicio, pero desde la cual accedió a un conocimiento sobre la zona, pudo palpar sus problemas, identificarse con el vecindario... Posiblemente, era la primera vez que alguien se dirigía, le prestaba atención, cara a cara, a dicho conglomerado poblacional: un joven que les hablaba con vehemencia, con calor humano, les preguntaba hasta por la salud y los instaba a cooperar con la ciudad. Etapa juvenil en la cual instauró, además, un discurso con perfiles de oratoria que con fluidez se expandía por los diferentes auditorios, aunque no todos comprendían o asimilaban tal elocuencia.

En una ocasión, reunidos en la Comisión Provincial de Monumentos, dirigida entonces por el inolvidable arquitecto Mario Coyula, Leal comenzó a explicar en su singular discursar sus ideas relacionadas con el tema a debate. Percibió algunas sonrisas pícaras y dijo: «Sí, pueden pensar que estoy loco, pero solamente a un loco se le puede ocurrir hacer estas cosas y pensar que las logrará».

A cuarenta años de aquella escena, este «loco cuerdo» ha demostrado el valor de las ideas, de la persistencia,

del empeño, pero con una característica particular: la originalidad, pues lo que hacía, de alguna manera, siempre solía ser novedoso.

Con ese sentido ofrecía conferencias públicas sobre La Habana en el Anfiteatro, donde coincidían embajadores, especialistas de las más diversas disciplinas y sus queridos vecinos, absortos todos oyéndolo, porque ese Leal hablaba para todos y a todos los trataba de la misma manera.

Supo conectar de modo eficiente tradición y modernidad: piénsese en la conmemoración de la fundación de la ciudad o la ceremonia del cañonazo de las nueve, por solo citar algunas. Mas en todas con un sentido interactivo, recíproco, popular, democratizador.

Porque el concepto de participación ha sido, para el Historiador de la Ciudad, de primer orden. No concibe las conmemoraciones como una escucha disciplinada y hueca, sino con la presencia de una muchedumbre que, movida por el interés, se acerca a las acciones patrimoniales e histórico culturales. Desde esta mirada concibió «Andar La Habana», uno de los programas más populares de la televisión, y antecedente de «Universidad para Todos».

A veces no se percibe el tiempo; el entorno nos parecen tan común, como si todo siempre hubiera estado ahí, pero realmente han sido peldaños de esfuerzos, desencuentros, incomprensiones, logros que se han ido imponiendo a lo largo de los años, longitud temporal en que Leal ha puesto su vida y conocimiento en

función de la amada ciudad, en la cual anduvo, anda y andará.

Por ello tiene, ha tenido y tendrá el agradecimiento de la ciudadanía, no solo de la vecindad de La Habana Vieja sino de todo el país, pues es ejemplo a seguir en lo personal, lo laboral y lo ético.

LUZ MERINO ACOSTA  
Profesora, ensayista e historiadora del arte  
(Cuba, 1943)



## INSPIRADOR DE GRANDES SUEÑOS



**R**ecuerdo que un día, a finales de 1959, fui al antiguo Ayuntamiento de La Habana en busca de mi amiga Laubel Aldana, quien venía acompañada por un jovencito de unos veinte años –al menos eso fue lo que me pareció– que trabajaba con ella y nos guiaría a un recorrido por la actual Habana Vieja. Así sucedería en varias ocasiones.

Salimos los tres a nuestro paseo por calles, plazas y palacios en terrible deterioro, y nuestro *cicerone* iba contando las maravillas que soñaba de cuál sería el futuro de aquellas casas, palacios y plazas fundamentales. A mí me parecía un poco loco o quimérico todo lo que contaba, detalles minuciosos con que describía cada esquina que le recordara la historia de nuestra ciudad. El significado de sus sueños, además de bello y trascendente, representaría el beneficio de la comunidad y su desarrollo.

Años más tarde, ya siendo el Historiador de la Ciudad, y habiendo podido demostrar que sus sueños sí eran viables aun yendo en contra de muchas corrientes, me ayudó mucho en mi labor al frente de Asentamientos Humanos, en el Fondo Cubano de Bienes Culturales y el Teatro Nacional de Cuba.

Aquel joven era Eusebio Leal Spengler. Por lo mucho que ha luchado, trabajado y construido y lo que hará, es mi respeto y cariño por ese hombre inspirador de grandes sueños.

NISIA AGÜERO BENÍTEZ  
Promotora cultural (Cuba, 1935)

## EL MAGO DE LA CIUDAD



**C**onocí a Leal en la calle; sí, en la calle, ¡no se extrañe! Él andaba La Habana contando historias; nació historiador y la gente comenzó a seguirlo. De esa forma llegó la noticia a mi casa, porque mis padres trabajaban ambos en La Habana Vieja, y en la familia todos somos amantes de nuestro país y su historia. Así que, de pronto, lo seguíamos a todas partes y nos encantábamos con sus relatos, puestas en escena de la vida a través de los siglos, sus habitantes, sus calles, sus edificios, sus columnas y hasta sus piedras, pues para Leal todo tiene que contar.

Recuerdo una noche que entró un frente frío a La Habana, el tiempo estaba terrible, y así y todo nos fuimos tras sus huellas, y una vez más nos encantó con la magia.

Ah, sí, porque para mí, desde que era una adolescente, Leal es el Mago de la Ciudad, el que es capaz de levantar, con perseverancia y justicia, desde la nada o desde las ruinas: una catedral, una universidad, un teatro, una plaza, una calle, una imagen, una vida. Y la verdad, si dependiera de sus manos, ya La Habana, la abuela Habana, estaría completamente restaurada y renovada; lo ha demostrado en cada hazaña lograda. Es un mago transformador de ilusiones en realidades que comparte

con todos y son para el bien de todos, como buen Martiano.

Claro, no estábamos solos, digo los de mi familia. Él tenía un ejército de personas que le seguían, pero lo mejor de todo fue que, a través de los años, cada vez se sumaron más y más fieles devotos de Leal y su «Andar la Habana». Tampoco faltaron los detractores, los que criticaban a sus espaldas o en otras esquinas, pero eso es bueno. Para asegurar la valía, debe existir el contraste o el equilibrio entre el que hace obra y el incapaz.

Mi familia, como tantísimas otras, siguió apoyándolo a través del tiempo y Dios, con su infinita bondad, me dio un día la oportunidad de conocerle, primero (aunque él ni se fijara en la flacucha y creativa jovencita que le conversaba junto a otros grandes artistas), y más tarde de trabajar, crear, fundar y hacer crecer un proyecto a su vera. A partir de entonces, no me perdió la vista de encima: me aconsejaba y guiaba, aunque creo que, en un principio, con cierta cautela, es lógico, pero también con los años, detectó –digo yo– que nuestros amores por la Patria y sus valores nos unían más que la vida misma y más allá de ella.

Hoy por hoy pienso que, como nación, perdimos tiempo respecto a lo mucho más que nos hubiera podido entregar, porque Eusebio Leal Spengler daba para más. Se hubiera desempeñado maravillosamente como Alcalde de la ciudad primero, Ministro de Relaciones Exteriores después y por último, y por qué no, como Presidente de la República.

Devoto de la Patria, luchador incansable en la defensa de sus valores sustanciales y colaterales, a su vez conciliador y diplomático, perseverante, no cesa en lo que se propone, pero sabe trazar estrategias para lograr objetivos altos y contundentes. Y como todos, no es perfecto, pero pesa en él más la obra de vida que nos está obsequiando que cualquier otro tema del cual podamos hablar.

Mi familia, la Compañía que un día recibió dentro de La Habana Vieja, y yo, le damos las gracias por haber compartido al mismo tiempo en esta tierra, y sobre todo por demostrarnos cada día que, por muy duras que sean las batallas, siempre hay caminos para lograr vencerlas.

LIZT ALFONSO  
Bailarina y coreógrafa (Cuba, 1967)

## NUESTRO AMIGO LEAL

---

**M**e sugieren exprese unas palabras sobre Eusebio Leal, y mi primera sensación es de indefensión. ¿Cómo mostrar en palabras, de manera efectiva, las cualidades de este amigo, particular y brillante protagonista de la cultura cubana en las últimas décadas?

El medio de comunicación natural que he dominado en mi vida ha sido la danza. Me sentiría más segura si pudiera revelar mis sentimientos hacia este gran personaje, dedicándole una secuencia coreográfica.

Pero, ¿qué debería contener, qué debería mostrar en ese inusual ballet por Eusebio?

He recibido de él los más puros sentimientos de admiración, amistad, solidaridad y amoroso apoyo. Hay en su palabra, su gesto y su acción una acendrada raíz patriótica. Que no solo se muestra espontánea y nítida, sino también arraigada en lo más profundo de nuestras esencias nacionales, de nuestra tradición ética.

Hombre de cultura, está presente en él la sensibilidad artística, la inteligencia política y un poderoso sentido humanista.

Si mi danza pudiera expresar estas razones y argumentos, con todo amor le otorgaría esa ofrenda creativa al amigo y al compatriota que nos honra.

Por encima de las fechas y los homenajes circunstanciales, ese sería mi tributo a nuestro amigo Leal, el cual entregaría en mi nombre y el de mi compañero, Pedro Simón, quien comparte con emoción este simple mensaje de agradecimiento.

ALICIA ALONSO

*Prima ballerina assoluta* (Cuba, 1920)

## SU PASIÓN EDIFICADORA

---

**F**ue Abiel San Miguel, el joven arquitecto que contribuyó con su trabajo a la restauración de la ciudad, quien me aseguró que sería bien recibido apenas confiara mi sorprendente deseo de habitar en La Habana Vieja. Abiel tenía amistad con mi hermano y, como tantos otros jóvenes profesionales, también mi hermano trabajaba en la restauración. «Eusebio Leal le ha dado casa y taller a diversos pintores, ha invitado a residir en La Habana a varios otros artistas, y sé que mucho le gustará que un escritor se agregue mudándose a lo que nosotros llamamos Centro Histórico. Aquí, en otra época, como tú sabes, habitaron Ramón Meza y Julián del Casal; años después, durante la República, la familia García Marruz y la familia de Dulce María Loynaz, pero cuando empezó el abandono, casi nadie quedó. Ahora, a medida que las edificaciones se levantan de sus ruinas, algunos han empezado a volver. ¿Vas a venir tú?».

Sonreímos, y le dije después al joven arquitecto que me gustaría venir a la parte antigua de la ciudad, en medio de lo que le había oído decir a Eusebio, con leve humor, «la lid restaurativa»; venir por primera vez, porque yo no era habanero. «No lo voces tanto, mucha gente lo sabe».



Años antes me encontraba con Eusebio; nos encontramos, casi casualmente, en los portales del Palacio de los Capitanes Generales, en la década estéril del setenta, cuando ambos estábamos violentamente marginados de la cultura cubana. Luego, con esfuerzo continuo, a su manera de participar en el trabajo, cargando maderas, paleando, excavando la tierra, tanto como estudiando a la vez los documentos y planos antiguos, comenzó su primera restauración: la del propio Palacio donde estaba el Museo de la Ciudad, que había empezado a armar y dirigir, rodeado de partidarios y numerosos enemigos, los que obtiene siempre quien se propone hacer algo que valga la pena y tenga alguna trascendencia social.

En *Mi experiencia en Brasilia* –aunque entre ambos proyectos existen diferencias sustanciales: una, construir la ciudad; otra, rescatarla del polvo y la ruina–, encontré que Oscar Niemeyer relataba no solo graves problemas técnicos y económicos que debieron enfrentar él y su equipo, sino los que surgieron y se agravaron mientras se desarrollaba el proyecto, la incompreensión y las campañas sistemáticas en contra para impedir la realización. Críticas deliberadamente negativas, falta de generosidad para juzgar un gran esfuerzo, y en cuanto al proyecto habanero, la más intensa de las envidias, la que Unamuno definía como la «envidia hispánica»: él, quien se llama a sí mismo «guardián de las piedras», ignora los supuestos patrimoniales y arquitectónicos de cuanto está haciendo, carece de experiencia, eso lo

debía hacer yo, que soy el indicado... Ante este despliegue infernal de miserias humanas, Oscar Niemeyer señala una reacción positiva que provocó en ellos –habitual por cierto– y que supongo parecida en ambos equipos, el brasileño y el cubano: trabajar con mayor determinación y mayor sentido de responsabilidad.

No obstante, el desarrollo de la restauración se convirtió en un movimiento tan fuerte, tan evidente, que aquellas edificaciones apuntaladas, pedazos de paredes, acumulación de escombros sin forma, comenzaron a alzarse de la tierra indiferente. Aparecieron de nuevo los vitrales con sus cristales de colores, del amarillo al azul, los balcones, las escaleras, las puertas volvieron a abrir y cerrarse, hasta el punto que aquellas bocas, lenguas incandescentes y estériles, comenzaron piedra a piedra a cerrarse. Muchos de sus inacabables enemigos cesaron y se asomaron a los balcones que habían vuelto a ser balcones. Cuando lo vieron pasar, lo que no era difícil, recorría inagotable las calles de su ciudad vuelta despacio a su antigua sustancia. Entonces le dieron la mano a aquel visionario, que continuaba caminando y desaparecía de pronto en una esquina restaurada.

Habíamos pasado del saludo cordial, a detenernos y conversar, a tomar un café en el Ambos Mundos, a regalarnos los libros que publicábamos, con dedicatorias de amistad y admiración. Numerosos de estos encuentros eran vertiginosos, llevados por un apremio secreto y tal vez diverso: una cuadra, dos, y de pronto la despedida. Lo veía alejarse, responder los múltiples saludos

a su paso, caminando lleno de una energía típica en él. Lo esperaba una reunión, el encuentro con un mapa, con los planos de un edificio arruinado...

Después de las palabras de Abiel, vi varias veces a Eusebio Leal. Nada le dije hasta un día o una tarde en que nos encontramos en el Palacio de las Convenciones. Sospechaba que él ya conocía lo que me proponía decirle. Cuando tengo algo guardado, que me da vueltas, lo suelto enseguida: «Quiero vivir en La Habana Vieja». Con idéntica rapidez me respondió: «Busca un lugar que te guste».

Los días transcurridos fueron días de profunda «habanerización». La ciudad se convirtió en algo para caminar; solo se conocería pisando con los pies y mirando con los ojos ávidos. Me convertí en un mirón paseante. Salía de mi casa en Trocadero y pasadas tres cuadras, ya estaba en Prado. Llegaba hasta la estatua de Zenea, que figura entre mis poetas cubanos preferidos. Su estampa, ese pedazo de piedra marina, también lo es. De las más hermosas que hay en la ciudad restaurada.

¿Qué es realmente una ciudad? Para mi La Habana es, desde la pila de años que resido en ella, desde que vine en el año 47, tan desconocida y simultáneamente conocida, misteriosa y de pronto tan clara como una persona. En su libro *La Luz sobre el Espejo*, recoge Eusebio Leal el texto de una intervención de julio de 1995, «Ciudad y Natura», que mucho me ha impresionado: leerlo es ver la ciudad de otra manera, o de una manera más completa: es ver (o presentir) lo que ya no existe,

la ciudad como el resultado sorprendente de la relación del hombre con la naturaleza que circundaba al principio el trazado mental de su futura construcción. La naturaleza parece estar detrás de la ciudad, en el claro del bosque florido sobre el que se construyó. Después de leído, caminar cerca del mar por el Malecón es un poco como pisar ese claro, como entrar en el bosque. Esta visión hace más inquietante la ciudad, le ha dado un trasfondo, el que en realidad tenía.

Busqué ese lugar, sin duda por Prado, en la esquina de la calle Refugio. La casa tenía dos pisos, varias columnas, una historia que se remontaba al siglo XIX. En ese momento se usaba como oficinas de la constructora Puerto Carenas. Cuando dejó de serlo, comenzó la restauración. Duró alrededor de ocho años, más de lo que se esperaba. Yo pasaba de setenta y comencé a inquietarme. Una vez Eusebio me hizo uno de sus chistes despampanantes. O mejor, una de sus vastas ironías. Si mi vida terminaba antes de la restauración, «pondré una tarja que diga: aquí pudo vivir Antón Arrufat». Evitar reírme, fue imposible. Pero la vida tiene una extraña duración, casi inmedible, y la casa fue terminada, y vivo en ella desde hace varios años. No solo esto es sorprendente: el 15 de julio de 2016 inauguramos, conjuntamente, él que escapaba de una atroz enfermedad y yo que cumplía 81, el Ateneo de La Habana, en los bajos de la casa donde habito.

Sin duda, aun a los que no nacimos en La Habana y nos fuimos haciendo habaneros, Eusebio Leal nos ha enseñado algo sustancial, que norma como centro

su pensamiento y su poética: ver la ciudad como algo histórico, a la cual se superponen muchas capas diversas. La ciudad no es una, es varias a la vez. Atesora diversas piedras venerables. A ella se superponen varias ciudades sucesivas, fundadas y construidas por nuestros antepasados españoles, africanos, indios y chinos. De no ser así, sé que muchos hubieran convertido La Habana en una copia triste, reducida y menguada, de altos edificios encristalados, como tantas ciudades latinoamericanas. Hoy seríamos Panamá o Costa Rica. Copias superpuestas a otras ciudades originales. Lo histórico para Eusebio no es solamente el pasado, principalmente es una vivencia del pasado *desde* el presente, un concepto depurado de la herencia, una herencia activa y vivificante. Esta enseñanza integra su legado. Porque él también es un habanero histórico.

En el decurso de una vida ya bastante larga, he conversado con muchas personas valiosas, pero pocas o tal vez ninguna, me han impresionado en este aspecto: alguien que es, por su eficacia y la energía de su palabra oral, un singular edificador de la ciudad. Con ella ha soñado. Al despertar, ha sabido la manera de construir una red singular de obreros y especialistas, técnicos y arquitectos, miles de personas contaminadas por su pasión edificadora, dispuestos a contribuir a convertir en realidad un sueño.

ANTÓN ARRUFAT  
Poeta, dramaurgo y ensayista (Cuba, 1935)

## EL HISTORIADOR-NARRADOR

---

Las Plazas de la Catedral y de Armas, dedicaban como digno homenaje sus actividades artísticas del sábado 15 de noviembre a dicho aniversario. Había un programa variado e intenso. Estaban presentes los pintores, artesanos, artistas; también una gran Feria de flores y nuestro grupo infantil, creado solamente ocho semanas antes.

Terminamos de actuar en la Sala Teatro del Museo de Arte Colonial, donde conté sobre la bombilla que despreciaba al viejo farol, que ya no alumbraba, y lo que este relatara de La Habana Vieja del siglo pasado, donde él, elegante y reluciente, viviera los más inolvidables días que hoy forman parte de la historia. Luego me fui con el grupo de niños hasta El Templete, enclavado en la Plaza de Armas.

Los pequeños estaban ansiosos de visitar este lugar, por donde tantos sábados pasaban de prisa hacia sus responsabilidades artísticas. Lo que más les llamó la atención fue la ceiba.

«¿Cuando fue plantada?», quiso saber Alejandro.

En el año 1959, en sustitución –según cuentan los libros– de la que presidió la inauguración de El Templete, en 1828.

«Seño dígame, quería preguntar Maruxia, pero al mismo tiempo la interrumpía otro de los niños... Nada, que se les había avivado la curiosidad.

A mí se me hacía imposible aclarar todas las interrogantes, por carecer de amplios conocimientos históricos. Entonces, de repente y sin saber cómo, llegó Eusebio Leal, seguido por una delegación extranjera.

Su voz se escuchaba como siempre: firme, amena, profunda, conecedor como nadie de ese legado del pasado.

—En los albores del siglo XVI, un día del año 1514, un grupo de colonizadores españoles estableció la sexta villa entre las primeras fundadas en la Isla de Cuba, y la llamó San Cristóbal de La Habana.

Leal, colocado frente al grupo, semejaba uno de esos juglares de antaño, cuya habilidad y destreza en el don de la palabra, lo hacían mensajero de la memoria de los pueblos. Los niños lo escuchaban casi sin moverse. El público oyente se había convertido en un oleaje humano que, ansioso, se prendía al hilo de la narración. Leal en ese momento era el cuentero de la Plaza, el Rey de la palabra narrada.

—El río *Onicaginal* se pierde sin habernos legado el rastro de aquella comunidad que, errante, se movió en la angostura que hoy [1981] delimitan las provincias de La Habana y Ciudad de La Habana.

El relato se hacía cada vez más vigoroso, intenso e interesante. El Historiador-Narrador se adentraba en La Habana de 1538 hasta 1555, evocando el paso de los filibusteros y corsarios. Días aquellos que llevaron a la

edificación de castillos, murallas, torres almenadas, tras de las cuales, incontables vigías y cientos de cañones se aprestaban a la defensa.

En su voz la Ciudad abría las puertas del tiempo, por las cuales entrábamos al pasado. Pasado y presente que se unían en sorprendente testimonio.

A todos nos parecía andar por las pétreas calles, sobre las cuales cae el aluvión inacabable de los tejados, las rejas, los vitrales, las balaustradas de graciosas tornerías y las íntimas bellezas de las Plazas del Cristo, de San Francisco, la Catedral y de Armas. Todos las revivíamos a través de su mirada hecha voz.

Cuando se dice de narradores, se piensa en cuentos de hadas, fantásticos duendes, ogros y gigantes. Guerras de invenciones donde los más fuertes son los triunfadores. Argumentos con mensajes didácticos o moralizantes.

Pocos son capaces de entender que un narrador es aquel que posee la suprema sencillez del arte de hablar. Que sentir historias es cumbre y no un fundamento.

Por todo esto Eusebio Leal es un narrador de nuestra época revolucionaria. La revolución cubana no solo permite, sino que precisa de los contadores de historias que saben utilizar las riquezas espirituales y los colores nacionales acumulados a través de siglos.

Las palabras se volvieron clarinadas cuando Leal dijo a la delegación extranjera:

—Permítanme recomendarles que al iniciar su visita a la Ciudad de La Habana, por breve que esta sea, conozcan la ciudad antigua, cuyo timbre de honor es haber



sido cuna de José Martí, la voz más clara y templada de la lengua en su día, el héroe cuyo pensamiento y obra constituyen el escudo y el arma de nuestro pueblo...

Y todos bajo su guía e impregnados de su hechizo, seguimos avanzando hacia la calle Paula, tras sus palabras de narrador y pisando los empedrados de La Habana Vieja.

[Del libro inédito, «Memorias de una narradora» (1981), de Haydée Arteaga].

*Mensaje por su setentaicinco cumpleaños:*

Hablar de Leal, es hablar de un hombre digno, poseedor de los más altos valores éticos y morales. Es comprensivo, capaz de hacer sentir lo que es la amistad y el valor por sus dotes más relevantes.

¡Muchas felicidades!

HAYDEÉ ARTEAGA ROJAS  
Emérita narradora oral (Cuba, 1915)

## UN HOMBRE POLÍTICO

---

¿Cómo empezar a contar esta historia? Podría hacerlo como algunos cuentos infantiles, diciendo que había una vez una isla, con afares continentales, en la cual se hizo una revolución para instaurar la justicia social, y que en este proyecto, ya establecido como realidad, comenzó a participar una generación de jóvenes soñadores que dedicaron sus vidas a materializar ese empeño. Ninguno de sus caminos resultó fácil, pero con perseverancia y algo de obsesión se fueron venciendo dificultades, y al menos parte de sus utopías comenzaron a ofrecer resultados palpables. Esa fue la generación de Eusebio Leal y también la mía. Por caminos afines nos fuimos encontrando, por casualidad, como suelen suceder las cosas.

Trabajaba Eusebio en el Gobierno Municipal y allí se relacionó con Roig de Leuchsenring. Entonces yo era estudiante y la Dra. Hortensia Pichardo, mi maestra de siempre, me llevó de la mano, junto a otros alumnos, a la oficina de «Emilito», como le llamaban sus amigos. Este nos recibía, siempre en compañía de María, su compañera, quien se encargaba de enmascarar sus ausencias, porque ya estaba enfermo

y por momentos perdía la lucidez. Pasaron algunos años y Eusebio fue escogido para continuar la obra de su maestro –son cosas que solo pasan en las revoluciones cuando un joven, entonces inexperto, pero lleno de energías, fue seleccionado para una tarea tan importante. Con su trabajo constante La Habana comenzó, poco a poco, a despertar de un letargo secular: se remozaban calles y edificios, se abrían galerías y museos, y al frente estaba Eusebio, delgado, inquieto, con su pulcro traje gris, atendiéndolo todo sin estridencias, realizando la tarea que se había impuesto como cotidiana.

Pero siempre aparece algún obstáculo: aunque era un culto y tenaz autodidacta, carecía del nivel requerido para acceder a las carreras universitarias. Recuerdo muy bien ese momento porque, a pesar de que yo también era muy joven, estaba al frente de la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana, que entonces pertenecía a la Facultad de Humanidades. Las normativas son siempre cerradas y excluyentes, pero Eusebio se había ganado el derecho, con su exitoso trabajo, a la excepción. Se convocó un tribunal, probó sus capacidades y comenzó, como un estudiante más, una carrera de cinco años en el curso nocturno; allí encontró excelentes compañeros, una de estos, Raida Mara Suárez, se convirtió, desde entonces, en su *alter ego*. A partir de esos años mantuve una vinculación ética, profesional y amistosa con Eusebio, y también desde luego con Raida.

Veinte años después formé parte de su tribunal de doctorado, que defendió con el rescate patrimonial del *Diario Perdido* de Carlos Manuel de Céspedes, y más tarde, fruto de una relación que nunca ha tenido quebraduras, contribuí, desde su concepción imaginada, al proyecto del Colegio Universitario San Gerónimo, que poco a poco levantó sus bases para dar cobijo a los estudios patrimoniales y arqueológicos. Eusebio, Raida y otros colegas de prestigio trabajamos, codo a codo, en su Comisión de Carreras primero y en su Consejo Científico, después, cuando el sueño se había convertido en realidad. En días más cercanos, Eusebio, siempre creativo, tuvo otra iniciativa: la de restablecerse la Academia de la Historia de Cuba, en donde hemos vuelto a compartir trabajo e inquietudes.

En algún momento de esta historia pude compensar su afecto de siempre con un gesto amable, al localizar un documento de su pasado familiar sobre los Spengler en el Archivo de Sevilla.

Gracias a Eusebio Leal La Habana Vieja se ha convertido en un reservorio de patrimonio, no solo arquitectónico sino espiritual. En sus espacios se hacen conciertos, se promueven danzas callejeras, se organizan y presentan espectáculos teatrales, se exponen manifestaciones de artes plásticas, se abren los salones de bibliotecas como la Rubén Martínez Villena y la Francisco González del Valle, se sostienen archivos como el de la Oficina del Historiador de la Ciudad y

hay casas culturales dedicadas a grandes figuras de nuestra América, como las de Benito Juárez y Bolívar, o a colectividades humanas, como la de los Árabes, la de África y la Hispano-americana de Cultura; o a producciones como la perfumería, el chocolate, el café o el más autóctono ron; o centros como el Gabinete de Arqueología, el cual ha permitido un desarrollo sostenido de una ciencia que no había encontrado espacio en nuestras universidades. La Habana Vieja es una ciudad viva y culta, que educa, en el más amplio sentido del término, a sus residentes y a todos los sujetos, cubanos o no, que se acercan a ella.

Ha hecho un uso ejemplar de los medios de comunicación masiva para grabar un programa paradigmático: «Andar La Habana»; ha fundado una emisora radial, *Habana Radio*, muy escuchada por su excelente programación; ha construido una revista de gran calidad, *Opus Habana*, que muchos coleccionamos y que ha alentado a otras, como la camagüeyana *Senderos*.

Quizás lo más significativo de esta actividad cultural sea su programa veraniego que conduce a niños, jóvenes, ancianos, familias enteras, por diferentes vericuetos de la ciudad. «Rutas y Andares» es tal vez la más popular de todas las actividades vacacionales habaneras. Culmina con premios a los asiduos y muchos los entrega el propio Eusebio.

Los aspectos docentes, con un uso público más limitado desde el punto de vista informativo, son sumamente importantes. Eusebio imaginó la iniciativa de

convertir en aulas los museos de La Habana Vieja cuando las escuelas tuvieron que ser reparadas y los niños aprendieron mucho más; también los maestros, porque estaban en un espacio que les transmitía una cultura no escolarizada, pero esencial.

Otro logro premonitorio, que debiera ser imitado por sus resultados, fue la creación de la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos, la cual ha recuperado oficios y profesiones perdidas y ha encauzado a cientos de jóvenes que habían cerrado sus estudios con el nivel medio de enseñanza.

Menos divulgada, pero más trascendente aún, desde el punto de vista humano, es la labor social que se desarrolla en la ciudad. Desayunos para los ancianos, atención humana y de salud en el Convento de Belén, un centro para las embarazadas con factores de riesgo, programas para la vacunación de los animales afectivos que pululan por las calles citadinas, y muchas otras actividades en beneficio de la población.

Eusebio Leal puede ser percibido desde diferentes aristas: como excelente orador, gran historiador, gestor incansable, o promotor fecundo, pero sobre todas esas cosas, aunando sus capacidades, es un hombre político en el más alto significado que esta frase tiene. Piensa y trabaja por el futuro de su país, se vincula a las gentes simples, escucha sus demandas y se esfuerza por solucionarlas, tiene la sencillez de los grandes porque expone, expresa y hace realidad las demandas de su pueblo con el sentimiento más profundo de la cubanía.

La Habana, Patrimonio de la Humanidad, debe su éxito a su trabajo incesante y calificado que es preciso sostener, no solo con palabras de reconocimiento, que siempre son justas, sino con acciones de apoyo que son imprescindibles.

MARÍA DEL CARMEN BARCIA ZEQUEIRA  
Profesora, historiadora, investigadora y ensayista  
(Cuba, 1939)

# LA QUINTA ESENCIA DE LA CATÁLISIS



*Oh, ¡maravilla!  
¡Cuántos seres admirables hay aquí!  
¡Oh, feliz mundo nuevo, que cuenta  
con pueblo semejante!*

Miranda, *La Tempestad*,  
William Shakespeare

**D**esde el momento en que llegué a la isla de Cuba por primera vez, he visto a su pueblo como algo especial, pero sería difícil imaginar un ser más admirable que Eusebio Leal.

Nunca olvidaré ese viaje a La Habana en 1982. Hasta el día que salí de Inglaterra había estado tejiendo un enorme tapiz de Gobelinos para un banco londinense, por lo cual no había tenido tiempo para leer sobre La Habana y su historia. Mi conocimiento era lamentablemente escaso.

Cuando llegué, apenas pude creer lo que veían mis ojos. Después de haber pasado gran parte de mi niñez en las Antillas Menores, tenía un entendimiento básico de la historia social y la arquitectura de la región caribeña, pero nada me había preparado para las riquezas, las glorias, los extremos, las excentricidades,



las dificultades y los triunfos de La Habana, sus edificios y sus habitantes.

Pasé mi visita en un tipo de éxtasis de incredulidad, y cuando regresé a Londres buscaba en todas partes algo para leer y remediar mi ignorancia. Pero no encontré ningún libro; entonces, en una febril necesidad de compartir mi alegría ante las maravillas habaneras, decidí escribir uno. Pero, ¿cómo empezar? No hablaba nada de español, trabajaba todas las horas que mandó Dios en estudios de Diseño, y no tuve el tiempo ni el dinero para regresar a Cuba antes de dos años. De vez en cuando, hablé de mis aspiraciones a personas interesadas en Cuba, y un día alguien mencionó un nombre: Eusebio Leal. «No conozco mucho sobre él, confesó el señor, pero tiene la reputación de estar haciendo cosas increíbles en La Habana».

En esos días, las comunicaciones eran mayormente por cartas, así que hice una con la ayuda de un amigo mexicano y la mandé al «Palacio de los Capitanes Generales, La Habana Vieja, Cuba». Durante meses nada pasó, pero una mañana, cuando casi había perdido las esperanzas, recibí por el correo la copia de un télex cuyas palabras nunca olvidaré: CUENTA CON MI APOYO Y AYUDA. EUSEBIO LEAL.

Es imposible expresar el efecto que desde ese momento hasta ahora ha tenido Eusebio sobre mi vida, y soy solamente una entre la vasta nómina de personas sobre cuyas vidas ha tenido efectos parecidos. Él es de esas personas que aparecen una vez por siglo, y cuya

influencia benéfica nunca puede ser olvidada. Nuestra relación empezó con una lluvia de cartas líricas, perfumadas por las flores de jazmín con que llenó los sobres. Mis respuestas eran expresiones de gratitud, incoherentes pero apasionadas, preguntas confusas sobre la construcción de fortalezas, y noticias de los mundos turbulentos del diseño y la cultura de Londres, expresadas en execrable español.

Veinte años después de haberle encontrado, tuve el honor incomparable de trabajar con Eusebio en La Habana. Durante este tiempo, sentí la fuerza total de su extraordinaria creatividad, coraje, amabilidad, humor, perseverancia, pasión y probidad. La misión de todo el mundo dentro de la Oficina del Historiador era celebrar la cubanía y la «habaneridad» en todas sus manifestaciones, y me sentí inconmensurablemente privilegiada de estar incluida en el círculo de personas apasionadas de las cuales el Historiador se rodeó. Las influencias, las ideas y las asociaciones que ocurrieron durante mi tiempo en la Oficina del Historiador de La Habana, encendieron cadenas de chispas en mi vida que todavía están estallando en proyectos y propósitos nuevos y emocionantes.

Mi hija Miranda, que ahora tiene quince años, nació el día del cumpleaños de Eusebio –el once de septiembre– en el 2002. El año antes él declaró que no podría celebrar su cumpleaños nunca más, por lo que pasó en Nueva York, pero el once de septiembre del 2003 cortamos dos pasteles de cumple: el de Eusebio por sus 61,

y el de Miranda por su primer año. Dijo entonces que la llegada al mundo de Miranda significó que otra vez podía celebrar la fecha. Eusebio y Raida Mara Suárez, su amiga devota y Directora Emérita de Patrimonio Cultural, son los padrinos cubanos de Miranda, y tanto ella como yo continuamente aspiramos a acercarnos, en alguna medida, a sus calidades de humanidad y erudición.

Mientras escribo esto en mi buró, en Londres, solamente tengo que girar un poco para ver todos los libros de Eusebio, en larga fila sobre el estante. En la primera hoja de uno de ellos, él escribió: «Para mi amada Juliet, con gratitud, este pequeño recuerdo de los mejores años de nuestras vidas, Eusebio».

Las memorias de nuestra amistad son demasiadas para contar. Las caras extasiadas y ojos redondos de los niños, escuchando una charla suya en la calle. Su impaciencia justificada a mi incapacidad, cuando estuve traduciendo simultáneamente para él, al no recordar la palabra para traducir al inglés «codornices». Cuando le introduje en el disfrute del Té de Nata de Devon, una especialidad regional inglesa que consiste, además de té, en quequecitos con confitura de fresa y rica nata del condado de Devon, al sur del país. Por años, cada vez que viajaba a Cuba, me pedía llevar los ingredientes para servir un Té de Nata de Devon, y solía imaginar a Eusebio compartiéndolo con el Comité Central. No fue coincidencia que Cubana de Aviación, de repente, empezara a ofrecer Tés de Nata de Devon en sus vuelos

Londres-La Habana, para deleite de los perplejos pasajeros británicos, quienes no podían entender por qué una aerolínea cubana servía a sus pasajeros una poco conocida especialidad gastronómica regional de Inglaterra.

Recuerdo la vez cuando estuvimos preparándonos para una charla en la Universidad de Bristol y oí expresiones altas de consternación desde el baño. Corrí y encontré a Eusebio luchando con la manguera de la ducha, que se había separado de la pared y estuvo comportándose como un serpiente enorme poseída por cien demonios: azotó de un lado a otro, rociando agua por todo el espacio y a nosotros también; entonces estuvimos demasiado débiles a causa de la risa para domarla... La manera en que siempre estuvo orgulloso y profesional, aun cuando tenía huecos en su traje. Su amor para sus erizos y sus perros, y por la pintura *Junio Flameante* de Lord Leighton. El misterio oscuro y fresco de su oficina, llena de maravillas y tesoros. La forma en que su entusiasmo enciende el ánimo de la gente. Su retórica. Su canto. Su traje gris. La manera en que camina. El momento en que fui obligada a rescatarlo cuando una gata siamés se sentó en su cabeza. Su colección de jarras de *tobys* ingleses. Una noche de diciembre junto a Eusebio, mi hermano Charlie y Miranda, corriendo caracoles de cuerda plásticos y florecientes en una gran mesa de caoba pulida, en los altos de La Mina...

Eusebio, combinando típicamente el latín y el griego, es la quintaesencia de la catálisis. El griego *Katalusis*

viene de *Katalein*, para disolverse. *Cata* = completamente, *Luo* = liberar. Un catalizador es el agente principal de cualquier cambio. Y la quintaesencia —la quinta esencia que, además de los cuatro elementos, fue visto por los antiguos filósofos como ingrediente de los cuerpos celestes— es la manifestación más pura y perfecta de una cualidad. Así, Eusebio, en la tradición de los antiguos, incluido el historiador Eusebius de Cesarea, es el catalizador por excelencia, el agente más puro del cambio. Ha cambiado actitudes, preconcepciones, prejuicios, futuros y ha cambiado la ciudad de La Habana. Ha cambiado muchas, muchas vidas, incluyendo la mía, y lo amaré para siempre. Él lo sabe, y a menudo me burla con una canción del siglo XVI escrita por un cortesano español que viajó a Londres con Katarina de Aragón:

*Que no quiero amores  
En Ingalaterra  
Pues otros mejores  
Tengo yo en mi tierra.*

*No quiero ni estimo  
Ser favorecido;  
De amores me eximo  
Qu'es tiempo perdido  
Seguir a Cupido  
En Ingalaterra,  
Pues otros mejores  
Tengo yo en mi tierra.*

*¿Que favores puede  
Darme la fortuna,  
Por mucho que rueda  
El sol ni la luna  
Ni mujer alguna  
En Ingalaterra,  
Pues otros mejores  
Tengo yo en mi tierra?*

JULIET BARCLAY  
Diseñadora y escritora  
(Reino Unido, 1959)

## CONSTRUYENDO UNA CATEDRAL



**H**e escrito varios textos sobre Eusebio Leal, e incluso le dediqué un verso libre. Como odio los adjetivos altisonantes, y él es merecedor de muchos, me los reservo todos, porque sé que le molestarían.

La sencillez y el ejercicio de la virtud cotidiana lo engalanan. Debemos mucho a su amor a Cuba, al sacerdocio con que asumió la recuperación del Centro Histórico de la capital y la generosidad y delicadeza que siempre ha tenido para sus amigos, así como el silencio y la displicencia hacia quienes no lo han valorado.

Su misión en este mundo se revela en una anécdota del cáustico escritor Pío Baroja: Este era un hombre picando piedras junto a otro que también picaba piedras. Uno que pasa le pregunta al primero, «¿qué hace?». Y el hombre le responde: «aquí, como ve, picando piedras». El mismo hombre le pregunta al segundo picapedrero, ¿qué hace? Y el picapedrero le responde: «construyendo una Catedral».

Ese es Eusebio, un Rey Midas construyendo una Catedral.

MIGUEL BARNET

Escritor, etnólogo, investigador y poeta  
(Cuba, 1940)

## ALGO SAGRADO



**E**n 1966, recién llegado yo de Praga, se me apareció aquí en casa un joven extremadamente inquieto; traía un pequeño cuadro para que se lo restaurara. Era Eusebio Leal Spengler, y desde entonces, nuestra amistad ha sido definitiva, hasta hoy.

A pesar de que en esa época yo pertenecía al Museo Nacional de Bellas Artes y años después pasé al Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología (CENCREM), siempre estuve y estaré a su lado, siempre lo he respetado porque lo considero, más que una autoridad, algo sagrado.

Para mí Leal ha sido un hermano. Es el buen amigo al que hasta los niños, todavía, lo besan cuando camina por su Habana Vieja.

ÁNGEL BELLO ROMERO  
Restaurador y artista de la plástica (Cuba, 1930)



## EL ESPÍRITU Y LA FE



**Q**uerido Eusebio:  
Si La Habana tiene padre y madre, se llama Eusebio Leal. Debes haber nacido con ella y por eso le conoces todos los secretos, todos los meandros, todos los encantos. Estoy seguro de que participaste en los banquetes que se ofrecían en los palacios de los Condes de Casa Bayona, los Marqueses de Arcos y los Marqueses de Aguas Claras. En una ciudad engalanada por tantas columnas, es tu dedicación a ella, tu conocimiento sobre la historia de la capital cubana, tu generosa acogida a todos lo que se interesan por ella, la principal columna que la sustenta. ¿Qué sería de La Habana sin ti, que como un hermano afectuoso te dedicas a realzarle la belleza y mantenerle viva la memoria?

Para mí es una alegría recordar las largas noches que ambos pasamos conversando con Fidel, el modo en que él admiraba tu talento, tu memoria, tu creatividad. También nuestros encuentros con Raúl, tanto en la oficina de la presidencia como en su casa, cuando nos dabas clases magistrales sobre La Habana y su arquitectura, que va del neoclasicismo al modernismo, pasando por el art nouveau, el art deco y el eclecticismo.

Hay algo que siempre me unió fraternalmente a ti: tu fe cristiana, que ilumina la opción revolucionaria y el espíritu crítico de quien no le teme a la fuerza de la verdad y cree que la Revolución es siempre un desafío de futuro.

¡Feliz edad, querido hermano! Le agradezco a Dios el don de tu existencia.

FREI BETTO  
Fraile dominico, teólogo y escritor  
(Brasil, 1944)

## EL ILUMINADO COLEGA DEL TIEMPO



**A**tisbando por el ojo de la historia, recuerdo que por la década del 70 tocan a mi puerta y era Eusebio Leal. Ha pasado el tiempo, quizás es un reencuentro, y no un encuentro, pero a partir de ese momento se establece entre nosotros un vínculo indisoluble que dura hasta el presente. Su mirada de *iluminado* me impresionó. Por esa época inquiría sobre piezas históricas de la Colonia que pudieran interesar para los fondos del Palacio de los Capitanes Generales –o Museo de la Ciudad–, y sin pensarlo dos veces, le entregué valiosos objetos que pertenecieron a gobernadores de la región oriental del país, en patrimonio de mi familia santiaguera.

Ese primer acercamiento funcionó y me di a la tarea de ponerlo en contacto con personas en posesión de otros objetos no menos importantes. Ese podría ser el primer recuerdo de nuestra amistad, sin descartar algún que otro desencuentro que siempre los hay... pero ya refiltrado por el tiempo que hace *tabula rasa* en el olvido. La admiración mutua nos fue acercando y ello nos ayudó para la recuperación de obras y piezas escultóricas. Recuerdo con nostalgia ese desandar amistoso de toma y daca, que nos cimentó lo mejor de la amistad que nos une, y eso lo

saben bien los adoquines habaneros que en algún momento fueron humedecidos por el sudor de su empeño.

Eusebio asumió la restauración de una ciudad marcada por el pronóstico de una deficiente nutrición geriátrica. Estaba vieja, revieja, descuidada, olvidada, desde la muerte de Emilito Roig de Leuchsenring, así que a contracorriente del pesimismo de muchos, aceptó el reto. En realidad no había otro tan admirablemente dotado para cumplir el cometido, y se encaramó encima del tigre para la feroz cabalgada. Tarea difícil la suya. Sin dinero, solo contaba con el espaldarazo incondicional de Fidel Castro, claro, otro de los grandes *iluminados* de la imagen histórica. Y no demoró en arrancar la maquinaria de creativos engranajes. Desde el inicio desplegó los mecanismos de fuerzas irradiantes y compartió sacrificios, conocimientos, especializó a obreros, técnicos, profesionales..., todo bajo la tutelar responsabilidad, sabia y virtuosa, de un Eusebio preocupado y sensible, que no vacila en reconocer y aplaudir a esa hueste capaz de seguirle en la tremenda aventura estética.

Él intuye, sabe de esas piedras y metales sujetos a las miserias del tiempo. La construcción es tarea dura, agotadora, estrepitosa, de ritmo en ese ir y regresar de carretillas, en el transporte de áridos, de fuerte gestualidad en las paletadas, algo agobiante y brutal en los ritmos manipuladores y repetitivos de maquinarias disonantes, agresivas y violentas por la necesaria contundencia del trabajo de ruidosa jerga en esa extraña aventura

del espíritu, donde todos se dejan la piel, sin excluir a sus maestros del hierro, de la cantería, de la madera, en la consecución de rehistorificar paredes, calles, dando pie a esa nueva vestidura donde se rejuvenecen los viejos códigos del pasado. Es mucho lo férreo de su voluntad, la mente lúcida, la enorme capacidad de ese hombre de indiscutible estirpe fundacional que convida a armarnos todos de ese recobro estético capaz de un paritorio alumbrado en medio de herramientas, como pisando los espacios y los tiempos sonoros de la vital barahúnda. De toda esta inspiración mineral, surge la figura del maestro en el pleno desempeño de un forcejeo titánico, capaz de organizar los complejos materiales del caos inicial.

Gracias a Eusebio por esa Plaza Vieja, al entrar en ella me invade la sensación de un lugar abierto al portento de una buena vibra; será por su carga positiva, descontaminada de los oscuros maleficios con que a veces nos cargamos sin darnos cuenta.

Gracias, Eusebio, por respetar los latidos, los viejos códigos de nuestra ciudad, pero sobre todo potenciarla en ese nuevo empaque de luces, de magia recién estrenada.

Si en el principio fue el verbo, las palabras triunfaron en la exacta ordenación de su oratoria; en su ascetismo literario no hay abusos de imágenes, quizás por ello capta de manera precisa nuestra realidad. El lenguaje empleado está a medio camino de la palabra y el escritor, y ese equilibrado manejo no lo lleva a la discordia..., como que las palabras exactas acuden dócilmente a su

llamado. Escucharle es compartir la enorme satisfacción de sus saberes, y no es menos cierto que nos seduce, nos amarra con su inteligente entramado de ideas, de belleza, de altísima cultura. En alguna medida, en ese momento, al oírlo cualquier deuda contraída merece nuestra gratitud porque es pieza fundamental en el devenir histórico de nuestra nación, en su realidad fluyente.

Con mucho cariño recuerdo sus palabras cuando España me otorgó la Orden Isabel la Católica, y en intemporal diálogo jocoso, Monseñor Carlos Manuel de Céspedes nos abrazó y nos distinguió con la frase: «colegas del tiempo».

Remontándonos en la historia se atribuye a Caín la construcción de la primera ciudad: no cabe duda, es castigo divino asesinar al hermano. En verdad, una ciudad es el soporte geométrico, es voluntad de orden, de racional delimitación de un espacio capaz de protegernos y acercarnos al límite que nos posee; nos da un orden básico y edificios que responden a la evolución de sus propias funciones.

San Agustín nos habla de tres ciudades: la celeste espiritual, la celeste terrenal y la terrestre carnal. Las dos primeras de Dios y la tercera condenable, porque pertenece al diablo. Con todos mis respetos al santo, esa tercera ciudad es el lugar de comunicación, el espacio de saberes, el lugar que cuidar, propuesta de un modelo de conducta, de trabajo, de diversión, dominio donde se dan cita los amigos y los enemigos que también tienen derecho,

la familia..., en fin, esta ciudad azul, que es La Habana Vieja, es el espacio espiritual, terrenal y carnal donde participamos todos.

Suerte, mucho *ashé* querido Eusebio, en estos momentos, cuando ya indetenible, te deslizas plácido y mercedamente sobre los fidedignos adoquines para recorrer los dominios de la legitimación... La Habana, tuya y de todos nosotros.

NATALIA BOLÍVAR ARÓSTEGUI  
Escritora, etnóloga e investigadora  
(Cuba, 1934)

## LA PRODIGIOSA MEMORIA



**C**onocí al joven Eusebio Leal casi al extinguirse la década de 1950, cuando se acercó a Don Emilio Roig, el entonces Historiador incansable de La Habana. Nos encontramos poco, pero no puedo olvidar la prodigiosa memoria de aquel joven. En esa misma época buscaba yo, por un amor inexplicable, los vasos comunicantes de la cultura en todas sus manifestaciones...

Creo, sin duda, que Eusebio actúa y piensa al igual que lo hago cotidianamente dentro del multiculturalismo, término un tanto abusado... pero significativo. Gracias a nuestro Eusebio Leal, La Habana histórica, restaurada y llena de vida, nos oxigena a todos y nos llena de vida.

Sin volver a mencionar a Martí, el gigante, cubanos como Don Fernando Ortiz o nuestro Eusebio, son, no los únicos, pero sí los patriarcas que imprimen a la nación con una verdadera identidad.

LEO BROUWER

Músico y compositor (Cuba, 1939)



## CÓMPLICE DE VERSOS ESPONTÁNEOS Y PERFECTOS



**N**unca ignoré al hombre sabio de pasos cortos y ligeros, que en tonos grises recorre la Ciudad descubriendo y redescubriendo la historia de hombres y mujeres que forjaron, lucharon y dignificaron su tiempo y su espacio.

Enamorado del amor y la belleza, cómplice de versos espontáneos y perfectos, me hace comprender su profundidad, humanidad y generosidad en cada una de sus acciones, como aquel detalle de la adquisición en Panamá de un plumero que con vehemente ilusión daría vida a las olvidadas esculturas, las cuales armonizan, silenciosas, el entorno de cada uno de los rincones de su Habana.

Ha sido un privilegio acercarme a compartir su tiempo, aproximarme a sus sueños, al rescate de columnas, enrejados y adoquines, el viajar a la memoria de hallazgos e historias que iluminan la Ciudad.

Este ser de dimensión universal nos convoca constantemente a no olvidar la herencia de lo bello que se esconde bajo los pliegues de la historia de esta mágica isla.

¡Feliz Aniversario, Eusebio!

ISABEL BUSTOS  
Directora y coreógrafa (Chile, 1948)

# EL HUMANISTA MITO



## COORDENADAS

1. Nosotros tenemos la necesidad de la expansión. El mundo entero nos interesa. De Francia la luz, y de España, y de Inglaterra y de los E. [Estados] Unidos, —en ningún país del mundo se encuentran relativamente tantos hombres generalmente ilustrados.

El éxito de los h. [hombres] no se mide por su éxito inmediato, sino por su éxito definitivo, —no se mide por el dinero que acumularon, sino por el resultado de s. [sus] obras. (...) Del que ganó más, queda más... del artista, del literato, del fundador, del creador, del esclarecedor, queda más.<sup>1</sup>

JOSÉ MARTÍ (1853-1895).

2. Ir adelante, mirando más allá. Lema del que piensa y quiere actuar.<sup>2</sup>

ENRIQUE JOSÉ VARONA (1849-1933).

<sup>1</sup> José Martí: «Fragmentos», *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1973, t. 22, p. 44.

<sup>2</sup> Enrique José Varona. *Con el eslabón*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 264.

3. Todo hombre célebre debe cuidar de no deshacer su leyenda –la que a todo hombre célebre acompaña en vida desde que empieza su celebridad–, aunque ella sea hija de la frecuente y natural incomprensión de su prójimo. La vida de un hombre no es nunca lo bastante dilatada para deshacer una leyenda y crear otra. Y *sin leyenda no se pasa a la historia*.<sup>3</sup>

ANTONIO MACHADO (1875-1939).

4. Los que mejor encarnan las aspiraciones humanas colectivas, comunes al hombre, y por tanto se pueden dar como arquetipos de personificación de mitos.

El mito es la cristalización, en acción de personajes, en una acción determinada, en un psicodrama o una acción dramática o en una acción novelesca de las apetencias profundas del hombre. (...) Los mitos están instalados en nuestra vida. Los mitos no son sino una representación gráfica. Una especie, si usted quiere, de sublimación del *comic*, de nuestras acciones cotidianas llevadas con planos más o menos fabuloso, pero responden a nuestras apetencias cotidianas.<sup>4</sup>

ALEJO CARPENTIER (1904-1980).

<sup>3</sup> Antonio Machado: «Habla Juan de Maairena a sus alumnos». En: *Prosas*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975, p.113. (La cursiva es de AC)

<sup>4</sup> La última entrevista que concedió, publicada en el suplemento mexicano *Uno más uno*, el 3 de mayo de 1980. En: Alejo Carpentier: *Entrevistas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985, pp. 495-498.

## EL HUMANISTA MITO

5. En los meses finales de 1970 e inicios de 1971, como estudiante universitaria, tuve la inmensa suerte de que la profesora Yolanda Aguirre nos impartiera un curso sobre Arte Cubano. Ella había decidido que las clases serían en los museos, calles, plazas y edificios de La Habana Vieja. Estableció reglas de obligatorio cumplimiento: debíamos llegar puntual a cada clase itinerante, porque no se esperaba por los retrasados.

Asumimos el proyecto como una gran aventura que podría asociarse a lo insólito histórico en cualquier momento.

Un día, nos citaron para el Palacio de los Capitanes Generales. Yolanda estaba acompañada de un hombre joven, vestido sencillamente de gris, muy delgado aunque con fuerza para mover cargas con rapidez. Ella lo presentó como Eusebio, el nuevo Historiador de la Ciudad desde 1967; estaba convencida de que él lograría salvarla.

En un aparte, nos dijo que él era un verdadero *humanista autodidacto*; que aprovecháramos y preguntáramos sobre todo, porque era muy generoso y nos diría todo lo que quisiéramos saber.

Antes de los diez minutos, el anfitrión-profesor solidario recibía la aprobación total de estudiantes ya acostumbrados a lidiar con personalidades («vacas y toros sagrados» les decíamos entre nosotros). Eusebio combinaba la gestualidad espontánea con una voz agradable,

mezcla de buen locutor, actor y cantante lírico. Dialogaba caminando con Yolanda y nosotros los rodeábamos. Mostraba unas piezas y exclamaba: «¡Yolanda, mira!; ¡ya tenemos legítima cerámica mexicana de Talavera!».

Otro día, caminamos la calle de los Oficios, un paseo total de crucetas, donde todo se aguantaba entre sí, porque estaba apuntalado en las dos aceras. Nos llegamos a las ruinas del convento de San Francisco. Ya se había conseguido que dejara de ser un almacén; el edificio había sobrevivido a un incendio. Entramos en el palacio de la Obrapía con fachada barroca; subimos por unas rampas en los andamios, porque la escalera al piso superior no existía...

El gran Eusebio (así ya le decíamos entre nosotros) tenía, tiene, una poderosa imaginación. Los escépticos y pesimistas podrían declarar el colapso inminente de unas ruinas arcádicas (románticas) de paisajes urbanos tropicales. Sin embargo, él desafiaba la lógica pedestre del sentido común. Actuaba con la audacia cultural de los revolucionarios visionarios. Profetizaba la máxima recuperación del esplendor habanero. Se autotransformaba en un personaje-mito carpenteriano; el cual –durante media centuria– ha desarrollado una historicidad sorprendente, *real maravillosa*.

ANA CAIRO BALLESTER  
Profesora, investigadora y ensayista  
(Cuba, 1949)

## SU EXTREMA FUERZA Y DETERMINACIÓN

---

**E**n todos los lugares del mundo hay personajes de relieve que pasarán a la historia por todo lo que han hecho por su propio país. Son aquellos que, con humildad, construyen y dejan a los descendientes el resultado del propio sacrificio y empeño, porque las ideas se quedan tal como son, si no se funden las bases para ponerlas en práctica.

Cuba tiene a Eusebio Leal Spengler, cuya extrema fuerza y determinación han permitido proyectar al mundo las maravillas de La Habana Vieja, transmitiendo a todos los visitantes la atmósfera encantada de un tiempo pasado que volvió a revivir.

En junio del 2003 tuve la fortuna de conocerlo, gracias a una amiga que le pidió un encuentro para presentarle un proyecto que estaba desarrollando, el cual comprendía retratos de los artistas más importantes de la plástica cubana. Cuando nos recibió, descubrí un hombre de gran sensibilidad y de una cultura excepcional.

Uno de los motivos por el cual soy residente en esta tierra única en el mundo es haber encontrado una persona como él, quien me ha aconsejado y sugerido ideas, además de entusiasmarme para continuar aquello que, pensaba yo, sería mi primer y único proyecto fotográfico sobre la isla.

La fuerza y la estatura moral de Eusebio, profundamente radicada en su espíritu y expresada en su obra, quedarán permanentemente en el corazón no solo de todos los cubanos, sino de quienes, provenientes de otras latitudes, hallamos en él un amigo. Personas como él, deberían vivir para siempre.

ALFREDO CANNATELLO  
Fotógrafo (Italia, 1947)

## EL HISTORIADOR DE CUBA



**A**ntes de conocernos personalmente quizás haya sido la revista *Opus Habana* el principal componente de mi profundo aprecio a Eusebio Leal, director y alma de esta excelente publicación. Efectivamente, a mi llegada a Cuba en 1997 como vicepresidente primero de la Empresa de Telecomunicaciones de Cuba (ETECSA), por casualidad conseguí los primeros números de la revista. Quedé impresionado por su noble y eficaz misión de enaltecer la Isla, y La Habana de manera especial, en sus variados aspectos, pasados y presentes, con particular énfasis a los hijos ilustres en cualquier campo de actividad, sin olvidarse de los muchos forasteros que durante su larga historia dejaron huellas meritorias en ella. Me acuerdo en particular que pedí, algunos meses después, el número uno de *Opus*, editado en 1996 y ya agotado, ejemplar que se me ofreció excepcionalmente sacándolo de la reserva patrimonial de la biblioteca. Poseo obviamente todos los números editados hasta ahora de la revista, y estoy muy orgulloso de aparecer en ella con alguna contribución.

Ya desde 1998 mi relación con Eusebio Leal pasó de una respetuosa atención a un creciente sentimiento de amistad. En los años inmediatamente posteriores, con la colaboración



entusiasta de él, mía, del profesor José Altshuler y del ingeniero Roberto Díaz Martín, presidente y secretario respectivos de la Sociedad Cubana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, y de los embajadores de Italia Giuseppe Moscato y Elio Menzione, durante las anuales *Semanas de la Cultura Italiana en Cuba*, se organizaron conferencias, exposiciones y otras actividades culturales, en sedes históricas como el Hemiciclo «Camilo Cienfuegos» del Capitolio, la Basílica Menor de San Francisco de Asís, la planta baja de la Lonja del Comercio, el Gran Teatro de La Habana, el Museo «Carlos J. Finlay», etc., en homenaje a italianos ilustres del pasado como el agrónomo Mario Calvino, el inventor Antonio Meucci, el entomólogo Filippo Silvestri, el filósofo Giordano Bruno y muchos otros. Estas actividades han seguido desarrollándose con continuidad hasta hoy, contribuyendo a mejorar ulteriormente las ya excelentes relaciones entre Cuba e Italia.

No puedo eximirme de agradecer a Eusebio Leal su gran interés hacia las Mesas Redondas anuales sobre el tema «Emigración y presencia italiana en Cuba», organizadas por mí en La Habana a partir del año 2001, y desde el año 2014 vigentes en forma de Seminarios. En su prólogo al tercer volumen de la serie, en 2004, cuando el esfuerzo intelectual y organizativo de los muchos colaboradores, cubanos e italianos, había producido ya buenos frutos, él expresa toda su satisfacción para la obra que se está llevando a cabo, la cual, en su opinión, respondía a una «urgencia», advertida por mí, «de recopilar la memoria de los italianos que contribuyeron, de una

forma u otra, a la forja de la identidad del pueblo cubano». En este mismo prólogo, Eusebio exalta los fuertes lazos históricos entre nuestros dos países asegurando que «con admirable continuidad Italia está entre nosotros, a veces con más intensidad, tal como en los días de la lucha por nuestra independencia». Desde otra perspectiva, me parece que Eusebio coloca justamente las raíces morales y culturales de Cuba no solo y esencialmente en la hispanidad, sino también en el ámbito mayor de la latinidad, de ahí también su fuerte sentimiento de admiración por Italia.

Sobre las más variadas relaciones existentes entre Cuba e Italia, llegadas hoy a una cobertura muy abundante del tema, Eusebio no excluye recurrir, en casos apropiados, a la memoria epigráfica, en lugar de la más común y por supuesto más rica memoria editorial. Recuerdo, por ejemplo, que quedé entusiasta cuando le propuse conmemorar la estancia en La Habana –desde el 28 de diciembre de 1697 y hasta el 13 de marzo de 1698– del viajero italiano Giovanni Francesco Gemelli Careri, quien dedicó a su regreso a Italia valiosas informaciones sobre su estancia habanera en 24 páginas de su obra *Giro del Mondo*. Dicho y hecho: el martes 24 de noviembre de 2007 Eusebio Leal, el embajador de Italia Domenico Vecchioni y yo develamos con breves discursos una linda lápida marmórea en conmemoración del 310 aniversario del evento, colocada nada menos que en la fachada de un antiguo palacio de la Plaza de San Francisco de Asís.

Siempre que hablo de Cuba con mis amigos en Italia subrayo la belleza y magnitud de La Habana, por sus riquezas artísticas, arquitectónicas y culturales, y su incomparable estructura física, hecha de colinas, rocas, arenas, ríos, un magnífico puerto y un pintoresco malecón. Conocer a fondo el estado actual y sus vicisitudes, también humanas, en los siglos pasados, de este enorme patrimonio, es tarea titánica de los Historiadores de La Habana, cuyo mandato temporal depende de sus capacidades intelectuales y físicas. Falta ya poco para que se cumplan cincuenta años de que Eusebio esté cubriendo de manera ejemplar, en sus variados aspectos, este cargo sin duda de gran responsabilidad nacional. Recuerdo uno de nuestros muchos encuentros casuales, en Baracoa el 15 de agosto de 2001, durante el acto por el 490 aniversario de la fundación de la Ciudad Primada, ceremonia presidida por él. Sé que esto ha ocurrido también en otras ciudades cubanas, lo cual me confirma en la convicción de que nuestro gran amigo puede también considerarse a pleno título el primer Historiador de Cuba.

A través de estas modestas palabras, dirigidas al querido amigo Eusebio Leal, le deseo de todo corazón un muy feliz Cincuentenario, ¡y lo cito para el próximo... «encuentro sorpresivo» en la Plaza Vieja!

DOMENICO CAPOLONGO  
Ingeniero, investigador y ensayista (Italia, 1938)

## UN HACEDOR

---

**E**n el año 2012, recién llegada a La Habana como ministra consejera encargada de cultura de la Embajada de la República Dominicana, solicité me recibiera el Historiador de la Ciudad, Dr. Eusebio Leal; era la segunda vez que intentaba lo que ese día me proponía hacer.

Las secuelas de una reciente enfermedad se dejaban ver en mí. Aún convaleciente, andaba con bastones y hablaba con cierta dificultad, pero al llegar a las oficinas del Historiador de La Habana, solo pensaba en cómo lograr ser su amiga.

Anunciada y recibida de inmediato, pensaba en qué le diría, así que me quedé en blanco mientras escuchaba su bien timbrada voz, tan rica en matices. Y en ese instante sentí que lo conocía de toda la vida.

Era Eusebio un hombre capaz de inspirar confianza y admiración a primera vista. Por encima de lo que me decían de él, la ciudad renacía viva como una realidad y mostraba su esplendor por las esquinas. Y como un duende estaba él por todas partes, se sentía su energía, su entrega, su tenacidad, su creatividad y su increíble voluntad y disciplina para desarrollar un proyecto que, sustentándose a sí mismo, lograba todos los apoyos en circunstancias especiales.

Eusebio es un hacedor. Su amor por Cuba lo hacía posible. Aquel día, sentada en un sillón en su oficina, le dije: «¿Sabes por qué estoy aquí?, porque yo quiero ser tu amiga»; a lo que él, rápidamente, me contestó sin vacilaciones: «Pero es que ya lo somos», invitándome a mirar hacia atrás. Quedé yo sin respiración al ver en la pared una hermosa *Madonna* que no era más que la virgen de la Alta Gracia, gran protectora y patrona del pueblo dominicano. Fue algo mágico que unía su cubanidad con mi dominicanidad.

Entonces le dije, como para acercarme más, que yo tenía dos abuelas cubanas llegadas a Puerto Plata desde Santiago al final del mil ochocientos, como consecuencia de las guerras de independencia de Cuba.

Desde el principio de nuestra amistad recibí todo el estímulo y la inspiración para ayudar a construir, con mi trabajo cultural en La Habana, sólidos lazos entre las islas hermanas. Después de leerme todos sus libros y otros recomendados por él —libros que me hicieron estudiar la Historia de Cuba—, conocí a Céspedes, a Maceo, a Martí y me acerqué profundamente al Generalísimo Máximo Gómez, el dominicano más de los cubanos que nuestro.

Me habló de mi país, de sus años de compartir con la intelectualidad dominicana. Resultó fascinante escucharlo contar historias de una época, de su amor por mi patria.

Me deslumbró al decir cosas sin decir las, apenas con crear en su conversación planos tridimensionales.

Lo ví en toda su magnitud y no niego mi emoción ante su grandeza, su sencillez y su humildad bien llevada bajo el peso de los innumerables reconocimientos, honores y condecoraciones, ya compañeras de su vida.

¿Cómo no querer al leal revolucionario de firmes principios, convicciones y compromiso social? ¿Cómo no quererlo con el amor más puro? ¿Cómo no ser su amiga al descubrir el bien guardado destello de picardía en su mirada que, humanizándolo, deja ver que no todo es trabajo y compromiso en su vida?

El amigo solidario que dice creer, que al conocerlo puede provocar desencanto en las mujeres, logra con su andar por la ciudad de sus amores, que todos amen su paso inagotable. Él valoriza la vida de quienes envejecen procurándoles calidad de vida y respeto, como también a los niños especiales, a las mujeres más necesitadas, y con su amor da cobijo a la pobreza, luchando contra la injusticia

Son muchas las razones que existen para quererlo, y yo lo quiero junto a todo el pueblo de Cuba, con admiración y respeto.

SOCORRO CASTELLANOS  
Comunicadora y diplomática  
(República Dominicana, 1942)

## MI CITA CON UN ÁNGEL

---

**H**ay otro 11 de septiembre, el tuyo, cuando llegaste y todavía sigues siendo el *Ángel guardián* que no ha sido derribado aunque lo han intentado.<sup>1</sup> Recuerdo cuando te vi por primera vez. Cruzabas en diagonal la Plaza de Armas, rápido, urgente en tus pasos. Después te conocí... Vivías tiempos difíciles de confrontación, resistencia y encuentros y soñar despiertos. Fuimos acogidos por Aida Santamaría: «el lugar habitual donde almorzaba todos los días... y allí un día, recién llegados del mismo infortunio encontré a Pablo, a Silvio; allí estaba Noel Nicola, el arquitecto Fernando O'Reilly, una joven, Rebeca Chávez. Entonces ahí empezó la gran amistad...» Haydee Santamaría, te escuchó y te salvó y nos salvó a todos; nos armó con aquella idea escudo: «Yo fui al Moncada para que estas cosas no volvieron a pasar nunca en Cuba, y golpeó con su sobrilla en el suelo».<sup>2</sup>

En situaciones parecidas he recordado esta historia y termino pensando que todavía nos hace falta «la sombrilla de Haydee».

<sup>1</sup> Estoy recordando la estremecedora canción «Cita con Ángeles» de Silvio.

<sup>2</sup> Entrevista publicada en el libro *Haydee hace falta tu voz*, Ediciones Ojalá, 2014.

Esos días el Palacio de los Capitanes Generales era el escenario de tus trabajos, donde una primera sala inauguró todo el gran proyecto-sueño de revivir (sobre todo revivir) y rescatar La Habana. No hay casualidades: la sala se abrió coincidiendo con un aniversario de la Protesta de Baraguá. Casi enseguida descubrí que la idea esencial y decisiva de tu proyecto no se proponía convertir esa inmensa e importante zona de la ciudad en un museo frío y seco, como pensaban algunos y susurraban aquí o allá. Gran equivocación. Tu vida y la obra están ahí.

Te recuerdo en las apasionantes narraciones en torno al cañón mambí fabricado con tiras de cuero y el embrujo de los iniciales «Andar La Habana». Ahora sé que allí sembrabas la semillita del amor indispensable para una obra que –todavía en la imaginación– solo tú conocías. Yo apenas veía el destrozo, la basura, las ruinas, el churre que escondía el esplendor perdido ante nuestros ojos. Solo tú no veías lo mismo, veías el florecimiento y la nueva vida que ya hay hoy. Y otra vez Silvio, siempre con sus ideas precisas: *solo el amor convierte en milagro el barro, solo el amor engendra la maravilla...*

La (tú) manera de ejercer la gestión patrimonial, la alianza entre lo cultural y lo económico sin que una se tragara a la otra, fue mi hallazgo (y debería ser el de todos). Solo que colocabas al ser humano sin paternalismo protector como el protagonista esencial, eslabón indispensable y diverso que debía asumir la propuesta que hacías: aprender a vivir en la modernidad cubana, abandonar (desterrar) costumbres y hábitos (por ejemplo



los higiénicos) que junto a una nueva vivienda implicaba una nueva vida como seres humanos que dejaban atrás no solo los escombros; dejaban el pasado. Ahora ellos debían defender, aunque todavía no tuvieran conciencia, todo este nuevo universo de una revolución dentro de otra. Sabías que no todos se implicarían con la misma intensidad en la transformación, pero tú, Eusebio, sabías y sabes que has desatado una batalla entre valores materiales y espirituales, y que la indiferencia ha perdido terreno en las simultáneas restauraciones a las que convocas. Lo trascendente no son los edificios (y lo son) sino la fe inquebrantable en el ser humano que has despertado, en que cada quien descubra su capacidad creadora y se empeñe en usarla.

Un día te ví defender con pasión, palabra por palabra, argumento por argumento y, hasta el último minuto del intercambio, que había que dedicar todas las ganancias que ya producía la Oficina del Historiador al gigantesco taller creativo que es tu institución. Luchabas para no «desviar» ni un centavo. Debatías con Fidel y perdiste. El dinero que te pedía era para la restauración del ISA (Universidad de las Artes).

Dicen que quizás los Ángeles no existan; sin embargo vuelan, y tú, un Ángel, no eres perfecto, gracias a Dios, y te equivocas porque haces. Dices haciendo, como aconsejaba Martí. Todos estos recuerdos están arropados por mi certeza de que eres de verdad, y existes.

REBECA CHÁVEZ  
Cineasta e investigadora (Cuba, 1946)

## EL CAMINO DE LA LEALTAD



**P**alabras urgentes para un amigo:  
Para hablar de Eusebio Leal hay que hacerlo con el corazón, porque Eusebio no es un hombre común, sino un hombre excepcional, un elegido.

Leal a la Patria, al trabajo creador, a la virtud, Eusebio Leal se ha ganado el afecto y la admiración de todos los cubanos, entre otros méritos, por contribuir con ingenio y maestría a salvar la ciudad del daño arrasador del tiempo y el olvido.

Aunque no poseo el don de la oratoria y la escritura, podría pasar horas elogiando a quien con perseverancia y pasión ha empleado toda su vida a levantar de las ruinas espacios que parecían insalvables, y hoy devienen majestuosos monumentos de la historia, la cultura y la vida de la nación cubana. Pero no, que sea la Ciudad quien lo premie, la Patria quien lo honre y Dios quien lo bendiga. Ya aparecerá la mano virtuosa, que en vida y no después, lo funda en bronce o talle en piedra, y lo plante en el centro de la ciudad para que su efigie, y no solo su alma, permanezca eternamente entre nosotros. Así quien visite la hermosa capital podrá estrechar su mano y ofrendarle una flor.



Mientras, sirva esta imagen para honrarlo: en su pecho la medalla, en sus manos el sombrero de labrador, a su espalda a toda luz, el Maestro, aquel que señaló el camino, que Eusebio con lealtad siguió.

ROBERTO CHILE

Fotógrafo y realizador audiovisual (Cuba, 1954)

## ETERNO COMPROMISO



**R**econozco que escribir de lo que representa Leal para mí es bien difícil, o sencillamente casi imposible. Eso sí, lo haré, sin lugar a dudas, con palabras que saldrán del corazón.

Recién graduada en el año 1992 de Información Científico-Técnica y Bibliotecología, comencé a trabajar en la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura, bajo la égida de Marta Arjona. Mi jefa era María Teresa Iglesias, especialista principal de Marta y luego su asesora, con quien crecí profesionalmente oyendo hablar de todo el trabajo vital que hacía Leal como Historiador de La Habana, de sus proyectos, de su trabajo en el Museo de la Ciudad. Nuestro departamento estaba en el mismo piso de la dirección, por lo que frecuentemente veía a Leal entrar y salir de la oficina de Marta, siempre saludando a todos con gran afecto.

No fueron pocos los momentos en que fuimos a la Dirección de Patrimonio de la Oficina del Historiador de La Habana para conversar con su directora, Raida Mara, y con Margarita Suárez, directora de los museos de allí, sobre los temas relacionados con el inventario automatizado del patrimonio cultural y natural de

Cuba, actividad a la cual dediqué 14 años de mi vida laboral, hasta que en el 2006 se me ofreció la oportunidad de trabajar en el Consejo de Estado con Pedro Álvarez Tabío.

En ese momento de cambio, Leal me brindó su apoyo y me expresó que, en algún momento, yo iría a trabajar a la Oficina del Historiador; por tanto, él esperaba. Y así fue, en el año 2009 comencé una época feliz de mi vida profesional. Leal me brindó la oportunidad de transmitir toda la experiencia que había acumulado acerca del registro de los bienes culturales, de asesorar a los museos de la Oficina en esta importante acción y de formar parte del claustro de profesores del Colegio Universitario San Gerónimo. Poco a poco me uní a esa gran familia del patrimonio, de la cual todavía me siento parte.

Curiosamente, veía a Leal menos que antes. Hasta que un buen día, me mandó a llamar para hacerme una oferta, una que nunca esperé y, mucho menos, anhelé: la de asumir la responsabilidad de dirigir el Consejo Nacional de Patrimonio Cultural. ¿Cómo dudar ante la persona que tenía frente a mí, ante la persona que siempre confió en mí y que es la mayor autoridad sobre estos temas? Eso era impensable, de modo que asumí mi nueva tarea. Y más tarde, la de presidir la Comisión Nacional de Monumentos, que había sido conducida antes por personalidades como Antonio Núñez Jiménez, Marta Arjona y el propio Leal. Pero otra vez, mi mentor había creído en mí y me había propuesto para

esta responsabilidad al ministro de Cultura, de modo que no había lugar para vacilaciones.

Pronto cumpliré seis años como presidenta del Consejo Nacional de Patrimonio Cultural y casi cinco de la Comisión Nacional de Monumentos. Debo confesar que no ha sido sencillo para mí, pero mi compromiso con Eusebio Leal es el mayor desafío que tengo. Su ejemplo, honestidad e integridad es lo que me inspira a seguir adelante; su compromiso para con la protección del patrimonio es perenne, pero si no se ama así, no se obtiene todo lo que él ha logrado, por supuesto, acompañado de un excelente grupo de trabajo que, con persistencia y creatividad, alcanza resultados impresionantes.

Muchos hablan de los logros de la Oficina, y yo, que viví la experiencia, sé que no hay descanso, no hay fines de semana en que no se trabaje, en que no se insista en el esfuerzo, en que Leal no haga sus gustosos recorridos, viendo y tocando todos los problemas y sobre todo buscando las soluciones. Y pienso que la respuesta se debe al contacto personal que Eusebio Leal tiene con todos y cada uno de sus trabajadores, a su preocupación por los problemas que puedan tener y cómo poder ayudar.

Creo que Leal nunca se percatará de la magnitud de su influencia sobre mí como persona y profesional. Quisiera seguir su ejemplo hasta en la pulcritud de su puntualidad. Quiero que siga tocando la puerta de mi oficina o escuchar en el teléfono su frase: ¿qué hay de nuevo? Me siento privilegiada de poder contar con su sabiduría, de poder sentarnos a conversar como maestro y discípula,

de, incluso, escuchar sus regaños o de que no concuerde con algunas de mis decisiones o modos de hacer, pero seguimos trabajando, él siempre más que todos, SIEMPRE, porque sencillamente está pendiente de todo y de TODOS.

Gracias Leal, cuídate mucho; te queremos.

GLADYS COLLAZO USALLÁN  
Museóloga e investigadora  
(Cuba, 1966)



## SU GENEROSIDAD



**M**uy querido y admirado amigo:  
Reciba mi más sentida felicitación por su nuevo onomástico, que quiera Dios celebre muchos más, pues es usted, junto a cinco grandes de la historiografía cubana –Fernando Ortiz, Ramiro Guerra, Emilio Roig, Emeterio Santovenia y Gerardo Castellanos–, no uno más, sino el salvador de los grandes monumentos y de la vieja San Cristóbal de La Habana.

Cuba en general lo necesita, así como sus más entrañables amigos, quienes tanto le debemos a su generosidad y exquisita sensibilidad.

Le repito mis sinceras felicitaciones, también en nombre de mi esposa.

DR. GREGORIO DELGADO GARCÍA  
Historiador del MINSAP, médico y profesor  
(Cuba, 1933)

## GLADIADOR, CONSTRUCTOR Y REPARADOR DE SUEÑOS

---

**G**uiño de aprobación al hermano Leal: Leal sería el nombre adecuado para llamar la llegada del hijo pródigo, que tenía la mirada sobre la ciudad amenazada por los derrumbes propios del tiempo y el descuido.

La echó a sus hombros y desde entonces pende sobre su cuerpo como un apéndice necesario en su vida. Leal es cimiento, es columna de carga. Hombre amado hasta por los perros que posan orgullosos sus chapillas al cuello, en símbolo de pertenencia a la ciudad que avivan con sus ladridos. Lo adoran los ancianos que preparan decorosamente su vuelo feliz al cielo, y los que iremos detrás marcharemos felices y privilegiados de haber compartido con él su anhelo, su pasión y su obra. Leal camina entre nosotros y es reverenciado por los monumentos que sonríen por la oportunidad de vivir una segunda vida.

Eusebio Leal Spengler son los tres nombres que corresponden al gladiador, constructor y reparador de sueños.

NELSON DOMÍNGUEZ  
Artista de la plástica (Cuba, 1947)

## PALABRAS DE FUEGO



**A**l acercarse tu jubileo, Eusebio, no sé cómo expresar mi admiración y mi gratitud. ¡Concentras tanto saber, tanta memoria, tanta inteligencia, tanta poesía! No estamos tan lejanos como parece, siendo tan cercanas París y La Habana en nuestras vidas y culturas. Y afortunadamente, la distancia que suele frenar las relaciones y la intimidad no ha constreñido nuestros sentimientos mutuos de fraternidad y aprecio.

No recuerdo cuándo supe de tu existencia. Calculo que ocurrió cuando fungía como secretario general de Francia-Cuba o de redactor-jefe de *Cuba Sí*, la revista de dicha asociación, entre 1964 y 1975. Me imagino que fue por medio de la prensa cubana o por conducto de un viajero procedente de tu ciudad. Lo que sí no olvido, por ser imborrable la escena, es cuándo nos conocimos. No podré precisar la fecha exacta, pero tengo todavía clarísimas las circunstancias de nuestro primer encuentro.

Fue en París en 1986, en la Maison de l'Amérique Latine, al cierre del coloquio internacional organizado por el grupo de «Historia de las Antillas Hispánicas» en torno a la abolición de la esclavitud en el Caribe hispano. La sesión de clausura consistió en

una mesa redonda donde intervinieron algunos de los ponentes. Abarrotado el salón, una parte del público tuvo que quedarse de pie. Allí, en el fondo, estabas tú, Eusebio. Aprovechando tu paso imprevisto y fugaz por París, alguien te había traído «volando» al evento. Al reconocerte, te di pronto la palabra para que comentaras el tema, aunque no hubieses participado en la discusión.

De pie, envuelto en una amplia capa negra que tus brazos agitaban, con tu voz sonora y majestuosa, con tu aliento de tribuno inspirado e incansable, evocaste con pasión la gesta que condujo, entre sufrimientos y proezas, a la emancipación del siervo africano dentro de la patria común liberada del dominio colonial. Revivías, y nosotros, cautivados y maravillados, revivíamos en cada una de las víctimas, en cada uno de los héroes a quienes hiciste desfilar, de Aponte a Maceo, de Céspedes y Martí, cual este lo hiciera en «Madre América» con los forjadores anónimos e ilustres de Nuestra América.

Nos iluminaste. Nos fascinaste. Te descubrí. Por cierto, no hablaste los cinco o diez minutos acostumbrados, sino por más de media hora, pero ¡qué conclusión más levantada!, ¡qué oraciones más fogosas!, ¡qué fe en tu pueblo!, ¡qué lección de humanidad! Gracias, Maestro.

Nos volvimos a ver en tu Habana de vez en cuando. Recuerdo un encuentro particularmente simbólico de tu afición y dedicación a la cultura francesa. En La Habana Vieja, la actual Casa Víctor Hugo (calle O'Reilly, número 311) fue el lugar de aquel acto impactante para mí.

«Cuba Coopération France» había tomado la iniciativa y obtenido el permiso de rehabilitar la casa del siglo XVIII derruida, para convertirla en centro de la cultura francesa en La Habana y de la amistad cubano-francesa. El 29 de enero de 2003, dentro de las ruinas, se dio solemnemente la señal del inicio de las obras de reconstrucción del edificio. Roger Grevoul, quien impulsaba el proyecto, y tú, el Historiador de la Ciudad, que lo apoyabas –la palabra queda corta para medir tu aporte– me pedisteis que disertara sobre «Francia y Cuba: dos alas de la Libertad». Traté de cumplir. Lo que desarrollé entonces bajo un sol aplastante, se lo comió el alboroto de la calle o se lo llevó el polvo de los escombros, pero, por suerte o por desgracia –la Historia zanjará–, la charla no se perdió para siempre ya que, por decisión soberana tuya, el manuscrito quedó empotrado en la fachada de la bella casona restaurada.

Ahora, Eusebio, como era natural, a ti te había tocado hablar primero, junto a Roger. Pero ese discurso improvisado tuyo se esfuminó como el de 1986. ¡Aquel discurso era sin embargo el que debiera conservarse para la Historia! No podré reconstituirlo a pesar de haber guardado vivo el embeleso de tus palabras de fuego. Recorriste a galope la historia de la ciudad y más despacio los pasillos de la casa señorial, hasta que, de repente, valorando la impronta de la cultura francesa en la Cuba colonial, nos llevaste entusiasmado al alado e inmenso Víctor Hugo solidario de la Cuba mambisa insurrecta.

De nuevo, como en París, con tu elocuencia arrebatadora, me apareciste más vivo que un redivivo, reviviendo en cada piedra cuyo destino compadecías, en cada personaje cuya suerte compartías, e incluso en las metáforas fulgentes del poeta sublime con quien andabas por los aires. Por cortesía, pero por desgracia, no te extendiste en aquella tarde tórrida.

Hoy déjame decirte: Gracias, Poeta. Y déjame añadir, querido Eusebio, y déjame pedirte, Maestro y Poeta, que tus luces nos deslumbren aún por muchos años.

PAUL ESTRADÉ  
Escritor, investigador y Profesor Emérito  
(Francia, 1935)

## ALMA CUBANA Y UNIVERSAL



**E**n los años setenta, desde el Taller Experimental de la Gráfica, en la Plaza de la Catedral, La Habana Vieja, veía yo pasar a Eusebio Leal con paso apresurado y observando cada columna y cada detalle de aquel lugar, y atendiendo solícito las personas que le requerían.

No lo conocía personalmente y no tenía idea de su sueño; ahora sé que era un gran sueño, pero entonces solo veía a un hombre apresurado, otro más. ¡Cuánto perdí al no acudir a conocerle a él y a su obra más prontamente!

Desde aquellos años hasta hoy Eusebio hizo realidad aquel sueño con su esfuerzo sin fin, su capacidad de convocatoria, su voluntad y su gran fe.

El otrora agonizante casco histórico ha revivido y hoy día es un modelo que bien podría seguirse como ejemplo de renacimiento y de supervivencia no solo de las piedras, sino también de los seres que allí habitan, todos convocados por él, que interpretó creativamente la voluntad del país de rescatar el hermoso patrimonio.

Qué proceso tan complejo, cuánto todavía falta por hacer... pero Eusebio ha mostrado el camino y algo más importante: cómo andarlo.

Tengo el privilegio de haber sido llevado de su mano y andado por rincones insospechados de esa Habana que amamos. Allí ha desgranado y revelado historias, visiones e imágenes para mí hasta entonces invisibles...; y lo ha hecho para todos.

Me ha acompañado en decisivos momentos de mi trabajo creativo con poéticas reflexiones, análisis reveladores y solidaria asistencia.

Siento que es un privilegio vivir el mismo tiempo que Eusebio, un hombre de alma cubana y universal, de una estirpe cada vez más rara, y que me una a él la causa común por la belleza.

Vivo agradecido de su amistad.

ROBERTO FABELLO  
Artista de la plástica (Cuba, 1951)



## EL HOMBRE DEL TIEMPO QUE NECESITABA CUBA



**E**stas fechas tan conmemorativas para la vida del Doctor Leal, nuestro queridísimo amigo y hermano, nos empeñan en la oración y el constante recuerdo que tenemos de su grande personalidad, para que el Señor lo sostenga y lo conforte con toda clase de bendiciones y lo recompense por cuánto bien ha hecho en su vida por el bienestar del pueblo, al servicio de la noble nación cubana.

Con sinceridad puedo afirmar que mis experiencias con él han sido y son siempre impregnadas de cordialidad, de respeto a su grande personalidad y de acogida fraterna hacia mi persona y mis Hermanas en Cuba. A él va toda mi gratitud, mi reconocimiento por su gran disponibilidad hacia nuestra Orden y su ayuda tan valiosa para la construcción y renovación de la casa en el corazón de La Habana. Esa voluntad nos la ha ofrecido en toda ocasión; sin él, nuestra presencia en La Habana hubiera sido muy difícil. Además, fue él quien nos facilitó contactar al Comandante Fidel Castro, que nos acogió y nos favoreció con trato preferente de manera que nuestra presencia ha sido muy fructífera y apreciada en su noble país. A Él, el grato recuerdo, y que el Señor lo tenga gozando de su paz.

Con Leal desde el primer momento en que nos hemos encontrado en Cuba, se ha creado un clima de fraternidad y de apoyo moral, cultural y de gran familiaridad, ¡tanto!, de sentirlo tan cercano a nosotros como un hermano. Lo hemos sentido como un protector que el Señor nos ha enviado para cooperar con el fin de que nuestra presencia se llevara a cabo en tierra cubana, tan deseada por el Santo Padre Juan Pablo II, y hoy pueden verse los frutos de esta presencia.

Leal ha sido como un Padre para las Hermanas y como tal lo sentimos todavía, haciendo de puente entre nosotros y las autoridades competentes del país y la Iglesia. Nos ha hecho conocer y amar a la querida nación cubana que está en el corazón de todas nosotras.

Oramos para que el Señor le dé la paz y el bienestar que merece. Como decía, desde el primer momento que lo he encontrado en la bellísima isla de Cuba, tuvimos de inmediato un contacto lleno de fraternidad y de acogida respetuosa y recíproca.

No es fácil decir en pocas palabras mi experiencia con él, sobre todo su grandeza cultural, su grande humanidad, y el amor por el arte y la cultura no solo de su país sino del mundo entero. Efectivamente, su vasta experiencia e inteligencia lo hacen un hombre de una altura humana y cultural única e incomparable. Ha sido y es el hombre del tiempo que necesitaba Cuba; grandes son las obras que él ha cumplido con elevados sacrificios, con esfuerzo, que le han llevado a consumir

sus fuerzas físicas y hacerlo un héroe de la Patria, que tanto ha amado y ama.

Rezamos para que el Señor le dé la fuerza y una larga vida que le permitan continuar siendo un gran hombre para la nación y el pueblo cubano. Este es mi deseo y el augurio de toda la Orden Brigidina distribuida en el mundo, y en particular para nosotras, que hemos conocido y apreciado sus grandes dotes intelectuales, morales y espirituales.

¡Felicidades, queridísimo señor Leal! ¡Larga vida con la recompensa y el reconocimiento de cuantos lo han conocido, amado y estimado en estos tantos años de servicio a vuestro país!

¡Viva Cuba y sus grandes hombres de ayer y de hoy!

MADRE M. TEKLA FAMIGLIETTI  
Religiosa, Abadesa General  
de la Orden de Santa Brígida  
(Italia, 1938)

## IMPRONTA DE RIGOR Y BELLEZA



**H**ombre brillante, su palabra conmueve y refuerza el espíritu. Sus discursos son frecuentemente sobre la historia. Lo ameno en la exposición caracteriza su verbo. Las ideas de Martí, Fidel, Raúl y de toda una época forman parte del acervo cultural que interpreta y expone.

En ese andar de labor y trabajo ha dejado su impronta de rigor histórico y belleza en todo en lo que interviene.

Quizás lo más importante de su obra es haber logrado salvar el valor patrimonial de los inmuebles de La Habana colonial y unirlo en línea de continuidad con el presente y el futuro.

En toda su obra se aprecia un fuerte componente educativo. Su ejemplo ha servido para que en el resto de las provincias y municipios importantes se realice una obra de rescate histórico y cultural como lo logrado por Eusebio, lo cual añade un valor excepcional a su trabajo.

Setentaicinco años parecen muchos; sin embargo, todavía le quedan incontables años para continuar al querido Eusebio.

JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ  
Político y militar (Cuba, 1923)

y ASELA DE LOS SANTOS  
Educatora y revolucionaria (Cuba, 1929)

## VALIOSO Y ESTUPENDO



**M**i querido amigo Eusebio:  
Te escribo estas líneas para desearte un feliz cumpleaños rodeado de tu familia y amigos. Eres una persona muy valiosa y estupenda.

También quiero agradecerte todo lo que has hecho por preservar los bellos recuerdos de esa hermosa isla del ardiente sol.

Te deseo lo mejor y que continúes con esa magnífica obra. ¡Que viva Cuba!, como dijo mi tío Federico momentos antes de ser fusilado.

Muy atentamente,

FERNANDO FERNÁNDEZ-CAVADA Y PARÍS  
Intelectual, Conde de la Vega del Pozo  
(República Dominicana, 1929)

## CÁLIDO, AFABLE Y DIVERTIDO

**Q**uierido Eusebio:  
Un año más llega el 11 de septiembre y un año más me dispongo a felicitarte, esta vez doblemente: una por los 25x3 años que cumples y otra por los 25x2 que cumplirás en diciembre como Historiador de la Ciudad (escritas así las cifras resultan menos contundentes).

Te conocí a finales de los ochenta; un amigo común me pidió que fuera a saludarte, cuando por motivos profesionales realicé mi primer viaje a La Habana. No sabía quién eras y solo tenía una ligera noción de a lo que te dedicabas. Cumplí con el encargo y gracias a ello, de esa forma tan casual se inició nuestra amistad.

Pasado el tiempo volvimos a encontrarnos en España con motivo de la Expo'92, y fue a partir de entonces que comenzó una larga época de trabajo y colaboración en muchos de los proyectos de restauración y equipamiento que estabas llevando a cabo en La Habana Vieja.

Pequeños y mayores empeños que tenían como último fin, rescatar y poner en el lugar que merecían los edificios y las calles de La Habana, ¡tan destruida y tan bella! Toda esa magnífica obra puede seguirse a través de libros, audiovisuales y múltiples publicaciones,

pero hay que haberlo visto en vivo y en directo, para valorar su alcance y crearlo.

Pero aún siendo lo anterior muy, muy importante para mí, nada lo fue tanto como la amistad y confianza que desde el principio me brindaste, así como conocer al ser humano que habita dentro del personaje, del intelectual y del creador de la nueva Habana Vieja, que todo el mundo conoce.

Detrás de ello se encuentra una persona cálida, afable y divertida, a pesar de la imagen de gravedad que ciertamente cultivas. Contar chascarrillos y hacer pequeños cuentos se te da muy bien, y también disfrutas escuchándolos (recuerda el de la mujer emparedada y tantos otros, con los que nos divertíamos). En eso andábamos muchas veces en nuestros paseos por La Habana, y en Madrid, cuando nuestras correrías nos llevaban a la zona de los Austrias, para la obligada visita a la plaza de la Villa, donde rendías homenaje al monumento de D. Álvaro de Bazán y recitabas los versos que Lope de Vega dedicó a su gesta:

*El fiero turco en Lepanto  
En la tercera el francés  
Y en todo el mar el inglés...  
(... y ya no me sé más)*

Tú, además de recitarlo entero y de memoria, te dedicabas a ser el mejor guía para los despistados transeúntes que a veces se nos acercaban para preguntar por alguna

calle o dirección. A mí no me daba tiempo a responder, cuando tú ya les habías dado todo tipo de indicaciones... ¡Tan bien conoces la ciudad que, además del programa «Andar La Habana», deberías tener uno que se llamara «Andar Madrid»!

De tu parte divertida, voy a recordar una pequeña broma, más bien maldad, que posiblemente hayas olvidado y que jamás se borrará de mi memoria, por ser su destinataria. Aunque con el tiempo y por obra y gracia de Silvia, tu madre, ¡tan querida y recordada Silvia!, la broma se volvió contra ti.

Una tarde estábamos las dos conversando en vuestra casa, cuando entraste en tromba en la sala; llevabas un extraño bulto en los brazos que depositaste de golpe en mi regazo, al tiempo que exclamabas: ¡Mira Ketí, que guineo tan lindo! Creí morir, o por lo menos desmayarme, pues conoces bien el terror que me produce cualquier tipo de animal. Me quedé paralizada y tú te fuiste pitando, riendo por lo bajo, más que encantado de tu fechoría. Silvia se dio cuenta de mi apuro, no dijo nada, cogió al bicho, lo sacó a la terraza y continuó con su relato. Estaba hablándome de las hermanas Loynaz. ¡Qué persona increíble, Silvia, y qué buena narradora!; de ella seguro heredaste ese talento. La tarde transcurrió sin más contratiempos, me despedí y durante varias noches el protagonista de mis sueños –mejor dicho, pesadillas– fue el guineo.

En mi siguiente viaje fui a tu casa con la alegría de ver a Silvia y con el temor de reencontrarme con «la fiera».



Y efectivamente allí estaba, ¡presente!, pero en la cazuela: Silvia lo había cocinado para mí, ¡qué sutileza la suya! Fíjate que un poco lo sentí por ti, que te habías quedado sin «juguete» con el cual asustar a las visitas. Por cierto, estaba riquísimo, y no volví a soñar con ello. Muchas anécdotas como esta y muchos recuerdos, buenos y alguno malo, conforman nuestra amistad de tantos años. Tengo la esperanza de que a esos se sumen muchos más. Mientras transcurren, recibe como siempre por estas fechas el cálido y gran abrazo de «tu hermana del otro lado del mar».

KETI FERNÁNDEZ ORTIZ  
Promotora cultural y empresaria  
(España, 1950)

## VIVIFICADOR

---

**A**unque para la fecha ya sabía yo que él era una criatura legendaria, no vine a tener contacto con Eusebio Leal hasta 1977. Ese año se creó el Centro de Estudios Martianos y fui nombrado su director. En calidad de tal le escribí a Eusebio, y él me respondió. Aunque no recuerdo con exactitud nuestra correspondencia de entonces, de seguro tenía que ver con algo relativo a Martí que le pedí y Eusebio guardaba celosamente, como guarda los casi infinitos objetos que ha ido recolectando y salvando para la posteridad. Desde luego, Eusebio no accedió a mi petición. Averigüé así que sería más fácil arrancarle un diente que hacerle soltar algo que custodia. Después de aquellos primeros intercambios, son cuantiosísimas las veces en que Eusebio y yo nos hemos encontrado en los lugares más variados, y mencionaré solo algunas.

Además de visitarnos en nuestra casa a Adelaida y a mí, lo invité a ofrecer conferencias en el Centro de Estudios Martianos y en la Casa de las Américas, lo oí hablar en su Museo, en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en la Asamblea Nacional del Poder Popular, en la Academia Cubana de la Lengua... Y también he tenido la suerte de estar con él cuando ha recibido

varias de las incontables distinciones que a lo largo del planeta se le han otorgado en reconocimiento a sus extraordinarias labores.

Debo añadir que gracias a Eusebio ha sido posible remozar más de una vez el edificio central de la Casa de las Américas, tan lastimado por la cercanía del mar; y gracias a Eusebio la Academia Cubana de la Lengua, a la que pertenece honrándola, tiene su local en el edificio del Colegio Universitario San Gerónimo y puede publicar su *Boletín*. Son solo algunos de los muchos favores, por lo general silenciosos, que suele dispensar Eusebio, quien, como se sabe de sobra, ha realizado una impresionante faena de salvamento y actualización de parte esencial de la ciudad donde vivimos.

Hace años, en una carta, le apliqué el término, procedente de un poeta italiano, con que Enrique José Varona caracterizó a José Martí: «vivificador».

No puedo dejar de aludir a un viaje que un grupo grande de compatriotas, entre los cuales estábamos Eusebio y yo, hicimos para participar en unas jornadas culturales cubanas que en Venecia había organizado Alfredo Guevara cuando era embajador de Cuba en la UNESCO. Antes de iniciarse las jornadas, las autoridades de la feérica ciudad nos reunieron para explicarnos que un destacamento de la OTAN había fondeado en el puerto, y querían evitar posibles fricciones entre la marinería y nosotros. Algunos cubanos no habían llegado todavía, y Eusebio, que no sé por qué tenía un paraguas, se ofreció para comunicarles a ellos la advertencia.

En efecto, cuando aquellos se nos unieron, Eusebio les transmitió lo que las autoridades nos habían dicho, y añadió, blandiendo el paraguas como una espada, que si los marineros en cuestión osaran mancillar el nombre de la patria sagrada, les responderíamos con la energía que nos caracteriza.

Naturalmente, incorporé la anécdota a un poema que escribí sobre ese viaje, y se llama «Venecia: qué en ti busca».

Poco después Alfredo tuvo que regresar a París, y me dejó a cargo del grupo. Esa noche, después de una conspiración urdida por Eusebio, este vino a la mesa del restorán donde yo estaba, se arrodilló ante mí, me besó la mano y me llamó «Don». Detrás de él vinieron otros de los cubanos del grupo e hicieron lo mismo, para pasmo y sospecha de los camareros italianos, a quienes no podían serles desconocidas las costumbres de la mafia.

Y ya que mencioné cómo Eusebio vino a ser uno de los protagonistas de aquel poema veneciano, añadiré que en otra ocasión, estando ambos en una embajada, él me solicitó un poema de Rilke sobre el tema de la rosa, y esa noche escribí mi poema «Alguien me pidió una rosa de Rilke», que procedí a mandarle la mañana siguiente. Eusebio le envió entonces a Adelaida un precioso ramo de rosas blancas.

Me doy cuenta de que debo concluir. Voy a hacerlo diciendo dos cosas. Una es que oyendo hablar en público a Eusebio, muchísimas personas hemos comprendido

por qué la oratoria era tan admirada por José Martí, gran orador él mismo. Se trata de un arte casi perdido, que Eusebio ha reconquistado para admiración y orgullo de quienes lo escuchamos. La otra cosa que voy a decir es que gracias a Eusebio lo más nuevo de La Habana es La Habana Vieja.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR  
Poeta, ensayista y profesor  
(Cuba, 1930)

# LA FUERZA DE LA CONVICCIÓN



*Hay hombres de luchan un día  
y son buenos. Hay otros que luchan un año  
y son mejores. Hay quienes luchan muchos  
años, y son muy buenos. Pero los hay  
que luchan toda la vida,  
esos son los imprescindibles.*

Bertolt Brecht

**H**ablar sobre Eusebio es tarea fácil y sumamente compleja porque hay tantas cosas que halagar, hay tanto que agradecer, hay tanto ejemplo que seguir, que es por eso que acudí a una inteligencia superior como la de Bertolt Brecht para resumir mi pensamiento, mis sentimientos y mi valoración de ese hombre que para dicha de la Patria es cubano.

Es un extraordinario patriota, es el hombre que donde los demás vemos piedra y polvo, ve un edificio restaurado y recuperado de la destrucción, de la desidia y del olvido. Pero no solo tiene la capacidad de imaginarlo con su infinita fantasía creadora, sino que se convierte inmediatamente en constructor, aglutinador y lleva a vías de hecho lo que otros solamente sentimos el deseo de ver realizado.

Quizás lo más comentado de su enorme talento es su verbo elocuente, que al narrar cualquier evento nos hace pensar que estamos viviendo el hecho narrado, pero en mi opinión, esas prosas poéticas con que expresa sus ideas no surgen de su erudición y su cultura, que son muy vastas; en mi opinión, ese encantamiento que produce su palabra, surge con la fuerza de la convicción, la fuerza de su espíritu martiano que lo impulsa constantemente a ser útil a su país, a sus congéneres y a toda la humanidad. Es un verbo que tiene la ternura del agua cristalina y refrescante de un arroyo de la Sierra pero que tiene también, como el agua, la fuerza devastadora y el poder de convencimiento de los hombres excepcionales que han nacido para dedicar su vida y su esfuerzo a construir, a prodigar.

Si grande es su obra de constructor, restaurador e historiador, gigantesca es también su fe en la importancia política de la cultura. No tengo la menor idea de cómo se las arregla para abarcar tanta cantidad de trabajos que aparentemente podrían parecer de lejanos contactos. Pero si nos detenemos un poco a analizar cómo une la creación de una Escuela, de un Museo, de una Sala de Conciertos o la conservación de cualquier hecho patrimonial, con los habitantes de su entorno, nos daremos cuenta que al final el denominador común de todos los aparentemente distantes proyectos que abarca, el verdadero centro de ese esfuerzo, es la identidad cultural de la Patria.

Tengo el privilegio de ser su amigo y mayor aún el haber sido llamado en algunas importantes ocasiones para

participar en los conciertos inaugurales de sus proyectos y, por si fuera poco, conservo como un tesoro sus extraordinarias palabras de elogio en la ceremonia de otorgamiento a mi persona de la categoría de Doctor Honoris Causa en Arte, en septiembre de 1999.

Quisiera poseer el don de la palabra que no poseo y todos o casi todos sabrán que mi lenguaje de comunicación es el de los sonidos y los silencios; por eso, para terminar, quiero decirle desde el fondo de mi corazón a Eusebio, que en todas las músicas que surgen de mis manos, siempre ha habido y habrá un lugar de los más hermosos, dedicado a rendir tributo a la enorme obra de su vida, la que fue, la que está haciendo y la que todavía seguirá.

Si es cierto que la música tiene el poder sanador que todos dicen que tiene, tocaré con profundo fervor y respeto las notas más vibrantes para desearle salud, bienestar y amor para su vida.

Gracias, hermano, por existir. Te quiere siempre y te abraza,

FRANK FERNÁNDEZ  
Músico y compositor (Cuba, 1944)



## SU NOTABLE MODESTIA



**E**stimado y querido Eusebio:  
Te envió un fuerte abrazo y, con este, mis felicitaciones por tus 75 cumpleaños y los 50 —es decir, ¡medio siglo!— como Historiador de la Ciudad de La Habana. Dios quiera que tengas mucha salud para seguir con tu impresionante obra cultural.

Siempre he admirado tu nivel profesional, pero más aún cómo has ayudado y apoyado a los artistas que trabajamos en el sector de la cultura. También valoro altamente el hecho de considerarme una amiga personal y recibir periódicamente tu atenta preocupación por mi salud y la de mis familiares más allegados.

Sin embargo, hay algunos hechos que nunca he olvidado y que te agradeceré eternamente. Uno de ellos fue en ocasión del estreno en 1995 de mi documental biográfico «Rosita Fornés, mis tres vidas», cuya *premier* se efectuó en la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano. En tus palabras de elogio, referidas a mi trayectoria artística, dijiste con meridiana claridad que este material debía exhibirse en todas las salas de cine del país. Para mí fue algo muy apreciado, pues denotaba la opinión que tenías sobre mi persona y sobre mi carrera profesional.

Lamentablemente, aunque esto nunca se exhibió ni en el cine ni en la televisión, tu criterio bastó para sentirme satisfecha, al igual que el equipo de realización.

Otro gesto que recuerdo con mucha emoción fue cuando escribiste unas notas para la CD *Rosa del Tiempo*, grabado en los Estudios Abdala, donde expresaste: «Rosita no sólo cautiva el interés, sino también el corazón de los espectadores». Esas palabras también llegaron a mi corazón, pues no deja de ser así de cierto cuando me presento ante mi público.

Por último, quiero agradecer una vez más la invitación que me hicieras para homenajearme en el legendario Teatro Martí, que tanta emoción me hizo sentir y que ha sido una más, de las tantas admirables obras que has respaldado en nuestra querida Habana.

Solo me resta desearte, desde mi ya larga vida, que sigas cumpliendo muchos años más y ojalá nazcan hombres como tú, que han sabido con su notable modestia dedicar su inteligencia y su pasión para mantener viva la extensa y rica historia de nuestra Cuba.

ROSITA FORNÉS  
La *vedette* de Cuba (EE.UU., 1923)

## UN CUBANO INFATIGABLE



**C**uando me pregunto quién es realmente Eusebio Leal, no logro darme una respuesta categórica. Reincorporar a la memoria de la ciudad uno de sus espacios emblemáticos –emblemático, pero que ya solo existe como ruina, como espacio vacío–, y después levantarlo a la vista de todos, piedra por piedra, ¿es un acto de voluntad o un acto de magia? La persona capaz de llevar a cabo una hazaña semejante, ¿es un intelectual o un hombre de acción?

Quien un día se atreve a emprender el proyecto de restauración del Palacio de los Capitanes Generales, y quien un día logra, como historiador, rescatar para la memoria de la nación *El Diario Perdido* de Céspedes, ¿puede ser la *misma* persona? El Doctor en Ciencias Históricas y el autor de obras como *Regresar en el tiempo* y *La Habana, ciudad antigua*, ¿es también ese infatigable caminante que tantos vecinos de la vieja ciudad y tantos ávidos forasteros siguen, año tras año, en los memorables ciclos callejeros de «Rutas y andares», o en los programas de radio y televisión que tienen el acierto de difundirlos intramuros?

Así que, si tuviera que dar una respuesta categórica, me limitaría a decir: Eusebio Leal es un cubano infatigable.

No se ha cansado de *hacer*, no se ha cansado de *decir*. Tal vez eso se explique porque es obvio que, para él, ambas cosas se proyectan en la misma dirección como acciones cívicas, como actos de servicio público.

AMBROSIO FORNET  
Ensayista, editor e investigador (Cuba, 1932)

# CORAJE, PAJIÓN Y SENTIDO PRÁCTICO



**C**omo arquitecto con intereses profundamente personales en la historia y los asuntos urbanos, puedo identificar dos tipos de personas.

Los primeros son los eruditos y académicos que comparten su conocimiento y sus investigaciones a través de sus escritos y sus enseñanzas. Ellos revelan la importancia de los edificios y los espacios cívicos, por cerciorarse a descubrir sus historias y por cultivar nuestro conocimiento de sus significancias culturales.

También hay otro tipo de individuos —o quizás debo decir grupos de personas—, quienes están interesados en salvaguardar y restaurar nuestro patrimonio edificado. Estos frecuentemente son nombrados políticos, y están muy distantes de las torres de marfil de la academia o del empuje de los medios de comunicación.

En mi experiencia, estos dos tipos de personas están destinados a permanecer distanciados uno del otro. Como apunta el dicho, «los dos nunca se encontrarán».

Apenas puedo pensar en una excepción, y se trata de Eusebio Leal, quien no solamente es el Historiador de la Ciudad de La Habana, sino también el hombre de acción de esa ciudad y, en particular, del centro colonial de la capital cubana, fundada en 1519.

Recuerdo caminar las calles de otros lugares con alcaldes y con líderes cívicos, cuyas presencias mueven a los ciudadanos a expresar su apoyo con apretones de manos por la vía. Pero caminar las calles de La Habana Vieja con Eusebio es otro asunto: hay un amor y calor en los que nos detienen en el recorrido, con el agradecimiento, desde el corazón, por salvar –literalmente– a su ciudad.

Existen disímiles anécdotas sobre el trabajo de Leal, pero la que disfruto mejor es cómo en 1967, con la edad de 25 años, paró el proceso de asfaltar una calle histórica, al acostarse frente de los camiones que estuvieron a punto de obliterar al pavimento de madera.

Esto resume la combinación de la pasión, el sentido práctico y el coraje que han marcado su carrera y, cincuenta años después, la celebración de su aniversario.

Eusebio, ¡muchas felicidades este 11 de septiembre!  
Recibe mis congratulaciones.

LORD NORMAN FOSTER  
Arquitecto (Reino Unido, 1935)

## PERPETUAR SU LEGADO



**F**ue a propósito de la creación del Encuentro de Jóvenes Pianistas en 2013, que estreché lazos de amistad con Leal. No puso obstáculos. Buscó soluciones, siempre con un espíritu positivo que hizo posible su realización. Mis buenos amigos Raulito Roa y Germán Amado Blanco, insistieron mucho en que me acercara a él para que se entusiasmara en la idea de crear una pequeña sala idónea para recitales y música de cámara —la cual honra hoy la memoria de nuestro insigne compositor, Ignacio Cervantes—, y que compartiera con los jóvenes talentos cubanos, los mejores referentes del que ha sido mi alumnado en Manhattan School of Music.

Así por cuatro años, el Encuentro de Jóvenes Pianistas ha tenido su sede en tres de las salas de concierto más prestigiosas del Centro Histórico, en La Habana Vieja. Un promedio de 15 pianistas foráneos ha participado en cada edición. Dos instrumentos Steinway fueron donados, para hacer posible lo que el propio Leal califica como una «fiesta del piano».

He disfrutado mucho los momentos en que he podido charlar en privado con él. Siempre se aprende. Me recuerda a los sabios que conocí en La Habana de mi in-

fancia y adolescencia. A Sentenat, Urfé, Amado Blanco, Nin, Argeliers León, Harold Gramatges... Leal sabe de todo, y siempre tiene una respuesta coherente, llena de alegorías poéticas.

Para Eusebio Leal Spengler, la palabra dada, la amistad incondicional, la defensa de todo lo bello, el honor, la justicia y la sabiduría constituyen reglas que rigen su vida y su relación con el mundo que lo rodea.

La urgencia de hacer más de lo que el tiempo —implacable enemigo de los humanos— nos permite, es el reto de la vida. Siento como él, que todavía falta mucho por hacer y sobre todo, siento que la angustia suprema radica en lograr los herederos de ideas, aquellos que perseveren en la obra magnífica y noble de rescatar para la posteridad la memoria de la cultura cubana.

Todos los méritos asisten a este hombre grande, pero ningún elogio será suficiente para homenajearlo. La mejor manera de honrarle, es perpetuar su legado.

SALOMÓN GADLES MIKOWSKY  
Músico y pedagogo (Cuba, 1936)



## EL ARTISTA SENSIBLE



**E**usebio:  
He tenido la suerte de conocerte y apreciar tu gran humanidad. Tú eres ejemplo y estímulo al desarrollo del pensamiento creativo y las artes en Cuba, el garante de la afirmación pronunciada por el Che: «En Cuba nunca habrá realismo socialista». Como eres también el garante de la sentencia de José Martí: «Ser culto para ser libre».

Siempre he pensado que eres un hombre de los que nacen milagrosamente solo de vez en cuando. Tu acertado verbo y acción comunicativa han hecho tangible lo que parecía intangible: el valor de la memoria y del patrimonio en La Habana Vieja, contigo se tornó amado y comprensible a todos.

Gracias a tu trabajo de artista sensible has logrado dar valor a tanta belleza de nuestra amada isla. En mi corazón espero que este trabajo no se frene y comprenda incluso una atención para las Escuelas de Arte de La Habana, que tú bien conoces.

Cuando nos encontramos en el último viaje nos preguntaste si vimos la «Fábrica de Arte» y cómo este lugar ha producido una gran libertad creativa. Entonces nos anunciaste que en todas las ciudades de la Isla habrá una

«Fábrica de Arte». Pienso que, de alguna manera, Porro, Gottardi y yo, junto a todos los artistas de Cuba, somos el ejemplo de esta libertad creativa.

Gracias, Eusebio, por lo que has hecho y sigues haciendo a favor de tu gente de La Habana Vieja, y por el arte como conocimiento de la realidad verdadera. Te necesitamos mucho tiempo con nosotros, por tu sabiduría e imprescindible aporte a la cultura.

Gracias Eusebio, contigo y con la Revolución, hasta la victoria siempre.

VITTORIO GARATTI  
Arquitecto (Italia, 1927)

# ESTRATEGIA Y SÍMBOLO



*A mi amigo Eusebio Leal:  
estratega y símbolo  
de la preservación  
patrimonial antillana.*

**E**scribir sobre Eusebio Leal Spengler no es tarea fácil. Lo reconozco como una persona que tiene un marco de actuación muy amplio. Es un intelectual que investiga en múltiples ramas del saber, escribe y dicta conferencias sobre temas diversos, mantiene habitual presencia en los medios y, por sobre todas las cosas, ostenta la condición de Historiador de La Habana, lo que implica un conjunto de funciones complejas, prácticas y estratégicas, que demandan constantemente su atención, y ponen a prueba su versatilidad y su extraordinario dinamismo y capacidad de acción.

A ello se suma su quehacer político como miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular, tareas que requieren una gran entrega y compromiso con el proceso revolucionario acontecido en su país. Por si fuera poco, es Embajador de Buena Voluntad del sistema de las Naciones Unidas y asesor de otros programas

de ese órgano internacional. Es Doctor *Honoris Causa* por varias universidades de diversos países, entre ellas la Universidad Autónoma de Santo Domingo, primada de América. A su vez, es miembro correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia, reconocimientos con los cuales la patria de Duarte lo ha querido distinguir como un defensor de la unidad antillana y de nuestro acervo cultural insular. Pero ninguno de esos cargos, funciones y distinciones han transformado al ser humano afable y fraternal que conocí en su primera visita a Santo Domingo hace unos 40 años atrás, cuando Eusebio Leal, en una audiencia que le concediera el presidente Joaquín Balaguer, se convirtió en un abanderado de buena voluntad para propugnar por la apertura de las relaciones diplomáticas y culturales entre Cuba y la República Dominicana, que se encontraban distanciadas por las barreras geopolíticas derivadas de las tensiones de la Guerra Fría.

En aquella ocasión, Leal agotó una intensa jornada. Además de pronunciar una serie de memorables conferencias en varias instituciones nacionales sobre diversos episodios de la historia y del patrimonio monumental cubano, sostuvo encuentros donde intercambió experiencias con los arquitectos restauradores de la ciudad colonial de Santo Domingo.

Recuerdo que juntos recorrimos el interior de la Isla, con el propósito de hacer una prospección por los primeros asentamientos hispánicos establecidos en La Española, como La Isabela, Jacagua en Santiago

y La Vega Vieja. Además nos trasladamos hasta Montecristi, donde se conserva la vivienda que fue escenario del pacto entre José Martí y Máximo Gómez, en ocasión de concertarse el Manifiesto que marcó el reinicio de la guerra de independencia de Cuba.

Leal, más allá de conocer lugares históricos y dictar conferencias magistrales, también ha sabido aprovechar sus viajes a Santo Domingo para sostener entrevistas y hacer amistad con relevantes personalidades de nuestro mundo político e intelectual con miras a estrechar los tradicionales lazos de unión y colaboración institucionales entre cubanos y dominicanos. Evoco con agrado nuestros encuentros en la casa del profesor Juan Bosch, reconocido escritor y político dominicano con quien celebramos amenas tertulias de charla fluida y enriquecedora. Y no podía ser de otra manera, dada la erudición y el buen decir que caracteriza a Eusebio Leal y el entrañable amor que Juan Bosch siempre profesó por este hermano pueblo, como lo evidencia su obra *Cuba, la isla fascinante* (1955).

Con el paso de los años mis vínculos de amistad y colaboración con Eusebio Leal se han ido acrecentando. De él admiro sus dotes enciclopédicas, su faceta de humanista y su pasión por la historia y la arqueología (que también es la mía). A lo que se suma su defensa a ultranza de un modelo de conservación y desarrollo urbanístico sostenible, y la forma en la que ha podido integrar a toda una comunidad para la salvaguarda, educación y sostenimiento de un espacio físico único,

habilitado por gente entusiasta, alegre y creativa, como es el Centro Histórico de La Habana, que constituye sin lugar a dudas el palpitante corazón de Cuba.

Eusebio es un hombre con un talento extraordinario puesto en función de su pueblo, de su nación y de su cultura. He seguido entrevistas que ha dado a los medios de comunicación, conferencias en ambientes académicos y espacios públicos, discursos en entregas de premios, y siempre me atrae su elocuencia y la forma en la que puede sintetizar toda la historia de su país con una coherencia, un orgullo y una fuerza que nos deja a todos sin aliento. Sus logros en la restauración y puesta en valor de La Habana Vieja le han conferido una merecida aureola –casi mística– que siempre ha asumido con un desconcertante sentido de humildad, desprendimiento y acrisolado patriotismo.

De Eusebio Leal Spengler se puede escribir un libro, voluminoso, por cierto, solo para enumerar el conjunto de empresas exitosas que ha realizado en su fructífera vida, todas ellas logradas a través de un esfuerzo institucional coherente que ha conducido a una toma de conciencia sobre la debida preservación del legado histórico, arquitectónico y cultural cubano. Y digo esto, porque su peregrinaje en pos de la rehabilitación integral del Centro Histórico de La Habana para dotarlo de adecuados espacios museográficos, habitacionales, comerciales y turísticos, es un acto de fe de alguien provisto de gran visión y sensibilidad, pues Leal ha estado dispuesto a defender y preservar, con

vitalidad y arrojo, cada pedazo de piedra que sustenta la reafirmación de los valores patrimoniales de la identidad cubana y del lugar que esta ocupa en el ámbito caribeño y universal.

Celebro la decisión de dedicarle la Feria Internacional del Libro de Cuba en 2018, y la idea de recoger palabras de homenaje de la gente que lo admira y lo respeta, tanto en su propia tierra como en muchas partes del mundo. Es un merecido reconocimiento.

MANUEL GARCÍA ARÉVALO  
Historiador y político  
(República Dominicana, 1948)

## SIEMPRE MEMORIA VIVA



**E**usebio Leal es una de las grandes figuras del siglo xx cubano; es el descubridor y redescubridor, cada día y durante años, de su Habana, nuestra Habana. Merece por siempre el reconocimiento de su pueblo como hombre consagrado a la defensa de los valores que identifican a la nación cubana.

Leal ha sabido impulsar y desarrollar el sentido social de la cultura, la historia y la restauración, sin olvidar el concepto de la belleza. Ha restaurado para que su pueblo disfrute de una ciudad espléndida donde todos sus vecinos formen parte de su reconstrucción y rehabilitación. Ha creado fuentes de empleo, ha logrado que decenas de inversiones se reviertan en La Habana Vieja, y que a su vez beneficien al Estado cubano.

Y como si esto fuera poco, sin lugar a dudas Leal integra la pequeña fila de oradores cubanos que tienen su mejor expresión en la palabra de José Martí.

El Historiador de la Ciudad ha expresado necesitar otras vidas para la continuación y culminación de su obra; sin embargo, su trabajo múltiple parece haber sido realizado por varios hombres abrazados a su patria. Su sencillez, generosidad y entrega total de su talento a la tierra que lo vio nacer, ratifican su grandeza.



Inspirándome en palabras de la eminente poetisa Fina García Marruz, Leal no será olvidado ni por las piedras de La Habana Vieja.

En el futuro, su gente y las piedras habaneras reclamarán su presencia, porque su obra es y será siempre memoria viva.

ARACELI GARCÍA-CARRANZA  
Bibliógrafa e investigadora (Cuba, 1937)

## EL AMIGO SINCERO



**T**anto Cintio como yo aprendimos temprano a admirarlo, a entenderlo, a valorarlo como el profeta que es.

Una vez le escribí diciéndole que su legado sería inmortal, como las piedras de La Habana que con tan delicada constancia rescató de la desidia y el olvido. Usted, con mano de artista ha delineado el perfil de la ciudad, engrandeciéndolo con su probada ejecutoria, su ejemplar defensa de la memoria.

Hoy que cumple setentaicinco años, más que al Historiador de la Ciudad prefiero evocar al amigo sincero.

Le abraza, su muy agradecida y vieja amiga,

FINA GARCÍA MARRUZ  
Poeta, investigadora y ensayista  
(Cuba, 1923)

## HACIENDO BIEN



**A** mi buen amigo Eusebio Leal, en sus natales:

*A mí no me da la cuenta,  
y temo meter la pata,  
pero asegura Cremata,  
que pasas de los setenta.*

*Por lo que he de desearte  
que llegues hasta los cien  
sin que la salud te falte,  
y sigas haciendo bien.*

Tu viejo amigo

LUIS GARCÍA PASCUAL  
Investigador y martiano esencial  
(Cuba, 1922)

## EL AMIGO VISIONARIO



*No se tenga miedo de  
honrar a quien lo merece.  
José Martí*

**A** finales de la década de los años sesenta conocí a Eusebio, cuando se encontraba enfrascado en los avatares de la creación del Museo de la Ciudad de La Habana; ese día conversamos de muchas cosas y me impresionó su visión de futuro y el trabajo que realizaba. Así comenzó nuestra amistad, la que me enorgullece poder proclamar.

Cuando le fue entregado el Palacio de los Capitanes Generales, donde en su planta baja radicaban las oficinas de la Administración Municipal de La Habana, aquel histórico inmueble se encontraba en malas condiciones. Él transformo la edificación en el Museo de la Ciudad, que tanto admiramos en la actualidad.

Hace treinta y un años, al reseñar su libro *Regresar en el tiempo*, calificué a Leal de casi mágico resucitador de La Habana Vieja. En este momento el «casi» está demás, pues él ha sido quien insufló nuevos aires a nuestra capital mediante una dinámica labor constructiva, a la vez que cultural y social.

Continuador apasionado de la obra de Emilio Roig de Leuchsenring, Leal ha sido y es un divulgador constante de los valores de nuestra nación, enseñando con su vibrante palabra y elegante prosa a conocer y amar a nuestra historia y a nuestra capital. Recuerdo sus artículos «Tras la huella de Martí», que figuran entre los escritos más sentidos sobre el Apóstol.

Gracias a su labor la UNESCO reconoció a La Habana Vieja como Patrimonio de la Humanidad, y también, en fecha reciente, fue seleccionada como «una de las siete ciudades maravillas del mundo».

A Eusebio me une la identidad de principios e ideas. Él ha hecho honor a su apellido –Leal– con su amistad y bondad inquebrantables.

Felicidades Eusebio en tu 75 aniversario, y por el medio siglo de tu vida consagrado a esta hermosa obra. Te agradezco todo lo maravilloso que nos has brindado, y en especial tu inalterable amistad.

¡Gracias!

CÉSAR GARCÍA DEL PINO  
Decano de los historiadores cubanos  
(Cuba, 1921)

## EL TITÁN RENACENTISTA



**E**n 1997 visité por primera vez La Habana. Como Historiadora del Arte mi interés se centraba en el arte latinoamericano y decidí hacer un doctorado en Arte Cubano; así es como la brújula de mi destino me lleva a conocer la Perla de las Antillas...

Días previos al viaje, charlando con mi amigo Guillermo Tovar de Teresa, notable historiador, conocedor y cronista del patrimonio de nuestro casco histórico, quien acababa de regresar de Cuba, me comenta: «ahora que vas a La Habana debes conocer a Eusebio Leal Spengler, personaje clave en el proceso de conservación del Centro Histórico»...

Llego a La Habana al Hotel Nacional y lo primero que hago es dirigirme al casco histórico y preguntar por la Oficina del Historiador, con la finalidad de solicitar una cita y hacerle una entrevista para el periódico *La Jornada*. Para mi sorpresa, Eusebio está en su oficina e inmediatamente me recibe. Me invita a recorrer las plazas, calles, callejones y rincones, relatándome su historia y los procesos de restauración que se venían llevando a cabo.

Quedé maravillada ante el esplendor barroco de los palacios, casas, hostales, iglesias... y extasiada frente a

la pasión desbordada, conocimiento y entrega de este hidalgo por la ciudad y su historia.

A partir de entonces regresé cada año a La Habana, no solo por motivos de mi investigación doctoral, sino también por el amor que, en ese primer afortunado encuentro, la ciudad despertó en mí gracias a Eusebio.

En todos estos «ires y venires» se fue construyendo un fuerte lazo de amistad, cariño, admiración y respeto hacia este hombre que, con profunda raíz martiana, ha sido y será ejemplo a seguir.

Comprendí que solo cuando hay talento, conocimiento, ética, amor y utopía se puede lograr una restauración integral de esa magnitud y belleza y comprendí al historiador cuando dijo: «El sentimiento de amar a nuestra tierra solo florecería mediante el cultivo constante de la memoria, fuente de la verdadera identidad». Por eso afirmo, sin temor a equivocarme, que en este sentido, dentro del contexto internacional del patrimonio histórico y monumental, La Habana Vieja es una joya única y peculiar.

Leal Spengler, como Historiador y conservador de La Habana Vieja, ha trabajado incansablemente, por medio siglo, en su rescate integral. Formado en la escuela de historia, arqueología y antropología, enfocó sus esfuerzos, al inicio, desde la óptica limitada de conservar solo el patrimonio cultural. Sin embargo, hubo un momento en que la situación social y la crisis económica requirió un nuevo enfoque y es ahí precisamente que adquiere su verdadera dimensión: «No puede haber

restauración de patrimonio en nuestras ciudades latinoamericanas si ello no va unido a un enfoque de desarrollo social, de la familia, de las personas que habitan los centros históricos»...

Una postura tan altamente ética debiera ser ejemplo para todas nuestras sociedades, ya que conjuga dos virtudes necesarias y pocas veces compatibles: eficacia y conciencia social. Sabemos que conservar el patrimonio cultural es muy costoso desde el punto de vista económico, a tal extremo que muchos estados lo ven solo como un gasto y no como una inversión. Sin embargo el trabajo de Eusebio Leal ha demostrado que puede realizarse una inversión sin vender, sin privatizar, una inversión de carácter espiritual y moral a largo plazo. De ahí surgieron programas tan ambiciosos como aulas para niños en los museos, casas para los ancianos, búsqueda de la creación de puestos de trabajo, la necesidad de levantar junto al museo la escuela primaria, el hogar de la mujer y del niño... Y esto significa que hoy podemos hablar un lenguaje más amplio, más plural y más humano en cuanto a rescate, restauración y conservación se refiere.

Todos los que hemos conocido a Eusebio Leal quedamos deslumbrados por su capacidad creadora e intelectual. Orgullo y agradecimiento profesan los cubanos por el hombre que durante cincuenta años ha salvaguardado el patrimonio y la memoria histórica y cultural de su capital, Patrimonio de la Humanidad. En su obra como líder de la restauración del Centro Histórico



de La Habana ha demostrado una preocupación constante por el entorno social.

Así es que me uno al empeño personal de la productora del documental *Leal al Tiempo*, la mexicana Alejandra Ochoa, gran admiradora del talento y la obra del historiador.

Este documental no pretendió ser una biografía ni un relato de su impresionante trayectoria académica y profesional, sino un retrato íntimo del Eusebio Leal soñador, sin cuyos sueños nada de lo que hoy forma parte del proyecto de La Habana Vieja se habría hecho realidad. Destaca su lado humano más que el de gran Historiador de la Ciudad de La Habana, mucho más conocido y difundido.

El documental recoge el testimonio de diversas personalidades de la cultura en Cuba: Alicia Alonso, Alfredo Guevara, Roberto Fabelo, Eduardo Roca (Choco), Monseñor Carlos Manuel de Céspedes, Silvio Rodríguez... y el de los habitantes y trabajadores de La Habana antigua, amigos, familiares y admiradores de Eusebio. Junto a la cámara seguimos al hombre que es motor impulsor de una colosal obra para registrar, además, su altruismo, su filosofía de vida, sus pasiones y sufrimientos, sus alegrías y sus luchas, sus esperanzas, para desdibujar la imponente imagen pública de esta figura, admirada por muchos en tantos rincones del planeta, y descubrirlo en su dimensión de ser humano de carne y hueso, de cubano auténtico, que no ha dejado un solo día de ser *leal a sus sueños*.

A través de estas breves reflexiones comparto mi admiración por el trabajo del rescate integral de La Habana Vieja, y por la figura universal de este titán renacentista.

Para terminar, quisiera citar a Fina García Marruz, quien dice sobre Eusebio: «En su sacrificio humilde, en la entrega tenaz de sus horas, en la vehemencia prometeica con que ama a la Habana, es donde está su huella. Cuando lo olviden los hombres, todavía lo recordarán las piedras».

Y yo, querido amigo, te digo: Los hombres te recordarán y amarán siempre y las piedras estarán ahí para contar y cantar su historia en una eterna danza de agradecimiento ante el asombro de la humanidad...

¡Felicidades!

CLAUDIA GÓMEZ HARO  
Promotora cultural y comunicadora  
(México, 1948)

## UNA AUTORIDAD MORAL



**L**a primera vez que escuché hablar de Eusebio Leal Spengler fue por conducto de nuestros mutuos amigos, los hermanos Guillermo y Rafael Tovar de Teresa, ambos tristemente fallecidos hace poco tiempo. Guillermo fue el más brillante historiador de la Ciudad de México y su período barroco, también Cronista y fundador del Consejo de la Crónica de la Ciudad. Nadie en tiempos recientes investigó, conoció y promovió la historia y el arte de nuestra soberbia capital mexicana como él. No es de extrañar que, cuando Eusebio y él se conocieron a finales de la década de los noventa, se estableciera entre ellos un vínculo aderezado por la admiración y el respeto a sus respectivos quehaceres. Rafael Tovar era en esos años presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el organismo equivalente al Ministerio de Cultura que entonces no existía en mi país, y también él tejió estrechas relaciones con el Historiador de La Habana. Lo escuché hablar del trabajo de Eusebio con tal vehemencia que quise volar a La Habana en el primer avión para conocer a ese personaje tan único que trabajaba por el rescate de La Habana Vieja con una vocación apostólica y

que no se doblegaba ante nada, siempre firme y constante, reconstruyendo y restaurando el patrimonio arquitectónico contra viento y marea. De los hermanos Tovar escuché por primera vez cómo ese casco histórico habanero que había caído en la ruina total por los avatares de la historia, recobraba, día a día, su antiguo esplendor, a paso lento pero seguro. Yo no lograba entender cómo, en un país azotado por tantas dificultades de orden económico pero también práctico, se podía llevar a cabo un trabajo colosal como el que realizaba el Historiador de la Ciudad. Mi hermana Claudia Gómez Haro, también contagiada por el entusiasmo de los Tovar, viajó a La Habana en 1997 y fue recibida por Eusebio por intercesión de nuestros amigos; su fascinación fue tal, que al año siguiente regresamos juntas, y desde entonces, no hemos dejado de visitar La Habana año tras año. Hemos sido testigos y admiradoras del monumental trabajo que Eusebio emprende en tiempos propicios y contra tiempos aciagos; hemos presenciado el resurgimiento de inmuebles otrora abandonados y destruidos, hoy recuperados en su belleza física y dotados, además de un aura nueva y resplandeciente, de un sentido social sin precedentes. Tengo que decir que soy una viajera incansable, una curiosa obsesiva que va en busca del arte en todas sus manifestaciones y en todos los rincones del mundo, y nunca he visto en ningún punto del orbe un trabajo de restauración, conservación y revivificación de

una ciudad como el que he presenciado en La Habana, bajo la égida de Eusebio Leal.

Si los relatos de los hermanos Tovar me llevaron a La Habana, los testimonios del Historiador expresados en ese lenguaje florido y amoroso con el que se refiere a su adorada ciudad, propiciaron mi enamoramiento de ella, musa de artistas y poetas, y aún más allá de ella, de toda la Isla, que despierta en mí profundas emociones. A través de su arquitectura rescatada y dotada de una nueva vida siempre ligada a la tradición y al pasado, pero con nuevos aires afines a la contemporaneidad, Eusebio nos invita a viajar por el tiempo, a dejar volar nuestra imaginación y situarnos en momentos históricos de vital relevancia, pero también nos sitúa en el aquí y el ahora de una ciudad que ha sido testigo de una Revolución crucial en el siglo xx, y cuyo devenir pudo haber sido oscuro si no es por el incansable e incommensurable trabajo de un personaje –insisto– único e irreplicable como es Eusebio Leal.

Me congratulo de poder decir que Eusebio nos acogió a mi hermana Claudia y a mí desde que lo conocimos, y para nuestra enorme fortuna, se tejió una entrañable amistad y complicidad que ha ido *in crescendo* a lo largo de casi dos décadas. Eusebio ha viajado a México y participado en conferencias y presentaciones en el Centro de Cultura Casa Lamm que mi hermana y yo dirigimos, y asimismo ha sido nuestro anfitrión en proyectos organizados por nosotras en La Habana, como exposiciones, presentaciones de libros y de documentales.

A través de Eusebio mi amor por Cuba se fortalece y crece cada vez que lo visito y me entero de los logros que se siguen multiplicando, resultado de una mística humanitaria y cultural que no tiene paragón.

Eusebio Leal es una autoridad moral para todos los que estamos comprometidos con el fortalecimiento de la cultura de nuestros países, porque él nos ha enseñado y demostrado como nadie que sin memoria no hay futuro, que el pasado es la piedra angular para construir el presente y abrir la brecha hacia ese futuro. Eusebio es sinónimo de liderazgo, perseverancia y voluntad. Es el ejemplo vivo de la ética que construye estética sin perder de vista su real objetivo que es el compromiso social. Eusebio es uno de los grandes humanistas de nuestra era.

Cuando se me invitó a participar en este álbum conmemorativo de los 75 años de vida de Eusebio Leal, me sentí altamente halagada y privilegiada de tener la oportunidad de expresar a mi amigo, en unas cuantas líneas, mi profunda admiración, amistad y cariño. Las líneas son breves, y no dan el espacio para manifestar todos mis sentimientos. Este texto podría extenderse, seguir y seguir, y difícilmente alcanzaría a puntualizar todo lo que Eusebio me inspira.

Amo a Cuba, a su gente, su arte y su cultura, en gran medida gracias a las lecciones aprendidas del Historiador. ¿Cómo agradecerle ese gran regalo? ¿Cómo agradecerle tantas atenciones y tanto afecto recibido?

Gracias, siempre gracias, Eusebio. Eres único, universal e imprescindible. Tus palabras, tus acciones, tu voluntad

inquebrantable quedan para siempre grabadas en las piedras que sostienen el alma habanera, a la cual has dedicado tu vida entera.

Gracias, siempre gracias, querido Eusebio.

GERMAINE GÓMEZ HARO  
Crítica de Arte, historiadora e investigadora  
(México, 1959)

## UN SENCILLO SOLDADO

---

**M**i generación –tengo cincuenta y seis años de edad– creció bajo la impronta del torbellino transformador encabezado por Fidel y que, lleno de símbolos, nos identificó, sin vacilaciones, con Camilo y el Che. La gloriosa década del 60, pletórica de desafíos y sueños, y las no menos inspiradoras del 70 y 80, nos enseñaron a ser como somos muchos: inaudibles, comprometidos.

Toda gesta gloriosa tiene sus cantores, los hombres cautivadores que con su palabra transmiten la contagiosa belleza de la épica, la pasión de la epopeya, los valores supremos de una nación, el pulso acelerado y estremecedor de los pueblos, y el compromiso patrio. El coronel Fernando Figueredo Socarrás, cual Homero, envolvió en la mística guerrera a una generación de jóvenes herederos de la gloria mambisa de los Diez Años. La prédica mágica de Manuel de la Cruz, Ramón Roa, o Manuel Sanguily; la prosa ardiente del catalán José Miró Argenter, o de los generales Máximo Gómez, Enrique Collazo y Enrique Loynaz del Castillo, entre tantos inspirados mambises, enseñaron a los cubanos a ser buenos y patriotas. El inmenso Martí, combinación perfecta de palabra y acción, seductor de multitudes,



con su vida ejemplar labró el camino por el que transitarían Villena, Mella, Guiteras, y el inspirado Fidel con sus compañeros de la generación del centenario.

De toda la pléyade de cronistas mambises, bebí desde mi temprana adolescencia para forjar mis convicciones ideológicas. Tres personas marcaron desde entonces mi vida intelectual: mi padre, quien me inyectó el germen de rebeldía, patriotismo y sed de saber; Fidel, con su magisterio ejemplar y desafiante de humanismo, cultura y dignidad; y Eusebio Leal, en mi concepto, el más inspirado y apasionado defensor de nuestra historia, en el período de la Revolución triunfante.

Era yo estudiante de Derecho de la Universidad de La Habana, cuando me acerqué por vez primera a Eusebio para comentarle, en un evento de historiadores en la sede de la Academia de Ciencias de Cuba –Capitolio Nacional–, mis resultados investigativos sobre el independentismo puertorriqueño. No creo que él lo recuerde. Apenas llegó al minuto nuestra plática.

Después, en los años 1986 y 1987, tuve la posibilidad de deleitarme con su palabra en sendas conferencias que impartiera en la Sala Universal de las FAR, en los ciclos de historia que organizaba el entonces jefe del Estado Mayor General, general de división Ulises Rosales del Toro. Por esa época mis compañeros del MINFAR, cuando escuchaban mis intervenciones en clases y círculos de estudios sobre nuestras guerras de independencia, cargadas de pasión mambisa, me bautizaron con el sobrenombre de «Eusebito», reconocimiento que recibía

con orgullo y molestia a la vez. Pensaba –y así comentaba a todos– que Eusebio era único, y mis escasos conocimientos del independentismo cubano nada tenían que ver con su enciclopédica cultura universal.

Personalmente no volví a contactarlo hasta inicios del año 2000 o 2001, en México, donde me desempeñaba como Agregado Militar, Naval y Aéreo de nuestra embajada. En aquella ocasión, reunidos con el embajador Jorge Bolaños Suárez, le expliqué los resultados de mis investigaciones en el Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional de México, donde confirmé la presencia de más de un centenar de oficiales cubanos, combatientes por la consolidación de la independencia de México entre 1821 y 1867, treinta de los cuales habían alcanzado los entorchados de general. Nuestra conversación fue amena y para mí estimulante. Me dijo que debía escribir un libro sobre el tema, libro que aún no concluyo.

Hace unos años le comenté que tenía una deuda con él: el libro de los cubanos en la independencia de México. Intenté explicarle las mil razones por las cuales no había podido concluirlo. No me dejó continuar. Me dio una lección cuando, lacónico, me interrumpió: «¡las deudas no se anuncian. Se pagan!». Fue una enseñanza.

Nuestra relación se ha estrechado, para honra mía, desde que en octubre de 2012 fui designado presidente del Instituto de Historia de Cuba. A los pocos días del nombramiento me invitó a almorzar junto al Dr. Eduardo Torres-Cuevas. Desde entonces, siempre que hemos tenido una oportunidad, conversamos de los más

disímiles temas, en especial, de la preservación de nuestro patrimonio y la memoria histórica de la nación. Digo conversamos, aunque en verdad no puedo sustraerme, en mi condición de militar, en escuchar atentamente a quien sin duda, en la carrera de las armas, hubiera descollado como un jefe temerario y audaz, o en la política como un estadista de talla universal. Y sin embargo, se comporta como un sencillo soldado.

Eusebio ha cultivado de manera excepcional el más puro y enaltecedor de los valores: la lealtad. Hijo de su tiempo, reencarnación cespedista, dominador de la palabra, parece haber venido de la manigua redentora a nuestros días a explicarnos la inspiradora turbulencia mambisa con sus virtudes y defectos. Cada frase suya está unguada por la divina providencia. Narra la historia con fuerza volcánica, con la pasión desbordante de quien pone en cada palabra, en cada gesto, en cada acción, el corazón entero. Patriota fidelísimo y Fidelista, ha marcado a generaciones de cubanos. La mía, ha tenido muchos privilegios, entre ellos, compartir y disfrutar la epopeya de Fidel, y escuchar el candoroso canto de gesta de ese cubano excepcional y patriota, magisterio vivo, que es Eusebio Leal Spengler.

Cumple este 11 de septiembre 75 años de edad y aún derrocha impetuosa juventud. Sueña despierto en proyectos sin fin, en recuperar La Habana y en hacerla brillar entre las ciudades más resplandecientes y cultas del mundo. Como buen soñador, sufre doblemente con la dejadez, la mediocridad, la indolencia y la deslealtad,

a él y a la Revolución. En los últimos años, una constante acompaña sus intervenciones públicas: su llamado a luchar, a la altura de los nuevos tiempos, tan gloriosos y complejos como los que le tocara vivir a su generación.

En una ocasión, Eusebio me llamó para pedirme que lo sustituyera en las palabras centrales de un acto nacional para el cual fue designado. Le respondí: «¡Usted puede ordenarme lo que desee, pero sustituirle jamás. Usted es insustituible. Yo cumpliré su misión». Agregué que le enviaría mis palabras para que las valorara. Se ofendió. Tanta es su grandeza.

RENÉ GONZÁLEZ BARRIOS  
Historiador, investigador y militar  
(Cuba, 1961)

## UNA COSA TREMENDA

---

**P**ara mí es muy difícil, realmente, hablar de Leal. Porque ha sido más el tiempo que he vivido a su lado, que el transcurrido antes de haberlo conocido. Juntos hemos pasado las buenas y las malas.

Desde los diecinueve años yo trabajaba en la Biblioteca Nacional, en labores de encuadernación y restauración. Fue Leandro Romero quien me llevó por primera vez al Palacio de los Capitanes Generales, donde comencé a ayudar, después que salía de la Biblioteca, y hasta la noche. Todavía no había visto personalmente a Leal.

Un día, Lourdes Morales, una antigua compañera, me pregunta: ¿Ya tú hablaste con Leal?

—No lo conozco, le respondí.

—Sí lo conoces, refutó ella. Ya verás...

Al día siguiente, me trajo una foto de su boda (1963), donde ella aparecía retratada con los hombres invitados a la ceremonia.

—Este es Leal, dijo, señalando a un muchacho que estaba al lado mío.

Cuando por fin pude verlo, me dijo que tenía interés en que viniera a trabajar con él. Solo me puso la condición de que me autorizara el capitán Sidroc Ramos, entonces director de la Biblioteca Nacional.

Después de varios meses, logré al fin que me liberaran, y pasé a la Oficina del Historiador. Era noviembre o diciembre de 1971.

Durante veinticinco años, entre 1974 y 1999, fui director del Gabinete de Conservación, Restauración y Montaje, y subdirector del Museo de la Ciudad de La Habana.

Poquito a poquito, todos los días, hemos hecho lo que puede verse hoy en los museos. Y no solo me refiero a la restauración de las obras de arte, sino también al montaje de exposiciones, siempre bajo su dirección y guía, pues Leal era una cosa tremenda, una centrífuga, ¡más que ahora!

Al celebrar la llegada de este cumpleaños, sigo valorando como el primer día su visión de futuro y su humanidad, por encima de cualquier obstáculo. Porque aunque a veces se disguste conmigo, siempre se le pasa.

Recuerdo que Silvia, su madre, una mujer muy especial, me decía: «Nunca me lo dejes solo». Creo que he tratado de cumplirlo, como lo haría un hermano.

SERGIO GONZÁLEZ CÍAS  
Restaurador e investigador  
(Cuba, 1941)

## SU CONTINUADO MAGISTERIO



**P**arece que fue ayer cuando conocí a Eusebio Leal en el curso de una visita institucional de la Fundación Archivo y Museo de la Emigración a La Habana, en el año 1991. Sin embargo, han pasado 26 años, tiempo que se ha sumado como una exhalación a la edad de Eusebio, que redondeará los 75 en el mes de septiembre de este 2017. No es momento para un balance. Todavía queda mucho por hacer.

Desde entonces son muchos los recuerdos que me vienen a la memoria de los momentos que compartimos en Cuba y en Asturias, en los cuales fue consolidándose una profunda amistad. Por mi parte, ese sentimiento va unido a la admiración derivada no solo de sus contribuciones a la historia y al conocimiento en general, sino, muy especialmente, a su generosa y desinteresada entrega a los demás como profesor y formador de museógrafos –entre los que me encuentro. Esta es una faceta muy especial en la inmensa labor de Eusebio, y de la cual me siento deudor como discípulo. No puedo menos que agradecer aquí por su continuado magisterio, a modo de sencillo tributo, hacia quien desde el rigor científico ha sabido inculcar, no solo a quien escribe estas líneas, sino a un conjunto importante de

directores y profesionales de museos de todo el mundo, un profundo amor por la recuperación de la historia material y su interpretación en los pequeños detalles.

Si a esos 75 años restamos 50 de su dedicación como Historiador de la Ciudad de La Habana, no podemos menos que sentir un reverencial respeto a la titánica tarea asumida con apenas 25 años de edad. Nadie ha defendido mejor que Eusebio la rehabilitación de La Habana Vieja, nadie ha escrito con más elocuencia sobre su historia y, por decirlo en términos de la generación del 98, la intrahistoria de la ciudad, de Cuba y de todo el mundo Atlántico e incluso del Pacífico, porque, como sabemos, las historias locales están inmersas en las historias globales, y los relatos que Eusebio nos regala de La Habana van mucho más allá de los barrios habaneros y nos transportan desde Sevilla a Bogotá, de Manila a Panamá o los Estados Unidos.

Con ese amor insólito a la historia y el talento y maestría que pone a su servicio, es autor de una fecunda labor bibliográfica que se nos ofrece con sugerentes y evocadores títulos: *Legado y memoria; Patria amada; Fundada esperanza, Fiñes...* que junto al relato de sus propias vivencias e investigaciones son mensajes solemnes de gran autoridad. Miran al pasado sí, y a través de lo particular, lo ideográfico e íntimo, desde el detalle microscópico, la historia de una casa, de un mueble, de una familia, de un taller o de un oficio, trascienden lo local y se adentran en lo universal. Y desde la experiencia histórica, son un auténtico soporte de mensajes



que contribuyen a formarnos una conciencia social y política que nos ayuda a entender el presente y enfrentar el futuro. Porque la historia no es solamente un calendario, una narración de los hechos; es también, necesariamente, una interpretación de esos hechos. Por lo demás, Eusebio es un educador social poco preocupado por la trascendencia de sus palabras o de su obra, confiada en las más de las ocasiones a la glosa por sus discípulos.

Ciertamente trabajamos y compartimos durante muchísimas jornadas y, como él señala cuando tiene que reflejar la semblanza de alguien admirado, también a mí me resulta difícil «como el que debe ascender a una montaña y encender en lo alto una llama para rendir tributo a la amistad», escribir estas líneas sobre Eusebio Leal. Por eso en esta efeméride tan especial, quiero destacar esa relación de amistad ininterrumpida, en la que hasta ahora he podido disfrutar de su inteligencia y humor, de su agudeza y de su ternura y, como he señalado, aprovechar la generosidad de su sabiduría y la amplitud de sus conocimientos, que se han ido decantando todos estos años en mi labor como director de los Museos de la Emigración y de la Minería y de la Industria de Asturias, respectivamente.

Además del gusto por la importancia de los pequeños detalles de la historia, su preocupación por el patrimonio nunca se restringe a su estudio, recuperación e interpretación. Eusebio siempre insiste en que la virtud complementaria a la labor y empeño de los museólogos y museógrafos por desvelar la cultura material debe

ir acompañada de la perseverancia en su divulgación. *Opus Habana*, heredera de una tradición divulgativa de la historia, el arte, la sociedad y cultura de las revistas ilustradas del siglo XIX, es fruto del esfuerzo fundador de Eusebio y su inquietud porque la obra habanera, concienciadora y ejemplar, llegue a todo el mundo.

Recorrí La Habana Vieja en muchas ocasiones en compañía de Eusebio y para mí son lecciones inolvidables. Siempre lo siento entusiasta, caminando de un lado a otro, incansable, dirigiendo con indudable maestría la reconstrucción de muebles, máquinas y artefactos, la habilitación de locales, la creación de museos, impulsando las bibliotecas, la restauración de Iglesias y conventos, la promoción de espacios sociales y culturales. Rehaciendo la ciudad no solo para las familias sino *con* las familias, transformando la iniciativa y el impulso individual en obra colectiva y recuperando áreas enteras de la historia material.

Al evocar esa relación de Eusebio con lo trascendente y lo cotidiano quiero rendir tributo de admiración a mi amigo, al inteligente y desprendido maestro que me ha enseñado una gran verdad, la cual prevalece en este mundo del mercado: los recursos económicos no lo son todo.

La cultura exige entrega, exige amor, generosidad, sencillez y trabajo desprendido, perseverancia, honradez y el más alto sentido moral. Es decir, los valores básicos de la vida.

Desde Asturias querida, desde la entrañable ciudad de Oviedo que tantas veces has recorrido, por sus

mercados, por sus talleres de marcos y artesanías, entre callejuelas en obras, a la sombra de la Catedral o por los soportales de El Fontán, llegue a ti, maestro, en este 75 aniversario, el testimonio de mi admiración y cariño permanentes.

SANTIAGO GONZÁLEZ ROMERO  
Museólogo e investigador (España, 1955)

## DEFENSOR DE GRANDES CONTIENDAS Y DETALLES

---

**E**l recuerdo me lleva al Anfiteatro de La Habana, en la Avenida del Puerto, sus asientos de piedra, bajo la sucesión de luces del atardecer marítimo y los llamados de Eusebio Leal con un argumento irrenunciable: la restauración de la ciudad, su apropiación verdadera, su alabanza. Mediaría el trabajo, la mano de obra, el conocimiento de un quehacer con las exigencias del tiempo. La minuciosidad de la labor traduciría la fijación histórica. Era el inicio de algo que pudo llamarse gesta y en sentido de esfuerzo, lo es. Hablaba a posibles operarios, rescatadores de una grandeza dañada por la desatención de siglos. Su esplendor oculto esperaba por ellos. El trabajo implicaría un conocimiento riguroso: habría de hacerse en la manera en que fue hecho, cada piedra de cada muro exigía el aprendizaje de una especialización. Asistíamos a una clase que era un discurso, con el énfasis de una fe. Su gesto y su voz correspondían a un convencido, pero no acudía a fantasmagorías y leyendas, sino a realidades palpables. Allí estaba la ciudad, su belleza obstruida por un acontecer ingrato. El razonamiento era un grito; la argumentación, un reclamo. Anunciaba el renacer de la ciudad, pero no gracias a un milagro, sino al trabajo.

Del rigor renacería su autenticidad. Una vez lograda, los habaneros podrían afirmar que en ella ganaban la vida de sus hijos y otorgaban justicia a sus mayores. Se respiraba el aire de los comienzos, cada tarde un amanecer. Siguieron muchos actos como aquel, que armaban un voluntariado, un colectivo en acción. No recuerdo las fechas sino el impacto, que persiste.

El trabajo y la argumentación sobre La Habana caracterizaron a Eusebio Leal en las décadas recientes, en el día a día. Su imagen es un andar rápido, el vínculo con los habitantes de La Habana Vieja, en la reconstrucción y en la existencia cotidiana. Conoce a cada uno, las familias, los entresijos del barrio y sus necesidades. Múltiples asuntos exigen su atención, junto al desentrañamiento de la historia y sus pormenores.

Fiel a la herencia del anterior Historiador de la Ciudad, Roig de Leuchsenring, acompaña el esfuerzo con la reconstrucción de acontecimientos pretéritos, fundadores del orgullo patrio. La Historia tiene en él un defensor de grandes contiendas y detalles que resultarían nimios si no les descubriera engarces que explican el conjunto, hechos que también son ideas. Su pasión contamina. Los edificios y plazas adquieren significados que puntualizan el pasado y se suman a una motivación insoslayable en el presente. Los hechos no quedan en la efeméride ritual, porque les otorga relieve de caracterización vívida, de personas cuyas razones trascendieron a su época y ganan connotación actual. Cuida el estudio de los acontecimientos como

defiende los símbolos que en ellos tuvieron valor y permanencia.

Dado a los recuerdos, me devuelvo a una sala colmada de poetas, músicos, periodistas, ocasión que merece la acción pública, pero en una intimidad que accede al gracejo de la conversación criolla. Es noche de fin de semana, en una casa amiga donde alternan el guitarrero y el piano, el canto y la broma. Nos convoca la llegada de un amigo, o ningún motivo subrayado más allá de la alegría del acercamiento afectuoso, de terneros y agradecer la existencia. Vivimos el permanente imán de la amistad. Ha terminado la jornada, se hace buena y simple la conversación, la familiaridad y el descanso. Todos dejamos a la puerta las ocupaciones diarias, también nuestro Eusebio. Pocos como él conocen y reviven el anecdotario pícaro, los entreveros insulares, entretejidos a personajes destacados del pasado y el presente. Sin esfuerzo deviene el centro de las evocaciones sabichosas, un humor muypreciado. La historia también bulle en el envés tocado por la simpatía. Es otro Eusebio, siendo el mismo. Se agradece la pausa, tan respetuosa como vivificante. No quiero perder esos momentos en la remembranza del amigo.

Tengo en mis manos una foto donde estoy junto a Eusebio y a Manuel Moreno Fragnals. Es una mesa de conferencias, no se ve el público. Somos jóvenes, incluso el gran historiador del azúcar se ve rejuvenecido. Debí ser en una celebración que yo animaba una vez a la semana, para que hablaran quienes mucho tenían

que decir a un auditorio bisoño. Allí el gesto se enseriaba, la charla avanzaba hacia complejidades que requerían conocimiento y aclaración. Sin recordarla en detalles, sé que giró en torno al pasado social de Cuba, costumbres e imposiciones de épocas ingratas, la ciudad con sus estratificaciones despiadadas, el ingenio azucarero y la esclavitud, la sociedad cruel que, sin embargo, generó bondad en la descendencia de sus víctimas; la guerra independentista y la conocida superación del odio por la convivencia, hechos que armaron el perfil y el vigor de la nación. Eran los temas de mis convidados de aquella tarde. Luego nos unió más el trabajo en la Academia Cubana de la Lengua, en proyectos sociales y publicaciones.

La presencia de Eusebio Leal, su trabajo y sus libros, enriquecen a varias generaciones. Su bondad y dedicación convocan y animan, contribuyen a cambiar el paisaje y la compleja existencia de La Habana, a conocer y amar más a la patria. Junto a él se siente el abrazo de muchos. Su amistad enaltece.

REYNALDO GONZÁLEZ  
Ensayista e investigador (Cuba, 1940)

## ESE GIGANTE...



**D**ifícil tarea tengo al querer expresar con palabras o pensamientos lo que mi corazón y mente sienten y piensan sobre ese gigante que es Eusebio Leal, gigante por histórico, por humano, noble y emprendedor incansable, ejemplo de hombre sabio donde no cabe la palabra imposible.

Lo conocí en Quito con las manos vacías y su mente llena de sueños en beneficio de su Cuba querida, y ahora que han transcurrido muchos años continúa con sus manos vacías y sus sueños hechos realidad, realidad que se palpa en cada paso que uno da en La Habana Vieja, ciudad vuelta a nacer, crecer y proyectarse al futuro, admirada por millones de habitantes del planeta que la visitan.

Querer hablar de Eusebio Leal es tan difícil como pretender explicarnos cómo Fidel Castro logró dar dignidad al pueblo cubano, luchar contra el imperio norteamericano a 90 millas, proyectar el ejemplo de solidaridad a la humanidad entera, propiciar a todo un pueblo salud, educación y progreso pese a estar bloqueado de por vida... Y es difícil porque Eusebio revive a La Habana Vieja de las cenizas con una mente clara, con decisión imparable, sabiendo a dónde quiere llegar y logrando así otro imposible.



Estos hombres que el mundo ha dado son contados con los dedos de una mano, y quienes los conocimos sabemos que pasarán a la historia como José Martí.

Su actitud, dignidad y amor al ser humano, nos convocan a seguir su ejemplo.

PABLO GUAYASAMÍN  
Promotor cultural (Ecuador, 1947)

## HACER ES LA MEJOR MANERA DE DECIR



**C**omo es conocido, a principios de la década de los 70 me encontraba en la antigua provincia de Oriente, trabajando en las tareas que el Partido me había encomendado en esa vasta región del país. Allí, cerca de Santiago de Cuba –en un lugar conocido como Caletón Blanco– tuve la ocasión de conocer personalmente a un joven de cuyo interés por hablarme ya me habían avisado.

En aquella ocasión lo acompañaba René Rodríguez, quien actuó como su presentador. Eusebio Leal se ha referido otras veces a aquel primer encuentro y a la conversación que sostuvimos, la cual recuerdo perfectamente que fue extensa, y que en la misma hablamos «de todo lo humano y lo divino»; pero no olvido que me expuso sus opiniones con ese entusiasmo y locuacidad habituales, apoyados por razonamientos lógicos y convincentes de lo que estaba haciendo y sus proyectos e ideas futuras con vistas a la restauración del Centro Histórico de La Habana, entonces languideciente.

Pero Eusebio, con el indudable talento que lo caracteriza, logró transmitirme todo su entusiasmo, bordado de medida y pasión por la defensa de la utopía con la cual

soñaba. Claro que, en su caso, era una utopía realizable, de esas que son las buenas, aunque demanden enormes dosis de esfuerzo, sacrificio, ingenio, capacidad..., todo ello combinado y reunido en una sola pieza para lograr hacerse realidad, tal y como él ha logrado hacer a lo largo de la vida.

En esos momentos –como él ha recordado– lo único que podía darle era una recomendación sincera, que pude basar en anteriores experiencias de mi andar por la vida; por eso le dije: cabeza fría y mano caliente; hay que estar tranquilo, pero hay que hacer, porque hacer es la mejor manera de decir.

La vida nos mostró que Leal no solo dice con belleza –pues es un magnífico orador–, sino que también supo hacer, y de ese modo le ha sido fiel al adagio martiano que así lo indica.

Ha sido continuador y multiplicador del legado de Emilio Roig de Leuchshenring, quien fuera su predecesor en la Oficina del Historiador de La Habana, una de las figuras intelectuales emblemáticas de la República, patriota y antimperialista, al cual Leal reconoce como su inspirador y maestro.

Sin embargo, pienso que más allá de cualquier otra consideración ha sido extraordinariamente fiel a la confianza que nuestra Revolución –de la cual se siente hijo legítimo y deudor– depositó en aquel proyecto original que fue enriqueciéndose con nuevas ideas creativas y es hoy, simultáneamente, bastión de la cultura y del desarrollo económico y social cubano.

Por los resultados de su trabajo, que ni las dificultades físicas transitorias han podido detener, recibió el reconocimiento y el apoyo de Fidel y de Raúl, que confiaron en su voluntad e inteligencia y a los cuales nunca defraudó. Como tampoco defraudó al pueblo trabajador, en especial de La Habana, que lo quiere, lo admira y lo hace evidente a su paso por cualquier lugar de nuestra capital.

Sirvan estas líneas para detenerme un momento en la extensa e intensa labor de quien, con 75 años de edad y 50 años al frente de la Oficina del Historiador, supo rodearse de colaboradores eficientes y esforzados que le han acompañado en la gran obra del Centro Histórico y sus magníficos proyectos, que siguen «en marcha indetenible», como Fidel pidió y Leal lleva adelante.

Aquel joven locuaz y apasionado que conocí en Caltón Blanco, al pasar de los años nos sigue confirmando con su vida y su obra que «Hacer es la mejor manera de decir».

ARMANDO HART DÁVALOS  
Intelectual, revolucionario y político  
(Cuba, 1930-2017)

## EL PATRIARCA



Las primeras referencias sobre Eusebio las recibí de mi mentor baracoano, Hiram Dupotey, en la Biblioteca Rubén Martínez Villena de la Universidad de La Habana. Allí iba a consultar diferentes bibliografías y a estudiar. Él estaba al tanto de mis intenciones para regresar a mi tierra natal. Me emplazó: «Tendrás que batallar como Eusebio, quien ya lo está haciendo por La Habana, desde su Palacio de los Capitanes Generales». En aquel entonces, por doquier, se oía su nombre por la labor incesante de salvaguardar los valores patrimoniales de La Habana Vieja. Me propuse conocerlo. Una mañana, en Obispo y Mercaderes, lo vi que venía raudo; me atreví a tenderle la mano tímidamente. De él recibí una sonrisa afectuosa, que guardo como grata remembranza desde 1975. Quizás él ni recuerde aquel saludo, por los miles de miles que ha recibido y recibe todos los días.

Otro de mis maestros, el antropólogo y arqueólogo Dr. Manuel Rivero de la Calle —del cual fui discípulo en varias expediciones, entre los años 1979 y 1982, en Maisí y Baracoa, buscando las huellas de los descendientes de nuestros antecesores—, solía hablarnos con deleite del joven apasionado que hurgaba con ardor las

entrañas de la historia cubana y de su ciudad-amante. Mucha admiración siempre sintió por Eusebio. Ya el eco de sus sueños y quehaceres se oía de boca en boca en nuestra Primada Villa.

En 1989, fue una gran sorpresa para la Dra. Raquel Carreras y para mí, cuando nos convidó a su Museo insigne para disertar sobre las investigaciones que realizamos, apoyados por el Dr. Roger Deschamps, acerca de la Cruz de Colón. Era la primera conferencia que se impartía después de comprobar la veracidad científico-histórica de la misma. Nos sentimos honrados con tan importante invitación, inolvidable gesto con nosotros. El 15 de agosto del 2011, en los festejos por los 500 años de la fundación de Baracoa, la declaró Tesoro de la Nación cubana.

Durante mi participación en la Mesa Redonda televisiva, con los colegas Norberto Carpio, de la bella Trinidad y Joselito Rodríguez, de la hidalga Camagüey, encabezada por Eusebio como presidente de la Red de Oficinas del Historiador y el Conservador de las Ciudades Patrimoniales, lo identifiqué como «Patriarca». Muchos han indagado, preguntan por qué el nombre. Otros han comentado que fue un gesto de reciprocidad con él, porque en un día muy especial se refirió a mí y me bautizó como «El Primado». Confieso que me sentí muy feliz con ese calificativo, pero esa no fue razón para que yo determinara el sustantivo propio que le puse. Tampoco fueron mis intenciones asociarlo a los señores que lo utilizan como obispo, autoridad que

preside una sede apostólica, o que practica un determinado rito. No quise semejarlo a los que dirigen varias denominaciones cristianas, como las Iglesias Ortodoxas, la Iglesia Católica, las Antiguas Iglesias Orientales, la Iglesia Husita y la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, entre otras. En todas ellas designan a su superior mayor con la denominación de «patriarca».

Para nuestro país y para quienes seguimos su sacerdocio Eusebio es Patriarca porque es el gran conductor, el principal guía que nos ha demostrado con su colosal obra lo que expresara nuestro Apóstol: «Hacer es la mejor manera de decir». Su motivación es el postulado de la cubanía; es el padre de la familia de los soñadores, de los que lidian sin cansancios; es cabeza directriz de la persistencia de lo inagotable; es Patriarca porque en él hay sol y donde esté no habrá sombras. Ha demostrado poseer una capacidad de un liderazgo preponderante en todos los ámbitos y sectores, generando pensamientos y acciones orientadas a comprender la importancia de cuidar y proteger las huellas patrimoniales que identifican a Cuba como archipiélago distintivo, por su historia, desde nuestros antecesores hasta estos tiempos.

Él es nuestro Patriarca porque es un visionario, esgrimiendo y profetizando que los principios y valores son el factor clave, lo cual le ha permitido barrer los obstáculos, enfrentándolos como gladiador de las piedras. A veces me recuerda a Teresa de Calcuta que en su poema «Vida» expresó: «La vida es un reto: enfréntalo. La vida

es un combate: acéptalo...». Ha sido un sabio al abordar las circunstancias de la vida cotidiana, en la transformación profunda que estamos viviendo, que es imparable. Es Patriarca por su autoridad, dentro de nuestra ínsula y en los más inimaginables confines foráneos. Es por su estatura de edificador sobresaliente, que ha recibido tantos galardones. Nuestro Martí expresó: «Honor a quien honor merece».

Es soldado perenne de las ideas martianas y las del gigante de la barba invencible de nuestra historia. Nos ha enseñado a reconocer en cada momento lo que cada instante demanda. Cambiar lo necesario cuando las condiciones lo requieran para revitalizar nuestra sociedad, que se empina día a día más segura.

La palabra Patriarca la percibí, la escuche y la sentí, con antelación, en todas las partes del país que he recorrido. La recuerdo en el Santiago irredento e imprescindible en la historia, donde han renacido sus edificios, plazas y magna catedral, después de los golpes feroces de la naturaleza. Se la oí al maestro historiador Carlos Joaquín Zerquera y a Roberto López Bastida, joven arquitecto, batallador inteligente y sensible que todos conocimos como «Macholo», ambos orgullosos de su torre Iznaga y sus palacetes de ventanas voladas. Me la comentó el respetable cronista agramontino Don Gustavo Sed, cuando transité con él las serpenteantes calles de la Ciudad de los Tinajones, tierra de Ignacio, de Joaquín, de la Avellaneda y de Guillén. Por doquier las vibraciones populares de admiración por el compañero que lleva



uniforme del corazón, en las tierras donde fue quemado el Cacique Hatuey, la del Padre de la Patria y de las memorables Coloradas. En todas las comarcas las mismas impresiones acerca del hacedor incansable, cuando los hermanos de la Perla del Sur me mostraban con el espíritu saltante la hermosura de sus diferentes edificios neoclásicos. Y el honor de tener un septiembre heroico. Al caminar por las calles de Sancti Spíritus, visitar su Iglesia Parroquial, todos los que me acompañaron, se refirieron a su Yayabo legendario y a su general imperecedero, Serafín Sánchez. No faltaron las palabras de agradecimiento y respeto por la obra de Eusebio, el restaurador mayor.

Con el egregio historiador de La Villa Blanca, Antonio Lemus Nicolau, pude disfrutar de la pequeña urbe poseedora de una rica historia, cultura, con un hermoso y exuberante paisaje que asombró a Colón. La ciudad patrimonio de la nación me fascinó con el trazado perfecto de sus casas, calles, parques y la Iglesia Parroquial. Qué expresar de los bellos vitrales de medio punto más grandes del oriente cubano. En ese camino, donde ambos soñamos con los retos que teníamos del mejoramiento de nuestras villas, salió a relucir que la vía nuestra era seguir al guía mayor, al conductor ejemplo, al que es acicate para los que en cualquier parte de nuestro país tenemos la responsabilidad de proteger nuestro patrimonio.

En mi peregrinaje por San Juan de los Remedios, el apasionado investigador Rafael Farto me enseñó la

casa del gran músico Alejandro García Caturla, la coherencia de su centro histórico con sus casonas coloniales de portadas majestuosas y herrerías propias, de tejados a vista; visitamos la Parroquial de San Juan Bautista con sus retablos enchapados en oro. Con orgullo me habló de Francisco Carrillo Morales, General de las tres guerras, y de las fastuosas, creativas y elegantes Parrandas, símbolo del fuerte sentido de pertenencia de los remedianos. Él no pudo prescindir de la palabra Leal en nuestras conversaciones: «Hartmann, él es un paradigma». Los dos coincidimos en que era un ciclón hacedor.

En varias ocasiones, en marcha por el centro histórico urbano de La Atenas de Cuba, con mis amigos matanceiros, he admirado la fuerza estética del Teatro Sauto, del Palacio de Gobierno, del Palacio de Justicia –primer edificio neoclásico de Cuba. Ellos tienen el orgullo de ser la Ciudad de los Puentes, de poseer a una pléyade de poetas como José Jacinto Milanés, Bonifacio Byrne, Agustín Acosta y la etérea Carilda Oliver Labra. No dejaron de mencionar a José White, Miguel Faílde, creador del Danzón, a Los muñequitos de Matanzas y Afrocuba. La Rebelión de Triunvirato y San Severino, imprescindibles, pero siempre en las conversaciones emergía el respeto por el rehabilitador incesante.

No voy a referirme a la Ciudad Maravilla; faltan vocablos para expresar lo que se dice en la cotidianidad por los ciudadanos, transeúntes temporales y visitantes de muchos países, cuando el Mago Edificador recorre

sus calles empedradas y todos le hacen genuflexiones de cariño.

Quiero referirme a los confines montañosos inimaginables en los cuales su misión ha repercutido. En los mismos percibí las consideraciones de todos, que le llamaban «El Maestro Mayor». Los toanos, en sus riberas, al ver pasar a la comitiva en la cayuca (embarcación centenaria en la cual han recorrido sus aguas, mam-bises, barbudos y hombres de esa tierra, a las que ellos llaman la reina del Toa), con sus manos alzadas nos daban la bienvenida por doquier en aquella especial travesía.

Las famosas Cuchillas del Toa, cuyas montañas son como puntas de cuchillos, adornadas de tupida vegetación, de peculiares tonalidades de verdes, circuidas por una gran familia de palmas reales, cedros, najesíes, ácanas, yagrumas, jiquíes, inciensos, unida a una multiplicidad de flora, todavía por desentrañar, se sonreían proporcionándonos el permiso para visitar esos inigualables sitios que vislumbraron al convidado principal.

En la Amazonía del Caribe, como denominó al territorio del Toa el cuarto descubridor de Cuba, Antonio Núñez Jiménez, a cada paso nos hicieron reverencias las cotorras, los cateyes, los tocororos, el gavilán caguarero, las bijiritas migratorias, las mariposas multicolores, las jutías, las exóticas orquídeas, mientras los arborescentes helechos se abanicaban para saludar.

En ese paisaje fluvial hay dos hermosuras distintivas: lo majestuoso de su biodiversidad, única de Cuba y del

Caribe, y la del hombre que la habita. Al desembarcar en la comunidad del Naranjo del Toa ya nos esperaban. Erásido Navarro Blet, conocido como el Rey de los cayuqueros, había dado la noticia a través de su Guamo, cuyo eco se transmitió con rapidez. Alvarito Paján y su esposa Argelia, nonagenarios que nunca se han mudado del Naranjo del Toa, guías y consejeros de la cooperativa Julio Antonio Mella, con todas las familias nos dieron el recibimiento del corazón. Enseguida las ofrendas que son orgullo de los baracoanos: el cucurucho, dulce símbolo de la Primada, el bacán centenario —especie de tamal de plátano con leche de coco—, sin que faltara un sabroso enchilado de tetí, pececillo de dos centímetros que entra por la desembocadura de los ríos de Baracoa cuando la luna es menguante. Toda la comunidad reflejó espontáneamente por él un gran respeto. No olvidaré jamás el viaje por el río Toa con el Patriarca.

En mi bregar por las montañas, llevando el Museo Móvil, en una de mis visitas a la Comunidad Autóctona de la Ranchería, de Manuel Tames, Guantánamo, fui invitado a un altar de cruz —fiesta laico religiosa de raigambre popular en el territorio— por el Cacique Panchito Ramírez Rojas, descendiente de los indios del Regimiento Hatuey. En estas celebraciones, en los campamentos mambises, se les cantaba a las victorias, a los enfermos, a la bandera y a la patria. Hoy se entonan e improvisan cuartetas por las buenas cosechas, por los nacidos en el barrio, por los enfermos, por los logros productivos, por el hijo que ha terminado sus estudios y por nuestras victorias cubanas.

En la mitad de la actividad, Panchito se vira hacia mí y me expresa: «Dile a Don Eusebio que dedicamos a su salud este altar, y que para nosotros es El Cacique de las Ciudades». Bonito gesto que no podía dejar de describir. Enseguida me vino el nombre del padre querido, del conductor cuyas faenas han llegado a la montaña más alta y a los lugares más intrincados de nuestra geografía.

Su obra está labrada en el extraordinario potencial de las construcciones civiles domésticas, eclesiásticas y militares que ha ido cuidando con deleitación para las generaciones presentes y venideras. La práctica de sus ritos ha sido la de un benefactor grandilocuente por su novia-ciudad y por las hermanas primadas.

Leal es motivador para todos los que estamos involucrados, en cada villa cubana, en custodiar y preservar los significativos valores que caracterizan la diversidad cultural de nuestro país.

Si Noé fue el décimo y último de los superlongevos patriarcas antediluvianos –murió 350 años después del Diluvio, a la edad de 950 y se convirtió en el hombre más añejo de toda la Biblia–, nuestro artífice renovador será para siempre un Ave Fénix. Pero a diferencia del pájaro mito que aparece cada quinientos años, él concurrirá imperecedero en todos los tiempos; estará en indisolubles partes; el Patriarca renacerá constantemente con la gran gloria de su modestia.

ALEJANDRO HARTMANN MATOS  
Investigador e Historiador de Baracoa  
(Cuba, 1946)

## SU LUZ BAÑÓ LA CIUDAD Y SU GENTE

---

**F**ue mi madre quien me lo regaló. Ella me llamó desde la sala e indicó a la pantalla. Allí estaba él, serio y locuaz. De inmediato, sus sabias palabras lo hicieron adueñarse del afecto sagrado, definitivo: el de la familia. Al terminar el hallazgo, le escuché decir a mi madre: «Se llama Eusebio Leal, te lo dije, ¡es un genio!».

Declaro que para amar a un ser como Eusebio Leal, no es necesario irrumpir en su mundo íntimo. Basta conocer cuáles son sus desvelos, escucharlo hablar de sus maestros, de los grandes hombres que han calado en sus huesos y en la historia de nuestra nación, de José María Heredia, Félix Varela, José Martí y de tantos otros. Basta saberlo entre la gente de un barrio habanero, adentrándose en sus mundos tan disímiles, verlo caminar por una Habana bendecida por su devoción...

Reitero que no tenía necesariamente que estar cerca de Eusebio para quererlo y respetarlo, pero un día recibí un mensaje donde él me citaba a su oficina. Hablo de los durísimos años 90. Fue increíble el encuentro; él sabía tanto de mi trabajo, de mi entorno, hasta de la ausencia de mi ángel poeta, Ada Elba Pérez. ¡Eusebio fue tan sensible a ese dolor prematuro!

Como los amigos más cercanos, sus palabras y sus ojos me traspasaron para siempre. Pocos años transcurrieron para la creación de la «Casa de la Poesía», donde destinó un espacio a homenajear y preservar la obra de Ada Elba Pérez.

Su corazón, siempre Leal a la creación, nos acogió a tantos artistas... de la plástica, la música, el teatro, la danza, la literatura, las formas más disímiles de la creación, llenando de arte cada rincón de la ciudad. Logró enamorar a múltiples profesionales destinados a la restauración de nuestra Habana, a la preservación de su historia, procuró espacios de existencia digna para los ancianos y niños de la comunidad. Su luz bañó la ciudad y su gente. Ha sido un símbolo inevitable.

A Eusebio le debe mucho la creación que he sostenido en equipo. Gracias a él, y durante varios años, tuve mi sede en dos aulas del ala sur del antiguo Convento de San Francisco de Asís, sitio mágico, lleno de paz. Sigo anclada en la ciudad, y hoy el trabajo con mi grupo es posible gracias a la sede que nos asignó en plena calle de los Oficios, luego de la restauración del Convento.

He sido bendecida por su corazón generoso. No puedo olvidar que con letras de oro escribió las notas de dos antologías también defendidas y soñadas con él: *Ángel y habanera* y *Naranja en flor*.

Hemos compartido encuentros deliciosos junto a amigos comunes como José María Vitier, Silvio Rodríguez, Amaury Pérez y otros artistas que lo adoran.

Eusebio no es solo el gran intelectual, el caballero que enamoró para siempre a La Habana. Es también el niño

sorprendido, el gran hombre, capaz de hacer resucitar cada rincón de nuestra historia arquitectónica, salvar, mover o derribar muros.

Escribí una canción y la dediqué a su devoción a La Habana. Ahora que cumple setentaicinco años, es un homenaje a su consagración:

*MI VIEJA HABANA*

Nunca podré escapar de mi niñez en tu balcón,  
ni de los adoquines que al viajero conquistó,  
y es que hace tantas lunas que mi amor  
anidó en el vitral de tu misterio trovador.  
Cuando me pierda regresaré de mar,  
entre tus muros me vestiré de sal,  
estaré aquí bajo la sombra  
del bardo que te nombra  
anclada para siempre en ti.

Nunca podré escapar de mi niñez en tu balcón,  
ni de los adoquines que al viajero conquistó,  
bien sabe la distancia que mi amor  
solo habita el portal de tu misterio trovador.

Cuando me pierda y no te pueda ver  
desde estas piedras abrigaré tus pies  
estaré aquí bajo la sombra  
del bardo que te nombra  
anclada para siempre en ti.

LIUBA MARÍA HEVIA  
Cantautora (Cuba, 1964)



## LA LABOR INFATIGABLE



**H**ace más de medio siglo yo tenía que ir todos los días, en una guagua ruta 57, desde mi casa en El Vedado hasta la calle Inquisidor, donde estaba la Escuela Primaria Superior Sun Yat Sen, cuya Aula de Apreciación Musical había obtenido en oposiciones. Más o menos por esa época fui en algunas tardes a la Biblioteca Nacional para consultar libros indicados por mis profesores universitarios. La Biblioteca se encontraba en el Castillo de la Real Fuerza. Un día aproveché esa salida para llegarme a lo que yo llamaba el Correo Central, de cuyas oficinas habían comunicado, con algunos meses de retraso, que mi mamá tenía un correo extraviado. Entré así en un vasto espacio lleno de gente, bultos y escritorios. Años más tarde averigüé que esos polvorientos edificios eran de más de un siglo, y que los iba a estudiar como una de las iniciales defensas de La Habana. También uno de sus más interesantes edificios religiosos: la Basílica Menor de San Francisco de Asís. Esos fueron mis primeros contactos con la que llegaría a conocer como la mítica Habana Vieja. O, más exactamente, la mítica Habana Vieja de Eusebio Leal.

Empecé, algunos años después, a oír hablar de Eusebio Leal. Cuentos de sus infatigables búsquedas y rescates

de figuras esculpidas, estatuas alegóricas, qué sé yo cuántas cosas más, para llevarlas a los espacios coloniales bajo su cuidado. Cuentos de cómo lo habían visto, invariablemente vestido con su camisita gris (que aún prefiere, perfectamente planchada), empujando una carretilla encima de la cual había colocado la estatuilla del día.

Creo recordar que la primera vez que estuve de tú a tú con Eusebio fue en el Centro de Estudios Martianos, situado en la que había sido la casa de Teté Bances y Pepito Martí, en El Vedado (en cuyo jardín ya él había estado con su carretilla), donde él iba a ofrecer una charla sobre La Habana de Martí. Ayudé a pasar las diapositivas, mientras, por vez primera, fui envuelta por el apasionado y fluido discurso de Eusebio. Después he tenido la excepcional ocasión de escucharlo e intercambiar con él. Recuerdo particularmente una sesión de un congreso de la UNEAC en la cual Eusebio pidió la palabra y, a partir de un comienzo casi susurrante, refutó la absurda propuesta que estaba a votación, logrando no solo la mayoría casi absoluta, sino también un cerrado aplauso.

Pienso que la titánica obra de Eusebio (y aquí me refiero a un sector de lo que su labor abarca, pues después de todo es el Historiador de la Ciudad, no apenas de su sección colonial) no debe ser apreciada solo en cuanto a las edificaciones. ¡Cuántos compañeros y compañeras de diversa procedencia han encontrado en Eusebio acogida y utilidad profesional (es decir, transformar un

prematureo retiro obligado en actividad creadora)! ¡Cuántos están estudiando oficios y recibiendo preparación teórica de acuerdo con las posibilidades reales que posibiliten un trabajo útil y seguro al fin de la preparación! ¡Cuántas publicaciones interesantes y útiles han sido promovidas por su equipo! El Colegio Universitario San Gerónimo, en pleno corazón de La Habana Vieja, es un buen ejemplo de la conjunción, en la labor infatigable de Eusebio, de respeto hacia lo heredado e iniciativa que posibilita y enriquece el futuro.

Eusebio ha hecho de La Habana Vieja, además de un conjunto de edificaciones perfectamente restauradas y con renovada vida cultural, un espacio ciudadano atento a las necesidades vitales de sus moradores.

Una querida amiga encontró refugio y cuidados, durante una época avanzada de su vida, en una edificación que Eusebio había convertido en casa para casos similares. En otro orden de cosas, también ha transformado recientemente el más que secular Palacio del Segundo Cabo en un museo de nuevo orden que posibilita no solo la contemplación por parte del visitante, sino también su participación activa y frutiva.

He dejado para el final manifestar no solo el respeto sino el afecto que el conocimiento de Eusebio Leal me ha despertado. Haberlo conocido y apreciado ha sido un verdadero privilegio.

ADELAIDA DE JUAN  
Profesora, historiadora y crítica de arte  
(Cuba, 1931)

## SE EXPANDE COMO LA BRISA...



**H**oy día todo el mundo conoce a Eusebio Leal como la gran figura de la historia, mucho más allá de todo lo que ha hecho por reivindicar, mundialmente, La Habana. Desde luego, es muy merecido ese reconocimiento en este hombre de verbo fluido, capaz de conversar sobre los más disímiles aspectos de la cultura. Ese es el Leal que la mayoría conoce, pero quisiera referirme al Leal joven, al Leal de la época en que todavía La Habana Vieja no había sido distinguida como Patrimonio de la Humanidad. Eso sí, era el mismo Leal que transita aún por su ciudad.

Yo trabajaba entonces en el Museo Nacional, y como estábamos en el mismo círculo de interés, nos conocimos, tuvimos los primeros contactos. Y recuerdo que un día, un compañero me dice: «¿Sabes lo que está haciendo Leal? Se ha ido a la boca del puerto y está encaramado en un bote sacando antiguos adoquines del fondo del mar». «¿Cómo?», me apresuré a decir. «Sí, él solito, nada más se hizo acompañar de un buzo». Después me enteré que se trataba de los adoquines que tanto batalló por restituir en la famosa Calle de Madera por la cual hoy la gente desanda, gracias a la idea de ese «loco» –nuestro querido Leal–, el

único capaz de encontrar dónde los habían sumergido y de ir a sacarlos.

Cuando supe aquello, me di cuenta que era un ser excepcional, de una potencia de acción increíble. Luego me fui enterando de que las familias burguesas antes de marcharse del país les dejaban sus pertenencias —fenómeno que es interesantísimo—, consagrándolo como una especie de custodio de esos tesoros que hoy podemos contemplar en sus museos.

Cierto día me lo encuentro, preocupado, porque después de haber reparado vitrales y faroles de las plazas, los chiquillos de la vecindad se entretenían en apedrearlos. «Imagínate María Elena, son muchachos, pero yo tengo que buscar una solución». La solución que encontró, genial, fue acoger, dentro de esos museos, aulas escolares. Así, estando allí, se les pudo enseñar a varias generaciones de habaneros a respetar su entorno, el patrimonio de nuestra cultura.

La lista de sus genialidades sería interminable, pero debo señalar el acierto de concebir una ciudad viva, donde muchos de los edificios recobrados volvían a sus funciones originarias, en beneficio de los pobladores del llamado casco histórico.

Quién no se impacta cuando recorre la calle de los Mercaderes, espejo del rescate de la tradición, cuando se tropieza con la Casa del Chocolate, la Perfumería Habana 1791, Marcopolo, la de las especias... Aquello no es fruto de la mente del comerciante, sino del hombre de cultura que es. Eso se lo agradecemos, sobre

todo quienes conocimos La Habana Vieja cuando se estaba cayendo a pedazos.

Leal ha sido una de esas personas que nunca ha descansado, y por eso año tras año uno veía y ve la transformación de su espacio vital. Naturalmente, interactuábamos mucho más en aquellos días donde éramos pocos los que teníamos ese tipo de preocupaciones por el patrimonio. Con el tiempo nos distanciamos, pero yo le sigo teniendo el mismo afecto que le tuve a aquel joven, por lo emprendedor que era y lo mucho que ya entonces amaba a su ciudad.

Hoy, cuando cumple nada menos que setenta y cinco años y medio siglo de faena, él no se conforma, y extiende su fuerza salvadora más allá de los límites de ese ámbito, porque su escenario es La Habana y es Cuba.

Eusebio Leal se expande, no diría como la verdolaga, porque eso sonaría negativo, pero como la brisa sí...

MARÍA ELENA JUBRÍAS  
Profesora, historiadora y crítica de arte  
(Cuba, 1930)

## LEALTAD Y CONOCIMIENTOS



**C**onocí a Eusebio Leal Spengler hace tantos años que hemos perdido ambos la cuenta que va más allá de estrechos vínculos familiares.

Con su persona me ha sido siempre fácil la comunicación dado su interés en la historia patria y, en especial, con esta nuestra Habana a la que Leal está muy ligado desde los tiempos en que muy joven trabajó bajo la mirada atenta de Emilito Roig, fundador de la Oficina del Historiador de la Ciudad en 1938.

Eusebio Leal ha sido el continuador de esos empeños, acrecentados ahora con la solera de los años. Tanto es así que se le identifica siempre con La Habana, y a esta maravillosa ciudad con su persona.

Leal hace honor a sus apellidos: pues es muy fiel por su lealtad y muy Spengler por sus conocimientos.

ZOILA LAPIQUE BECALI  
Investigadora, bibliógrafa y ensayista  
(Cuba, 1930)

## SU OBRA INAGOTABLE



**S**e detiene en una esquina delante de una montaña de escombros y basura, donde reinan las moscas y las ratas. Varios vecinos se acercan enseguida. Algunos le hablan sobre la poca disciplina en el barrio, otros se quejan de la falta de agua, de la ciudadela con peligro de derrumbe; solo problemas.

Critican, denuncian, pero todos le hablan con respeto. Y con cariño.

Su autoridad no proviene de su figura. Es de baja estatura, magro de carnes; el cabello negrísimo, cortado convencionalmente. Lleva camisa y pantalón grises, anodinos, pero ya convertidos en un símbolo.

Es su voz y lo que dice. Dulce, pero fuerte; melodiosa y cálida, esperanzadora y convincente. Es también la luz de su mirada.

De día organiza, dispone, atiende mil y un detalles, acarrea carretillas con viejos adoquines o rescata de las ruinas una exquisita escultura, y de noche descifra los laberintos políticos y humanos del *Diario perdido* de Carlos Manuel de Céspedes. Mueve tras sí cientos de personas a quienes ha ido enseñando a «Andar La Habana», a entenderla y amarla.

Conversa con todos; escucha, pregunta, responde. Critica con dureza y puede llegar a ser un látigo en espacios



menos públicos. Ve levantarse en esa misma esquina hoy llena de escombros, una escuela, la sede de una compañía de danza, una residencia protegida para ancianos, un hogar materno... Muchos lo tildan de soñador, o de loco. Pero ha comprometido a otros tantos con sus sueños y sus locuras.

Así debió de andar Martí, juntando voluntades, en Tampa, Cayo Hueso y Nueva York.

Le precede la fama de su oratoria erudita y metafórica, pero ya ha demostrado que lo que propone, se puede hacer.

El Museo de la Ciudad, antiguo Palacio de los Capitanes Generales, fue la primera batalla de una guerra que se vislumbraba larga y tortuosa. Allí, literalmente con sus manos, rodeado de viejos maestros constructores y jóvenes enamorados de la idea, trazó la ruta del rescate material y espiritual del Centro Histórico de la ciudad.

Luego vinieron otras obras, y un plan general cuya realización le llevará toda la vida.

Junto al desafío enorme de lo que siempre le falta por hacer, ha enfrentado no pocas incomprendiones; la envidia, la traición y las debilidades de algunos que no supieron estar a su altura. La fidelidad a sus principios, a sus creencias, a Cuba, es su estandarte.

Confía en los jóvenes, de quienes se rodea. Los estimula, los reta, los responsabiliza con la realización de sueños comunes, con tareas colosales; los educa con el ejemplo, con la palabra que traduce lo que el corazón dicta. Los enseña a ir al pasado para transformar el presente y vislumbrar el futuro.

Quiere amar, estudiar, escribir... hacer mucho más de lo que cabe en veinticuatro horas, y le roba al sueño y a la salud.

Se le han otorgado los más altos honores académicos, en su país y en muchos otros; ha merecido cientos de distinciones y condecoraciones; ha recibido a reyes, presidentes, escritores, artistas y celebridades de medio mundo, pero posiblemente no haya mayor placer para él que caminar bien temprano en la mañana por las calles de La Habana Vieja —la más querida entre sus novias— y recibir la bendición de una anciana o estrechar la mano callosa de un constructor.

Hace algo más de veinte años, un ya no tan joven científico devenido fotógrafo se le acercó para pedirle unas palabras para su primer catálogo. Las escribió deteniéndose en las texturas de las piedras, la belleza de las plantas y de los animales, el espíritu de la gente y sus casas, y de lo que vislumbraba que podría venir como fruto del esfuerzo y la dedicación.

Aquellas palabras no solo llenaron de emoción al fotógrafo, sino que le sirvieron de acicate y guía; le impusieron compromiso y deber. Vinieron otras, dichas o escritas, en inauguraciones y libros. Como aquellas primeras, estas que le dedico renuevan mi compromiso. Y son el íntimo testimonio de mi respeto a su obra inagotable, a su ejemplo de constancia y entrega.

Gracias, Leal.

JULIO LARRAMENDI  
Fotógrafo, profesor y director editorial  
(Cuba, 1954)

## EL ESPÍRITU BATALLADOR



**A**travieso la línea invisible de los recuerdos y los misterios del pasado se develan con febril encanto. De la mano de Juan Moreira llegué a La Habana Vieja, a una de sus casonas más celebres, Mercaderes núm. 2, donde un grupo de artistas, escritores y poetas habitaban en lo que fueron oficinas y bufetes de abogados, y donde José Martí forjó amistad con Juan Gualberto Gómez en días de incertidumbre y esperanza.

El tiempo ha pasado, pero conservo el recuerdo de aquellos días felices y de un personaje que pronto fue también mi amigo y mi primo muy querido. Nuestra puerta siempre estaba abierta y con el café listo para escucharlo hablar de las recién iniciadas obras de restauración y de los proyectos que, como sueños, compartía con nosotros: las historias fabulosas que se iban dando a conocer con cada excavación, con cada carta o documento encontrado o donado por tantas personas que compartían con él ese espíritu batallador, que fue lo que hizo posible que el sueño se hiciera realidad.

Fueron años de belleza, de ir forjando los valores de la amistad, de entender las riquezas de cultivar con el conocimiento el espíritu y el intelecto. Las horas volaban cuando con vecinos y amigos nos reuníamos un

día a la semana en el Anfiteatro de La Habana Vieja, para escuchar el encanto de la ciudad redescubierta, palpar la historia y filosofar sobre las cosas y las gentes, no solo de ese rincón de la ciudad de La Habana, sino de Cuba, de sus guerras de independencia. Llegar guiados por su voz suave pero de acento grave y profundo, a la esencia misma del alma nacional.

Eusebio es un hombre de apariencia fuerte, pero de espíritu delicado, sencillo; amante de lo bello, ya sea un paisaje, una obra de arte, un poema o una bella mujer.

Todos hemos vivido el milagro junto a él y a esas personas maravillosas que forman su oficina, donde visión y creación hallan espacio y aliento.

Las voces de la ciudad me sorprenden aún, su dinámico aliento inunda sus calles, sus plazas; su gente se funde con el esplendor de las tradiciones, del presente, para ir construyendo el futuro infinito de la ciudad renacida.

ALICIA LEAL

Artista de la plástica (Cuba, 1956)

## EL MÁS LEAL



**A** mediados de los años noventa del pasado siglo las cosas en Cuba andaban de mal en peor, puesto que el desplome del llamado campo socialista y el riguroso bloqueo/embargo del gobierno de los Estados Unidos contra la isla, hacían punto menos que un verdadero infierno para la vida de los cubanos.

Era La Habana de los largos apagones y las grandes escaseces en medio de una tiniebla reinante –en pleno período especial– que solo el optimismo, la capacidad de resistencia y la voluntad de hierro del pueblo cubano y de sus líderes, con Fidel Castro en primera línea, hacían pensar que la pesadilla en que se vivía entonces tendría un final feliz, al vislumbrarse una tenue luz al final del túnel.

Acompañado de mi esposa Miriam llegué a La Habana una tarde de caliente verano en aquellos días aciagos, sin otro objetivo que testimoniar mi absoluto respaldo moral a la Cuba sufrida que en momentos difíciles no podría darnos otra cosa que compartir con nosotros su dolor, sudores y lágrimas.

Después, han sido incontables los viajes.

Una noche veríamos a Fidel en visita privada, en compañía de Alfredo Guevara, mi gran amigo de los tiempos universitarios, y de Eusebio Leal, que me había citado esa

misma tarde para un conversatorio previo en la Oficina del Historiador de la Ciudad, situada entonces en la Avenida del Puerto de la capital cubana, precisamente ubicada frente al muelle marineró donde hoy atracan los barcos de cruceros turísticos.

Ya en su despacho tuvimos que esperar unos minutos por Leal, quien se encontraba en un salón de trabajo aledaño a su oficina, atendiendo unos asuntos urgentes con Cary, su secretaria durante los últimos veinte años, una diligente mujer de mi estima muy especial, por ser ella coterránea mía, puesto que ambos habíamos nacido en el pueblito villareño de San Antonio de las Vueltas, que dicho sea de paso, es también la tierra natal de mi pariente José Ramón Machado Ventura, Segundo Secretario del Partido Comunista de Cuba.

En la espera, haciendo tiempo, tomé de una mesa cargada de papeles de trabajo un hermoso libro aún con su tinta fresca, recién salido de la imprenta. Todavía no estaba en circulación. Era una de las tantas obras escritas por Fidel en su fecunda vida de protagonista y testigo de la historia. Abrí el libro con gran curiosidad ante lo desconocido y en su página primera estaba la dedicatoria del autor que decía en letra firme y concisa: «A Eusebio, el más leal». La rúbrica era de Fidel Castro Ruz.

Ahora repito con Fidel: A Eusebio, en homenaje por su setenta y cinco cumpleaños; al más leal, que en su apellido lleva su más preciada virtud.

De su siempre amigo,

MAX LESNIK  
Periodista y político (Cuba, 1930)

## UN FÉNIX INDESTRUCTIBLE

---

**C**orría el año 1967 y yo regresaba de Praga... Tras años de estudios especializados, me aguardaba un encuentro que sellaría una amistad de medio siglo.

Mi padre, asiduo a la Oficina de Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad, había encontrado allí a un joven muy entusiasta y trabajador al que debía conocer, pues estaba empeñado en obras de investigación arqueológica y rescate patrimonial en el edificio del Palacio de los Capitanes Generales (entonces Ayuntamiento de La Habana), donde estableció su primer «cuartel general».

Nos encontramos por primera vez en casa de nuestro amigo común, el restaurador Ángel Bello, también venido de Praga y, desde el primer momento, trabamos un constante intercambio de experiencias, todos entregados de alguna forma y con nuevas ideas a la «restauración» arquitectónica de la ciudad y del patrimonio en general.

Muy pronto me abrió las puertas de su casa –entonces un apartamento en la calle Hospital–, donde vivía junto a su primera esposa, sus dos hijos pequeños y su madre, Silvia Spengler. Conocer a Silvia fue un impacto que duró hasta el fin de sus días: una mujer excepcional,

enjuta, de un temple particular, que se había echado auestas a su único hijo para formarlo en una ética muy profunda, donde el trabajo, el estudio y la dignidad humana eran las premisas.

Desde entonces, se forjó una amistad que algunos momentos nos mantenía muy cerca; en otros, con menos frecuencia, pero siempre primaba algo que ha sido divisa de Eusebio Leal y de él aprendida: la lealtad y la fidelidad.

Después le llegaron los años universitarios, que al decir de algún condiscípulo, no le fueron fáciles. No se adaptaba a la rigidez de ciertas disciplinas académicas, tratándose de una mente dinámica, de un poseedor de vastos conocimientos y cultura. A la vez, continuaba fraguando el proyecto de La Habana Vieja, en lo cual nunca se detuvo, y ya era un joven que prometía un gran futuro, como nos comentaran Lilia Esteban y el propio Alejo Carpentier en su casa en París.

En medio de este fragor indetenible, surgieron algunas diferencias –no contradictorias– con otras instancias culturales; no de principios, sino de métodos. Por avatares de trabajo, yo estaba un poco en el vórtice de esta «tormenta», y ya en los años noventa esas diferencias se agudizaron. Fue cuando Leal me dijo algo así, que definió mi rumbo laboral a partir de entonces: «no se puede servir a dos soberanos a la vez».

Comencé oficialmente a trabajar en la Oficina del Historiador, a colaborar y contribuir con el proyecto del Centro Histórico, sin faltar jamás a la fidelidad a



quien había resultado decisiva en mi formación profesional y todo mi trabajo.

La acción de Leal había ido más allá de rescatar un espacio urbano, importantes edificios y un patrimonio disperso en peligro de desaparecer. Su proyecto situaba en el centro al hombre –al estilo del Renacimiento– como protagonista de todo empeño social, convirtiendo su acción en un ejemplo excepcional. Su concepción del rescate de la ciudad histórica no podía reducirse a una cuestión física, no podía ser otra que la solución de agudos problemas sociales acumulados por décadas; era necesario fortalecer el sentimiento de identidad de sus habitantes, estimular el sentido de pertenencia, fortalecer sus raíces...

En ese empeño siempre tuve la certeza de su actuar con plena conciencia del espacio como «intérprete de la arquitectura» (Bruno Zevi) y su manejo integral de los fenómenos históricos y culturales y respecto a la historia. Me permito recordar una conferencia suya en Santiago de los Caballeros, República Dominicana, en la cual transportó a todos, magistralmente, a un espacio sin tiempo en que hizo coincidir a ambos héroes nacionales: Juan Pablo Duarte y José Martí, quienes nunca se habían encontrado.

Y es que junto a sus extraordinarias virtudes personales, su profunda y nada dogmática cultura le permiten entrelazar conceptos, personajes, hechos históricos y crear, desde la realidad, un mundo maravilloso y real a la vez.

Habría mucho más que decir. Algunas reflexiones personales me permiten hablar de Eusebio Leal no solo como hombre de acción y de cultura, hacedor de una obra muy particular, sino de su nobleza, manifiesta –como mencioné antes– en la amistad, la fidelidad, el amor y el culto a la belleza. También en la confianza que de modo proverbial deposita en sus colaboradores, desgraciadamente no siempre apreciada como es debido por todos los que la han recibido; y esa es su obra, y ha logrado que todos se sientan partícipes y protagonistas.

En tiempos difíciles, en que a veces faltan principios éticos y morales, ahí ha estado él, siempre en una encarnizada defensa de principios con su ejemplo personal, creciéndose ante las adversidades y renaciendo siempre en un gesto de Fénix indestructible.

Recuerdo la tarde memorable del 18 de mayo de 2005, Día Internacional de los Museos, en el Memorial José Martí, cuando las discrepancias parecían llegar a un punto crítico, pero la grandeza de dos personalidades, enrumbadas en un mismo empeño, supieron sellar una amistad nunca rota, en un abrazo.

Esa grandeza de espíritu, una de las muchas cualidades de Leal, ha calado muy hondo en todos los que lo conocemos de veras y es algo que hay que apreciar y valorar en su justa dimensión.

Poco después vendría el proyecto del edificio en que estuvo el antiguo Convento de Santo Domingo que él, con esa visión más allá de todo horizonte cercano, supo

visionar, orientar y dirigir con su sentido histórico siempre jalonado por el binomio tiempo-espacio. Y, al mismo tiempo, en su condición de Presidente del Comité Cubano del ICOM (Consejo Internacional de Museos), organización a la que prestigió durante tres años, emprendió la recuperación del edificio –ya rescatado en los albores del siglo xx por el arquitecto Leonardo Morales– destinado a dotar por primera vez al ICOM e ICOMOS (Consejo Internacional de Monumentos y Sitios) de una sede propia en espléndidas condiciones.

Mucho más se pudiera decir de este hombre que acumula tres cuartos de siglo de vida, pero me he permitido, desde una perspectiva personal, vivida a lo largo de cincuenta años de amistad y fidelidad, comentar brevemente ciertos momentos que dejan una huella indeleble en los que hemos tenido el privilegio de contarnos, en alguna medida, entre sus «colaboradores».

JOSÉ LINARES FERRERA (PEPE)  
Arquitecto, museógrafo e investigador  
(Cuba, 1940)

## UN GUÍA BÍBLICO

---

**H**ay muchos motivos para admirar a Eusebio, y más aún para quererlo. Yo lo quise desde el momento en que lo vi aparecer por una esquina de la Plaza de la Catedral con su traje gris de faena y gafas, con su aspecto de sabio y su aire de niño aplicado con todo. Fue poco después de que La Habana Vieja quedara inscrita como Patrimonio Mundial, hecho casi inverosímil cuando uno percibía el estado ruinoso de la mayor parte del casco urbano que circundaba a los pocos edificios hasta entonces rescatados.

«Es el Historiador de la Ciudad», me dijo Alfredo Guevara quien, como embajador de Cuba ante la UNESCO, me había invitado a observar la imponente obra de salvamento realizada por el personaje que ahora tenía frente a mí. Unas cuantas frases del joven de voz profunda y pausada bastaron para develar las proezas realizadas y me hicieron comprender que estaba yo frente a un demiurgo, un ser con poderes sobrenaturales.

En primera instancia, observarlo en ese contexto evocador de grandezas pretéritas, aferrado a la idea de preservar la memoria navegando a contracorriente, al revés de aquellos que preferían pensar en un futuro sin

huella del pasado era, de espaldas a cualquier proyecto utópico, algo casi surrealista. El flechazo fue súbito y despertó en mí la curiosidad por desentrañar los misteriosos mecanismos que mueven a aquellos locos que se han echado a cuestras empresas propias de un círculo.

En este caso, el rescate del patrimonio cultural cubano significaba eso: una hazaña inimaginable en las circunstancias por las que atravesaba el país a finales de los años ochenta. Tal vez por eso formulé un deseo en voz baja imaginando que acaso algún día podría yo, cual contrafuerte catedralicio, acompañar al Historiador desde mi posición, en la realización de su ímproba tarea. El destino me ayudó, porque al poco tiempo regresé a trabajar a Cuba por cuenta de mi Organización Internacional.

Feliz periodo en el cual pude fortalecer mi amistad con ese ser excepcional de alma insondable cuya vocación se definió en medio de los más tremendos dilemas. Se nota que desde edad temprana se debatió entre la fe y la razón, entre las disyuntivas que plantean el bien y el mal, entre las encrucijadas que impelen al individuo a liberarse de los pantanos maniqueos para finalmente abrazar la complejidad del mundo.

Pienso que Eusebio libró muchas de esas batallas y que de ahí nace ese sano equilibrio, esa serenidad que demuestra; que de ahí emana su entendimiento de la condición humana y de sus circunstancias sociales. Sin el hálito espiritual que lo anima le hubiera sido imposible realizar la titánica labor que ahora se ve por todas partes y que se

considera como algo muy natural. Obtuso de mente quien no se dé cuenta de que entonces, al inicio, su mensaje profético cayó en el vacío y de que hoy, después de medio siglo y con los espléndidos resultados, muchos siguen sin entender la trascendencia del fenómeno.

Sobresale en Eusebio su amor por la belleza y su capacidad de reconstruir lo que otros destruyen. Es un creador. Destila esa sabiduría libada de Silvia, de las enseñanzas que supo cosechar en la escuela, en la iglesia y en todas partes en donde abrevó las primeras nociones de humanidad. En su pasaje por esos crisoles de vida supo descifrar los primeros signos de la sujeción, pero también los llamados de la libertad. Supo también discernir por dónde avanzar sin importar los obstáculos.

Ser libre en medio de todas las ataduras y condicionantes propias del tiempo histórico que le tocó vivir: he ahí su valor. Y esa libertad no se ha visto menguada bajo ningún pretexto, antes bien se ha abierto paso sin prescindir del rigor ético y la disciplina que lo guía impidiendo cualquier salida fácil que no sea la realización de su gran utopía.

Muchas cosas más hay que destacar de este personaje tan plenamente humano, tan presto al disfrute de las exquisiteces que satisfacen los más refinados sentidos y tan dispuesto a las mayores pruebas de estoicismo propias de un anacoreta.

Es fascinante verlo transcurrir por las calles de su amada ciudad rodeado de niños y de ancianos que en él reconocen, más que a un benefactor, a un amante

patriarca, a un guía bíblico. Fascinante también observarlo en medio de la gente de mundo, de los curiosos llenos de preguntas acerca de su obra, de sus libros, de sus discursos, de sus doctas disquisiciones sobre historia universal. Fascinante igualmente verlo con la gente de la Iglesia —más bien de diferentes iglesias—, deslumbrante con su enorme cultura y su incomparable memoria. Y por encima de todo, fascinante constatar con qué férrea voluntad ha plantado cara lo mismo a la enfermedad física que a los detractores virulentos que nunca faltan.

*Mensaje de cumpleaños:*

Gracias a esos desplantes contra la adversidad, querido Eusebio, sigues aquí con nosotros. De las crisis brota el genio y tú has sabido sortear todas las tempestades para dar lo que has dado a tu amado país. Por eso, como dijo un gran maestro de la antigua Alejandría: «cuando el alumno está listo oye la voz del maestro», y tú lo estuviste a pesar de todas las calamidades.

La obra realizada por ti para salvar el patrimonio cultural de Cuba es inconmensurable, pero más trascendente aún es el mensaje universal que con ella dejas para las futuras generaciones: acogerse a la belleza, a los altos valores como la justicia y la libertad, apartarse de los dogmas, rehuir los extremos y los prejuicios maniqueos. Tú has sabido hacer todo eso y el mundo lo sabe.

Mis abrazos te acompañan.

GLORIA LÓPEZ MORALES  
Escritora, periodista y diplomática  
(México, 1940)

## LA EJEMPLARIDAD



**C**onozco a Eusebio Leal desde el año 2003, cuando vino a Toledo para recoger, de manos del Rey Juan Carlos I, el premio que le había otorgado la Real Fundación de Toledo, que yo presidía, por su extraordinaria labor como Historiador de La Habana, ejemplo universal de cómo conservar viva una ciudad histórica. Conocíamos, como es natural, su trayectoria, y quisimos destacar la trascendencia de su proyecto y sus realizaciones, cuya vigencia, bajo su mandato, llega hasta hoy.

Aquel fue nuestro primer encuentro. Vino a Toledo y nos reunimos en nuestro Cigarral de Menores, a la sombra de los olmos centenarios que acogieron, en el siglo pasado, a los máximos exponentes de la Edad de Plata de la cultura española: Unamuno, Cossío, Ortega, García Lorca, Pérez de Ayala, Aleixandre, Falla, Cela... que acudían, convocados por Marañón para soñar y comprometerse con un futuro mejor para España.

En ese lugar histórico mantuvimos Pili Solís, mi mujer, y yo, con Eusebio, una primera y larga conversación, enlazando tema tras tema, surcando las aguas de la cultura, de la historia, y también de nuestra propia intimidad personal, lo que permitió, como en un



flechazo amistoso, sentirnos verdaderamente amigos desde aquel inolvidable momento. Porque, como Montaigne, Eusebio, quien ha hecho tantas cosas a lo largo de una vida plena, puede decir, al igual que el ensayista francés, que «nada sé hacer mejor que ser amigo». Su personalidad trasciende inteligencia y bondad al tiempo, y destila la profunda cultura de un sabio y la autenticidad de sus planteamientos políticos, intelectuales y vitales. Desde el primer instante nos inspiró el sentimiento de querer ser, para siempre, amigos suyos. Y así, aquel fue el inolvidable comienzo de una gran amistad que para nosotros ha sido, y seguirá siendo siempre, inmensamente valiosa.

En dicha ocasión, Eusebio Leal, que conoce la historia de España como el mejor de nuestros historiadores, cuando descubrió que Pili es tataranieta del General Martínez Campos, le explicó de tal manera cómo irradió la personalidad de su ilustre antepasado en Cuba, que de aquella lección surgió, años después, la tesina doctoral de Pili, titulada precisamente «Martínez Campos y Cuba», cuyo primer ejemplar fue, naturalmente, para Eusebio.

A su regreso a Cuba Eusebio nos escribió un precioso testimonio de su sensibilidad: «En el Cigarral pasé uno de los momentos más gratos, no solo de mi viaje a España sino de toda mi vida. Gracias por ello, por el espíritu del jardín, por la fuente y por aquel rincón de la biblioteca donde está viva la memoria de uno de los grandes genios de la hispanidad».

Aunque yo conocía Cuba de antes, los viajes que estamos haciendo Pili yo, con nuestros hijos, de la mano de Eusebio, están siendo un verdadero camino de iniciación que, afortunadamente, prosigue.

Entre los recuerdos, siempre vivos, de estos viajes, figura el improvisado recital que Rocío Márquez, la mejor voz del nuevo flamenco, que es como de nuestra familia, ofreció en el centro de ancianos de La Habana al que nos llevó Eusebio, siendo su voz correspondida como un coro por el son de los entrañables residentes que la escuchaban emocionados. Como contraste, luego nos llevó a la sala de ensayos de un prestigioso conjunto danzario, regalándonos el privilegio de asistir a esos primeros movimientos de un nuevo espectáculo, cuando la libertad creativa se traduce en cada paso y en cada gesto.

También una comida que Pili y yo mantuvimos con Eusebio al interior del Convento de Santa Brígida: la manera que tenían aquellas monjas de tratarle evidenciaba una profunda y significativa relación. Tampoco olvido la imagen de Eusebio, sin más acompañamiento que el nuestro, con su paso vivo, guiándonos por las calles de la ciudad y siendo interrumpido a cada instante por sus conciudadanos, que le saludaban con tanto respeto como cercanía, evidenciando la admiración y el cariño que sienten por él. La visita de su mano a la Capitanía en la cual Martínez Campos tuvo su residencia, fue también una experiencia única: nos sorprendió que Eusebio nos llevaba desde lo más importante hasta las vajillas que adornaron las mesas de los capitanes

generales, en un testimonio tan suyo de que todo tiene interés y enseña.

En estos recuerdos de ida y vuelta, también figura la inolvidable conferencia que pronunció Eusebio en la Fundación Ortega-Marañón, entre el entusiasmo de profesores y alumnos, donde desde entonces siempre se aguarda su regreso.

Eusebio forma parte de la historia de Cuba, aunque con su natural discreción lo intente difuminar entre veladuras. Afortunadamente, aún sigue haciendo historia. Por ello, el Rey Felipe VI le ha otorgado una nueva Gran Cruz, la de Isabel la Católica, que se añade a la que ya tenía de Alfonso X el Sabio. Estas condecoraciones conllevan dos nombres capitales de nuestra historia. Y si una personifica el mayor reconocimiento en el ámbito de la cultura, la otra lo hace en el de las relaciones internacionales. Ambas premian, en definitiva, su ejemplaridad.

Para quienes nos sentimos tan identificados con él que compartimos hasta el año de nacimiento, estos reconocimientos nos enorgullecen como si fueran propios porque Eusebio, de alguna manera, forma parte de nosotros mismos.

GREGORIO MARAÑÓN  
Historiador, abogado, académico y empresario  
(España, 1942)

# POLIFACÉTICO INTELECTUAL



*Nos quedará la palabra  
Blas Infante*

## A EUSEBIO LEAL, AL CUMPLIR 75 AÑOS

■ Qué acierto recopilar estos mensajes –*¡scripsi, scripsi!*– a quien tanto reconocimiento merece por su formidable labor desarrollada durante una trayectoria humana y profesional excepcional!

Eusebio Leal, leal siempre, nunca sumiso, como son los leales genuinos.

Eusebio Leal, polifacético intelectual, coherente, capaz de proponer y de actuar a continuación.

Habiendo superado momentos difíciles en su salud cumple ahora 75 años de edad... y 50 (!) de historiador.

Doctor en Ciencias Históricas y Maestro –esta es la denominación más apropiada– en Arqueología y en Estudios sobre América Latina, el Caribe y Cuba. Director del Programa de Restauración del Patrimonio de la Humanidad-UNESCO, especialmente del Centro Histórico de La Habana, y del Museo de la Ciudad.

Como escribía Fernando Ravsberg en 2016, «el Doctor Eusebio Leal es oficialmente el Historiador de La Habana, pero en realidad es mucho más que eso: es su

restaurador mayor, una especie de mago que convierte ruinas en palacios y solares (miles de familias alojadas) en viviendas. De su mano, La Habana Vieja se transforma en una “ciudad bella”, teniendo a sus pobladores como principales beneficiarios».

Imposibles ayer, realidades hoy. Creo que deben destacarse las actividades formativas que, a través de Escuelas-Taller han permitido a muchos jóvenes (más de mil) aprender los oficios propios de la restauración, incluidos algunos «oficios olvidados». Y la adecuación de hogares maternos, centros para niños discapacitados...

Nunca olvidaré cuando, como Director General de la UNESCO, tuve la ocasión de ofrecerle en La Habana, para expresarle la gratitud de la Organización, la Medalla de Oro de la Orden de Víctor Hugo. En el mismo acto, a su amigo Alfredo Guevara, fundador del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), le ofrecí la Medalla de Oro de Federico Fellini de la UNESCO... Coincidí más tarde con ambos en alguna ocasión, en compañía del gran Gabriel García Márquez...

Eusebio Leal considera «imprescindible» la relación entre ciudad y naturaleza: «que los hombres que soñamos libres sepan disfrutar de la libertad a pulmón abierto, y con la naturaleza y no contra ella»...

«Mi voz es la de un guardián del espíritu, la de un defensor de las piedras y de todo aquello que por momentos parece que cederá al paso inexorable del tiempo»... «La memoria es el máspreciado y excelso privilegio», concluyó.

En su libro *La luz sobre el espejo* —con varias ediciones ya—, interesantísima recopilación de discursos, intervenciones y artículos, escribe que «sólo la palabra... es capaz de expresar criterios y emociones, certezas y convicciones». Otras publicaciones que deben destacarse como trazos específicos de su semblanza son *Legado y memoria* y *Carlos Manuel de Céspedes. El diario perdido*

«A los cubanos —ha proclamado pausadamente, sosegadamente, lúcidamente—, no se nos pedirán cuentas de lo que se nos quita sino de lo que no hicimos».

Toda su vida puede resumirse en el título de una de sus obras: *Fundada esperanza...* Gracias a quien la tuvo desde el primer momento del desempeño de su crucial labor, hoy celebramos el ubérrimo balance de su actuación.

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA  
Científico, profesor, escritor y político  
(España, 1934)

## UN ARTISTA APASIONADO



**C**uando era muy joven yo vivía en La Habana Vieja, en Mercaderes núm. 2, lugar conocido como «el solar de los intelectuales», ya que confluíamos artistas que no solo tenían sus viviendas sino también sus estudios. Ahí conocí a Eusebio Leal, pues acostumbraba a visitarnos con frecuencia, dado que su interés por el arte y los artistas es de toda la vida.

En mi estudio solíamos tener largas charlas acompañadas por café, donde surgían temas sobre lo que estaba pasando en La Habana o sobre lo que estaba yo creando en el momento, charlas que fueron la consolidación de lo que ha sido una larga amistad. En ese tiempo, Eusebio también daba unas magníficas conferencias sobre restauración de La Habana Vieja en el Anfiteatro, en las cuales yo formaba parte de la multitud espectadora.

Admiro mucho la labor que ha realizado como Historiador de la Ciudad; ha sido una labor de titanes, o más bien la labor de un artista apasionado, y su obra maestra ha sido la esplendorosa Habana Vieja que todos disfrutamos ahora. Logros que no surgieron de la nada, sino de la visión aguda de este hombre que ha sabido darle importancia a la cultura y que además ha

logrado involucrarnos a los artistas y hacernos cómplices de su pasión.

Soy de los que piensa que todo el mundo nace con un don y en mi opinión el de Eusebio es el don de la palabra. Su oratoria es majestuosa, pero sobre todo comprensible y capaz de llegar a todos. Por esto lo considero un gran comunicador y más que eso un gran maestro, pues cada discurso magistralmente ejecutado está fundamentado en una profunda investigación.

Eusebio Leal es un hombre que ha marcado pauta en nuestra historia, por sus investigaciones; por su trabajo tan humano, ya que su labor de restauración no solo ha consistido en revitalizar edificios, sino que ha revitalizado a su pueblo, con sus programas de las Aulas-Museos logrando que las nuevas generaciones valoren la importancia del medio en el cual viven; además del programa de restauración de viviendas.

Ha sido un maestro para varias generaciones de habaneros y cubanos, porque ha logrado transmitir su amor por la historia de Cuba y por la ciudad a todos.

Contar con su amistad es un honor, pues es un hombre sencillo, cercano a todos los que lo rodean: su familia, amigos, habitantes de La Habana Vieja... Lo que lo hace un hombre de grandes valores y fiel a su país.

JUAN MOREIRA  
Artista de la plástica (Cuba, 1938)



## SU SENTIDO DE LA FRATERNIDAD HUMANA



**V**i asomar su camisa de trabajo, color gris, mientras buscaba la sombra de los portales para poner en práctica una encomienda de Nicolás Guillén. Tenía que entrevistar para *La Gaceta de Cuba*<sup>1</sup> a Eusebio Leal, joven historiador quien por aquellos días ya había sido nombrado al frente de la legendaria Oficina del Historiador de la capital. Como bien conocemos, dicha Oficina había sido regentada por el fogoso Emilio Roig de Leuchsenring, una figura excepcional en la historia de las humanidades cubanas, particularmente de su historiografía.

Pasaron algunas décadas. A la vuelta de aquel tiempo, la fábula de Eusebio Leal –nacida por aquella época– alcanza hoy las más legítimas proporciones. Son varios los aspectos que la han alimentado para convertirlo, en el seno de las comunidades urbanas de la capital, en su más popular benefactor.

Lo vi cargar, con sus manos de seminarista, piedras enteras, tablas y hasta enormes maderos para contribuir

<sup>1</sup> Órgano de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Mi entrevista a Leal, titulada «En el Museo de la Ciudad», fue publicada en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, No. 119, enero de 1974.

así al mejoramiento de la ciudad. No solo el mejoramiento material ha estado en sus propósitos. Es proverbial su desvelo por la proclamación de un sentido de la justicia social ejecutado por su decisivo esfuerzo personal. Lo hemos visto crear las mejores bases de recreación para niños y jóvenes en el duro bregar de nuestro verano, y crear condiciones insuperables a casas de abuelos, centros de cuidado a la población..., en realidad, un sinfín de dispositivos para el mejoramiento de la condición humana, que es tan importante en lo espiritual como en lo material.

Sin duda alguna, mediante la creación de un cuerpo de investigaciones y crónicas<sup>2</sup>, ha cumplimentado con creces la labor de Emilito Roig cuando esclarece, en su producción escrita, episodios ignorados por la historia oficial de la Isla. Mientras, su pluma erige semblanzas conmovedoras de Carlos Manuel de Céspedes, Máximo Gómez, Mariana Grajales y Antonio Maceo, el Titán de Bronce, Enrique Loynaz del Castillo, así como de Martí, Calixto García, entre otros muchos.

Desplazándose sobre las chinás pelonas de las plazas alledañas, Leal ha sido un devoto de la restauración de las viejas fortificaciones, iglesias y monasterios, monumentos claves de la arquitectura colonial cubana, así como de las obras pictóricas que ornamentaron el insólito ambiente; pero también ha estimulado

<sup>2</sup> Ver Araceli y Josefina García-Carranza: *Eusebio Leal Spengler; Biobibliografía (1942-1997)*. Tomo I. La Habana, Ediciones Boloña, 2012.

la restauración de costumbres significativas de nuestro imaginario como lo es, por ejemplo, la vuelta a la ceiba del Templete, cada año.

Una de las acciones más destacadas en su quehacer es haberse convertido en eslabón viviente entre los cultos religiosos más disímiles, entre ellos, los de origen católico y, junto a ellos, los que han expresado el acervo cultural de origen africano en su vertiente más extendida y popular. Lo recuerdo al inaugurar, en Güines, una maravillosa exposición del artista Manuel Mendive dedicada a expresar la cosmovisión de los santeros cubanos. Allí rememoraba con azoro los diversos cultos a Changó, ídolo de las creencias y prácticas de este tipo en Cuba, afirmando que: «En tierras germanas se le asoció tempranamente al fuego y a la minería. He visto, en hogares y colecciones, imágenes suyas –fundidas en hierro– con una aureola de estrellas circundándole el rostro».

Y luego, añadiría: «Las monjas del Convento de Santa Clara, guardaron celosamente –como un tesoro– una de sus prendas. Ya en nuestro tiempo, el Cardenal Arzobispo precedente obsequiaría el ara –con polvo de sus restos– a la capilla que le sería consagrada en el barrio popular de Párraga, bajo el cuidado del padre Armando Arencibia, primer sacerdote negro ordenado en 1942<sup>3</sup>».

Para Eusebio lo importante son los sentimientos, no las estructuras. Siempre fue así. Ha sido posible para mí percibir esta cualidad suya que lo ha ido transformando en un preferido de las masas en las principales urbes

<sup>3</sup> Palabras al catálogo de dicha exposición, que conservo.

de la Isla. Así lo vemos andar en cualquier latitud del planeta, de un lado a otro, buscando el esencial sosiego de cada día. Su sentido del honor, del deber, de la fraternidad humana en favor de las causas más nobles lo alientan siempre, sobre todo aquellas que han contribuido a cambiar su entorno, favoreciendo al prójimo, a sus iguales, porque es un convencido de que un mundo mejor es posible.

NANCY MOREJÓN  
Poeta, ensayista y académica  
(Cuba, 1944)

# CON ESE CORAZÓN TAN CINCO ESTRELLAS



*No es la fuerza de los nobles  
pensamientos,  
sino su duración,  
lo que hace nobles  
a los hombres.*

*Friedrich Nietzsche*

■ Usted conoce a un hombre de andar ligero, que viste de gris?

—Sí, ese hombre es Eusebio Leal, más conocido por «Andar La Habana», dijo un transeúnte de la vetusta ciudad cuando le pregunté.

«Mi amigo Eusebio es casi magistral. Con su séquito de honrados seguidores levanta todo y lo pone al servicio del arte, de la ciencia, de las grandes obras sociales. Él sufre mucho durante estos últimos años. Como yo, este hombre maravilloso no se resiste a enfermar; la inquietud lo adorna, pero también la razón. Antes de querer a mi hija Claudia como un padrino, yo lo acunaba como un gran amigo, de los que no necesitas visitar para saber que están ahí. Ahora lo quiero mucho más.

La juventud le atrae, al igual que a mí, y tal vez por ello nunca va a envejecer. Hace muchos años añoro

poblar por siempre los parajes de la ciudad vieja, quedar más atrapada entre sus redes, pero lo impide mi hija enferma por el olor intenso a gas que hay siempre en el ambiente. No sé qué ánimo tendré cuando todos estos maravillosos amigos que siempre me han considerado tanto, envejeczan como caguairanes, y queden solo para rememorar los viejos tiempos, aquellos en que era muy fácil tomarse un café barato, comer un dulce, y conversar sobre los nuevos planes, que con poco costo salían a la luz». Hube de escribir este trozo de texto para los lectores de mi libro de poesía *Quién golpea las puertas*.

Al comienzo de los años ochenta tuve la dicha de exponer mis pinturas por primera vez en la galería transitoria del Museo de Arte Colonial con «Ciudades, días y noches». Ahora no recuerdo por qué Eusebio no fue invitado por los organizadores. Yo no lo hice pensando que quizás un hombre importante como él juzgara infelizmente mi obra. Luego pude conocerle y llevarle un catálogo. Una periodista muy ligada a mi proyecto me condujo hasta el Museo de la Ciudad, donde el jolgorio festivo era evidente. Entre el tumulto pude distinguirlo; a empujones llegué, y le conté que exponía en uno de sus museos. De inmediato dijo:

—Iré. ¿Por qué hasta hoy no me invitaste?

A los pocos días estaba él muy expresivo en su programa «Andar La Habana» con la sala de mi exposición como set. Creo que dijo así: Ileana Mulet, como Alejo Carpentier, coincide con que La Habana es la ciudad de las columnas.

Desde entonces comenzó una amistad duradera que no contempla visitas a nuestras casas y largas horas juntos, pero es muy saludable. Nos vemos poco, pero usamos *emails* y, carteándonos, sabemos que estamos. En estos tiempos los amigos se conservan con cariño, con espiritualidad.

«La ciudad habita ajetreada, o lenta. Huelo su cuerpo; hay desorden en los espacios... y los colmo de poesía para calmar la sed del pueblo que plasmó; este aliento ciudadano, despierta los sentidos, y creo palpar olores por entre los nervios de mis pinceladas tocando con la espátula los arcos. Entonces, traspaso sin proponérmelo los límites de la furia de las aguas embravecidas, venzo los posibles barruntos de los hombres y mujeres que parece que perciben esperanzas cual ramas cortadas con cuchillos, y no se quejan»...

*La puerta/ me mira/ destierro inminente de desesperanzas/ hecho/ sufren los barruntos menos dolores a tenor/ del tiempo... La puerta/ abre su brisa/ hasta tocar las nubes contaminadas/ y da riendas a la imaginación.*

De seguro mi amigo elegante y agudo escribe textos parecidos, conociendo que nada ha sido más necesario en su vida que alimentar el amor inmenso a nuestra ciudad, de la cual considero que es «un padre».

En el 2004, con mi salud quebrantada y la incertidumbre sobre la ruta de la educación de mi hija, nada más estimulante que una mano piadosa de un amigo. Tuve a Eusebio ayudándome incondicionalmente. A veces me sorprendía una nota sorpresiva en mi puerta

o un bello ramo de flores en las manos de su amable emisario, que supieron a gloria y aliviaron mis momentos de temores y tristezas. Ese gesto inolvidable dice mucho de su gran humanidad. ¡Dios mío, tengo otros amigos que siempre me reclaman cosas absurdas!

El proyecto del Plato «Colección Habana», finísimo objeto artístico, foliado y realizado en Sevilla, España, fue ideado por Eusebio. Invitó a mujeres de la plástica cubana, y le agradezco el haber sido seleccionada entre muchas creadoras para hacer uno de sus diseños. Las palabras inaugurales del maravilloso encuentro, que se realizó en el Hotel Telégrafo, estaban a cargo de mi amigo, y como conozco de su puntualidad europea, a los diez minutos de su ausencia, tomé el micrófono para decirle al público que no tendríamos la dicha de contar con él... Fue cuando vi en la puerta al hombre de gris, y fui muy feliz ese día. Luego supe que había dejado en su casa los preparativos para la celebración del cumpleaños número cien de su querida madre. Me dijo, disculpándose por la premura: «Vine, porque era mi deber no dejarte sola, pero debo irme con urgencia; mi madre me espera».

«A Ileana la admiro por muchas razones; no solamente por su obra sino por su consagración a la ciudad, a la cual ha dedicado algunos de los trabajos más hermosos de su inspiración. En esta mujer la sustancia se corresponde con ella: no hay bondad, no hay cuestión humana a la cual no presta inmediatamente su mirada y su corazón. Le agradezco a Ileana Mulet por muchas



cosas; porque en momentos difíciles siempre estuvo; porque la recuerdo desde hace mucho tiempo, y la recordaré siempre y la amaré siempre. Quizás valga recordar aquí —flanqueada de la madre y de su descendiente preciosa— aquel verso de Campoamor tantas veces repetido: “las hijas de las mujeres a quien amé tanto, hoy me veneran cual si fuese un santo”», comentó al público asistente.

Con la sustancia de nuestra amistad se puede hacer un caldo de gallinas, un ajiaco, un arroz a la chorrera... Es humana, misteriosa, intelectual, con virtudes y defectos. Jamás traspasamos los límites de la intimidad de los amigos clásicos. Conservo la dirección de su morada, dada por él, por si alguna vez una urgencia me aqueja.

«A este corazón tan cinco estrellas» le dedico un poema sazonado con los ingredientes que más le gustan; calles, gentes, pueblo aguerrido, planes, desvelo, razones, sacrificio sacerdotal:

*Te contemplo  
Habana, mujer verde  
de vellos en los sobacos  
ojivas en tu pubis  
fuertes piernas jónicas o dóricas en las sombras  
que se dibujan  
por entre los postigos  
por entre tus múltiples sombreros  
de tejas unas*

*de maderas otros  
huele a suspiros  
arrullos de nidos  
a coqueteo recién cumplido  
a hembra al acecho  
entre los adoquines dolorosos  
de tus calles  
a oquedades recién abiertas  
a maíz tostado y frituras calientes.  
—Habáname —dice el viajero  
que ha acudido al sortilegio  
y se queda en calzones  
ante la bahía indeteniblemente contaminada  
ante Dios en nubes transparentes  
ante el farol de los quinqués alquitranados  
ante la vanguardia  
del quejumbro memorable  
que tus desvaríos acunan  
«ante cuerpo y alma»  
gesto en atrape del amor  
para comerciar más tarde  
un adiós  
un regreso inminente  
a tus costas sudorosas  
empolladas  
tropezosas  
rompientes  
en movimientos  
sensuales.*

*De buen augurio  
te contemplo a distancia  
Habana, mujer verde.*

Cierro mi discurso dominada por el corazón, con unas sencillas palabras que él mismo escribió para una de mis presentaciones, sintiendo que mi mejor regalo será devolverlas envueltas en un zurrón: «...quien lleva la ciudad en su corazón más que en la retina de los ojos».

ILEANA MULET  
Artista de la plástica y poeta  
(Cuba, 1952)

## DE AMORES ANCESTRALES



**A** Eusebio:  
Te amo porque amo la ciudad que amas, porque amando el país que amamos juntos, también sufro con lo que te quita tu sosiego, que solo te devuelven los muros recompuestos de esta Habana que amamos.

Te amo desde ancestrales amores, pero esa no es suficiente excusa... Yo te amo también por pasión propia.

Muchas felicidades, infinitas... este 11 de septiembre de 2017.

LILIANA NÚÑEZ VELIS (LILO)  
Promotora cultural (Cuba, 1965)

## UNA INSPIRACIÓN EN CADA ASUNTO



**N**o puedo describir qué es Eusebio para mí, porque Eusebio es indescriptible. Como indescriptible también lo que produce en cualquiera de nosotros, los cubanos, que no solo lo amamos, sino que aspiramos a seguir su cauce.

Así que como se trata de un ser extraordinario, casi considero indigno manifestar una simple, breve alusión a sus perfecciones humanas y morales, ahora que, a mis 95, voy perdiendo las fuerzas mientras trato de conservar un poquito la memoria.

Decía que resulta imposible describir lo que él representa para nuestra ciudadanía y para mí en lo personal, y seguro se le achacará a la cercanía que me precio de tener con Eusebio. Pero, si lo analizamos, algo parecido sucede con aquellos que ni siquiera lo han visto de lejos, y solamente les ha llegado el conocimiento de su personalidad, de ese talento sin par, que tiene gran significado hoy y lo tendrá aún más en el futuro.

Es una personalidad excepcional, no solo por lo que como ser humano nos dice su presencia; no solo por la calidad de su obra escrita y oral, sino por la obra total, esa que nos acompaña y nos deleita por su valor,

su sinceridad, su genialidad..., y que no podemos comparar con ninguna otra.

En esta sencilla casa de Tirry 81 –donde tanto y tan seguido se le menciona–, Eusebio Leal es una inspiración en cada asunto de amor, de cultura, de sentimiento profundo.

A veces siento su presencia queridísima en el zaguán, e ilumina mi ámbito sin siquiera él saberlo. Entonces lo bendigo desde mi sillón, que una vez tuvo la suerte de tenerlo entre sus brazos de madera.

¡Gracias por tu presencia, maravillosa criatura, que de tanta felicidad me has colmado!

¡Que Dios te bendiga y que toda la salud sea tuya!

Te ofrece el corazón,

CARILDA OLIVER LABRA  
Poeta y escritora (Cuba, 1922)

## COMO EL AGUA CRISTALINA



**C**on el recuerdo de mi esposo Alfredo Calderón León (Coco), que voló hacia Dios dicto estas líneas. Él me permitió conocer a Eusebio Leal Spengler, sabio entre los sabios de mi entorno y bueno como el agua cristalina.

Perú y Cuba se unieron en esta amistad tan larga y tan bonita.

Eusebio, me encantaría que tus hijos y mis hijos se unieran para continuar esta historia de amistad de sus padres.

¡Feliz cumpleaños!

MARÍA DE ORBEGOSO PONCE DE LEÓN  
(Perú, 1933)

## SU PERSEVERANCIA EN LA ILUSIÓN

---

**C**orrían los años 50 del pasado siglo. Cursaba entonces mis estudios de latín y filosofía en el Seminario San Alberto Magno, de Colón, en la provincia de Matanzas, cuando por vez primera puse atención al nombre de Eusebio Leal. Lo menciona un nuevo seminarista procedente de La Habana, que formaba parte del grupo de jóvenes de Acción Católica, nucleados en la Iglesia del Carmen, en Infanta, alrededor de Ángel de Albear Zúñiga, laico prominente, cuyo nombre y trayectoria sí me eran conocidos. Integrante de aquel grupo era Eusebio Leal, de quien el Dr. Albear resultaba ser, además, padrino. Esto me hizo fijar su nombre e identificarlo después cuando me hablaban de un joven habanero muy activo y entusiasta del grupo juvenil del Carmen.

Terminados mis estudios de Teología en Canadá, a mi regreso a Cuba, conocí personalmente a ese joven, ya en sus veinte años. Me fue presentado a mí, cura también veinteañero entonces, aunque con algunos años más que él. Fue en uno de mis viajes a La Habana cuando estreché por vez primera la mano de aquel joven alegre y comunicativo, quien no demoró en mostrarme su entusiasmo y amistad hacia el grupo de sacerdotes



que en los años 1963 y 1964 habíamos retornado a Cuba al término de nuestros estudios, y me lo hacía saber citando los nombres de Carlos Manuel de Céspedes, Alfredo Petit, Pedro Navarro y Luis Casabón, incluyéndome al mismo tiempo en ese grupo.

Esto despertó en mí una simpatía recíproca, pues no eran pocos los antiguos amigos que nos decían: «pero, ¿cómo volviste? ¿cómo no te quedaste?».

Así nació nuestra amistad, marcada por el aprecio de Eusebio a nuestro servicio a la Iglesia y a nuestro pueblo. Además, conocerlo vino a reafirmarme en ese camino de pasos cortos y mirada larga en que estaba viviendo mi sacerdocio en la diócesis de Matanzas. Lo hice primero en parroquias del campo durante seis años y después como párroco de la Catedral en los últimos nueve años, antes de mi elección al episcopado.

Simultaneaba entonces mi ministerio pastoral con el servicio profesoral al Seminario San Carlos y San Ambrosio, adonde venía una vez por semana, cada miércoles, a brindar cursos de Teología Moral. Allí encontré con cierta frecuencia a Eusebio Leal, envuelto siempre en historia y cargado de futuro. Aunque a través de seminaristas y sacerdotes habaneros sabía de su trabajo diario, abnegado, ignorado por muchos, que iba logrando calladamente en el Palacio de los Capitanes Generales.

Pero lo que despertaba mi interés y admiración en Eusebio era lo que quiero llamar «su perseverancia en la ilusión», año tras año, mes tras mes, día tras día.

En un mundo donde se ha perdido progresivamente el encanto de vivir, donde no se envían ni se reciben cartas de amor, donde la música parece ruido y no hay serenatas, ni se empinan papalotes, ni se juega a la quimbumbia; había un hombre que estaba yendo contra el desencanto, encontrando la belleza de un pasado olvidado, preterido, debajo de las piedras de La Habana derrumbada que a todos deprime y a Eusebio agujijonea, para meterse debajo de las ruinas amenazantes de un palacio de la antigua nobleza criolla y percibir en el gran salón cubierto de yerba y piedras la melodía y el ritmo de una contradanza; y más atrás en el traspatio, saliendo de una montaña de basura, oír el sonido quedo de un tambor batá que, como hoy, tocaban entonces los pobres negros.

Y Eusebio ha hecho sentir todo esto a los habaneros de esta generación, que no es conocer cómo fue ese mundo de nobles y esclavos, de ricos propietarios y pobres lavanderas. Eusebio le ha dado a La Habana la emoción de revivir el tiempo pasado, haciendo resurgir de la basura y del escombros lo bello de aquel tiempo embelleciéndolo, porque no recreó ese mundo de dueños y siervos sino que lo trajo, sin esas miserias, a este ahora nuestro y, pasmosamente, nos transporta al futuro: ¡si todo fuera así!, ¡si todo estuviera así!... y nos hace mirar adelante para que su ilusión, lograda en parte y compartida ahora por tantos, pueda ser también verdad mañana para muchos más. Eusebio ha sembrado esperanza.

Hace treinta y seis años, cuando vine a vivir a La Habana Vieja en la esquina de Habana y Chacón y comencé a reconstruir el vetusto Arzobispado, sentía que estaba poniendo un grano de arena en la magna obra de rescatar La Habana. Al mismo tiempo, Eusebio le ponía techo a la Catedral y el Arzobispado emprendió la restauración de la Iglesia del Santo Ángel, del Cristo del Buen Viaje. Eusebio le puso el techo a la Iglesia del Espíritu Santo. Sentía yo que estaba trabajando con él y hablábamos de nuestras obras comunes. Y de otras iglesias que yo iba rescatando de la ruina en Bejucal, en Santiago de las Vegas o en Nueva Paz y él me describía cómo sería la calle Obispo o cómo quedaría la Plaza Vieja o el Convento de Belén o la nave San José para los artesanos.

Un día invernal pasó por el Arzobispado a buscarme y salimos a pie hacia Cuba y Amargura. Llegamos a la Iglesia de San Francisco de Asís, un templo de hermosa estructura arquitectónica, pero en lamentable estado en su interior. Más de veinte años había estado cerrado al culto y usado como lugar de ensayos de combos y orquestas y después como albergue de vecinos afectados por derrumbes. Es inimaginable el estado de todo el ámbito interior del templo, que renuncio a describir.

A la puerta nos esperaba una señora enviada por la Dirección de Cultura. Al Dr. Eusebio Leal le había confiado la Oficina de Asuntos Religiosos el acondicionamiento y limpieza del templo para que sirviera de nuevo al culto católico. Eusebio había querido pasar a

buscar al Arzobispo para entrar los dos juntos en él. Nos acompañaba en nuestros primeros pasos dentro del templo la señora designada por la Dirección Municipal de Cultura para hacer la entrega. Ella, apenada, se refirió a la situación lamentable de aquella hermosa iglesia, y dijo que se había pedido ayuda al Embajador del Japón para arreglarla pero... Mi mirada y la de Eusebio se cruzaron en callada complicidad: la señora estaba confundiendo a San Francisco de Asís, Patrono de Italia, con San Francisco Javier, jesuita español, evangelizador del Japón. Con delicada firmeza Eusebio, haciendo caso omiso del flagrante error patronímico, histórico y geográfico, respondió: «No, esta barbarie la hicimos nosotros y la tenemos que arreglar nosotros».

Convido a todos a visitar la Iglesia de San Francisco de Asís, quizás la más bella de las iglesias de La Habana, restaurada por artistas y artesanos, muchos de ellos formados en los Centros que, a impulso de Eusebio, se han creado en La Habana Vieja.

En esta anécdota se concentra no solo lo que Eusebio ha significado para la conservación del patrimonio religioso católico de La Habana y aun de Cuba, y mi amistad con Eusebio no deriva solo de este empeño, sino más bien de su saber andar como cristiano y revolucionario. De esto fue todo un símbolo su entrada junto al Arzobispo en la iglesia que había que rescatar.

Por actuar así el presidente Raúl Castro lo tuvo como colaborador inmediato en las visitas de los Papas Benedicto y Francisco a nuestro país, y ha sido en múltiples

ocasiones puente de comunicación entre el Gobierno y la Iglesia.

Conozco los anhelos de Eusebio con respecto a su obra y quiero tanto a La Habana, y valoro tanto el afán de su Historiador, que hago míos sus anhelos e ilusiones y agradezco vivamente su mirada de esperanza.

*Idem velle atque ídem nolle, ea demum firma amicitia est.* Querer lo mismo y no querer lo mismo, esa es en verdad una amistad firme.

Valga esta conocida sentencia latina para describir mi trato de amistad con Eusebio Leal Spengler.

Fue una gracia de Dios tenerlo como Historiador de la Ciudad durante los treinta y cinco años de mi ministerio como Arzobispo de La Habana.

A Dios pido que sus ilusiones sigan realizándose.

CARDENAL JAIME ORTEGA ALAMINO  
Arzobispo Emérito de La Habana  
(Cuba, 1936)

## LEVANTÓ Y MOVIÓ EL CORAZÓN DE LAS PIEDRAS

---

**E**usebio es el amigo Leal desde los días inciertos y nuestra ciudad, que este año celebra sus primeros 499 años, la única certeza que compartimos. Los dos preferimos las dudas toda vez que comprendimos temprano que las certidumbres son el refugio de los tontos.

Cuando sus predios se circunscribían únicamente al Palacio de los Capitanes Generales y los míos al de una guitarra y unos cuantos entusiastas que seguían mis canciones de parque en parque, Eusebio me brindó, en las escaleras que impulsan el infinito en la vetusta edificación, alivio y acomodo. Ya en 1977 compartimos allí, muchas veces, mis musicalizaciones de los versos del Apóstol y sus textos, que en la voz de Leal, resaltaban el legado de un hombre que representa y aún a toda la nación. Muy pocos recuerdan hoy aquellas veladas; nosotros sí, por eso vivimos convencidos de que la hermandad compartida fue producto de la perfumada necedad de Martí y de la divinidad, porque somos seres de religión. Dios, a la vera del prócer, debe haber jugado también su papel en nuestra obstinada, entrañable e invencible relación.

Juntos hemos llorado, reído y cantado nuestras penas y nos hemos defendido a la par cuando los quebrantos del alma y la salud pretendieron mellar nuestras armaduras en las mil y una batallas que el ministerio de las insensibilidades nos hizo librar. Así nuestros destinos fueron trenzados. Con inalterable frecuencia los domingos nos han pertenecido y el transcurrir del tiempo ha robustecido, en medio de los desatinos de la cotidianidad, la estructura argumental de la amistad verdadera.

Por eso y más me he permitido regalarle el disco «De amor a La Habana», el cual recoge una parte de las canciones que nuestra ciudad mereció. Porque cantarla y honrarla debía ser el empeño de cada cubano noble que en cualquier confín del planeta se sienta en deuda con ella, y con quien levantó y movió el corazón de las piedras, las lozas, las murallas, los edificios y los Paseos para que hoy, orgullosos, la disfrutemos.

A ti, amigo querido, dedico el proyecto inacabado de mi gratitud. El amor incondicional te lo ganaste hace décadas.

AMAURY PÉREZ VIDAL  
Cantautor y escritor (Cuba, 1953)

## LA EMBLEMÁTICA ANDADURA



**L**a vida tiene sus caminos para cada uno de nosotros. Unos van por uno. Otros por otro. No todo el mundo transita por la misma senda. Pero los caminos se cruzan, y en ocasiones, también coinciden. A veces marchamos junto a otros por un tiempo, hasta que de nuevo, se separan las sendas. Así, en nuestro incesante andar por este mundo coincidimos unos con otros, nos conocemos, nos tratamos y en ocasiones surge una amistad más o menos profunda y prolongada.

Hay amigos «de ocasión», amigos «de conveniencia», amigos «falsos» y, finalmente, amigos verdaderos y perennes que hacen falsa aquella famosa afirmación que Cervantes atribuía a Catón en el Segundo Libro de los Tristes: *Donec eris felix multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila, solus eri* (Mientras seas feliz contarás con muchos amigos, en los tiempos difíciles, estarás solo). El verdadero amigo nunca deja al amigo, tanto en la prosperidad como en la adversidad. A esta carismática clase pertenece Eusebio.

Nos conocimos hace poco más de sesenta años, cuando él, adolescente entonces, con un grupo de jóvenes de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen, visitaba dominicalmente el Seminario El Buen Pastor en Arroyo



Arenas, donde estudiábamos un grupo de seminaristas de La Habana que procedíamos de las filas de la Acción Católica, movimiento apostólico de aquellos años.

En estas visitas dominicales eran acompañados por el emblemático Don Ángel de Albear, descendiente directo del famoso ingeniero del mismo apellido, realizador de las obras del acueducto de La Habana, que lleva su nombre y que todavía perdura en la difícil tarea hidráulica de la ciudad.

Pienso que, debido a estas frecuentes visitas, se ha corrido la especie de leyenda de que Eusebio «fue seminarista», lo cual, naturalmente, carece de todo valor objetivo.

Recuerdo que en mis primeros años de ministerio sacerdotal fui nombrado párroco de la Catedral y me tocó vivir en el Arzobispado, acompañando a Monseñor Evelio Díaz Cía, Arzobispo de La Habana. Tanto en la Catedral como en el Arzobispado recibíamos las frecuentes visitas de Eusebio, joven estudioso de la Historia de Cuba y de la Iglesia en sus figuras más ilustres y famosas. Ya entonces, manifestaba su afición por los datos inéditos y las reliquias. No olvido su afán por conseguir una borla del legendario capelo del Cardenal Manuel Arteaga y Betancourt, Arzobispo de La Habana, fallecido en marzo de 1963.

Con relativa frecuencia compartía en el Arzobispado nuestra frugal comida de aquellos años que consistía, las más de las veces, en «arroz con huevo».

También visitaba con curioso y docto interés las reliquias y joyas del tesoro de la Catedral, conservadas en

una histórica y antigua caja de caudales que se abría con cuatro llaves.

Ya en aquella época había comenzado su relación con la Oficina del Historiador de la Ciudad, donde a la sazón se desempeñaba como dignísimo titular de la misma el inolvidable y famoso Dr. Emilio Roig de Leuchsenring.

Con el correr de los años y la desaparición física de este ilustre personaje, ocupó este cargo el joven Eusebio Leal, quien pudo obtener su licencia y después defender su doctorado en Historia. Todo esto con la anuencia y beneplácito del gobierno cubano. Así, cada vez más, su figura y su andadura se hicieron emblemáticos de La Habana colonial y su ingente y autorizada labor en la restauración del casco histórico de la ciudad. Realizaba obras tan hermosamente logradas como, entre otras, la Plaza Vieja retornada a su primitivo y bello aspecto que los años y el abandono habían sumido en un lamentable y decadente estado; la Plaza de Armas, con el Museo de la Ciudad, en el Palacio de los Capitanes Generales; el Palacio del Segundo Cabo, en la esquina de dicha plaza; la restauración del convento de San Francisco de Asís, con la Basílica Menor del mismo nombre; del Templete con la histórica ceiba, sucesora de la primitiva, y del famoso cuadro de Vermay que reproduce la Primera Misa celebrada en aquel lugar...

Y muchas otras más, que sería prolijo enumerar. Pero quiero señalar una, que para mí, tiene un valor entrañable: tuvo la delicadeza de pedirme un retrato de mi abuelo, Alfred Petit François y una breve historia del restaurant París, que en su primitivo enclave estaba

situado en O'Reilly entre Mercaderes y San Ignacio y en su última etapa, ya mi abuelo fallecido, en la plaza de la Catedral, y que se llamó después «El Patio». Eusebio le restituyó el nombre de «París» y puso dentro el retrato de mi abuelo y la breve historia del restaurant.

Cumpliendo los cincuenta años como Historiador de la Ciudad y los setenta y cinco de su edad, es «justo, equitativo y saludable» expresar con un testimonio sincero, profundo, sentido y, por mi parte, insuficiente, incapaz de resumir en palabras los innumerables recuerdos, las vivencias más genuinas e inefables, los logros, los éxitos, los aplausos, la justa celebridad internacional de su palabra elocuente y de su sorprendente memoria capaz de disertar sobre los más variados tópicos desde el acervo de su prolija cultura universal. También, por qué no, los momentos duros y difíciles, las incomprensiones, las envidias y tantas otras realidades dolorosas físicas o morales, que se encuentran en toda vida humana y que no han faltado tampoco en la de Eusebio.

Sirvan estas mal hilvanadas palabras, que ya van siendo largas, como sentido homenaje al amigo, al luchador incansable, al historiador fecundo, al conservador efectivo de los valores perennes de nuestra ciudad de La Habana y de nuestra Patria.

¡Gracias Eusebio! ¡*Ad multos Annos!*

De todo corazón,

MONSEÑOR ALFREDO VÍCTOR PETIT VERGEL  
Obispo Auxiliar Emérito de La Habana  
(Cuba, 1936)

## EL ARTE DE REMOVER CONCIENCIAS



**L**as afinidades electivas tienen un componente misterioso. Alejo Carpentier no olvidó nunca el día en que descubrió a nuestro Historiador de la Ciudad, andariego como él, empujando una carretilla, en ropa de faena, por las calles de La Habana. De ahí nació una amistad, a la que pronto se incorporó Lilia, la compañera del escritor. Sagaz observador, el novelista había percibido en aquel comportamiento de Eusebio algo más esencial que la humildad, tantas veces proclamada en términos demagógicos. La actitud revelaba el raigal compromiso espiritual de un hombre al servicio del ser humano concreto que se traducía también en el sentido de una cultura hecha a favor de ese ser humano que habita en cada uno de nosotros.

Mi acercamiento a Eusebio ha sido paulatino. No podría fechar en un calendario el día en que nos encontramos por primera vez. Desde mucho antes, había escuchado su palabra brillante. La timidez me mantenía a cierta distancia. Sin que mediara presentación alguna, como viejos amigos, un buen día comenzó un diálogo ininterrumpido, cada vez más pringando, hasta alcanzar rasgos de complicidad. En horas difíciles, su acción solidaria ha intervenido de manera práctica en

la solución de problemas. Han sido gestos silenciosos y reconfortantes, porque me han acompañado en momentos de pesadumbre.

Desde puntos de partidas diferentes, en ámbitos laborales colindantes, atravesamos una época cargada de contradicciones, de deslumbramientos, plenitud y de desgarramientos. Apostamos por la utopía porque creemos empecinadamente en el mejoramiento humano. Los ideales mueven montañas, juntan almas, corazones y voluntades cuando se nutren de la savia fecundante de la dimensión concreta del existir. Con su palabra, exaltada, Eusebio ha removido conciencias. Ha podido hacerlo sobre todo porque ha trabajado en la cercanía de los hombres y las mujeres, con los niños, los ancianos y los más vulnerables de La Habana, mientras restauraba los tesoros que nos enorgullecen.

No hace mucho, sorprendentemente, me visitó en la casa que habitaran Alejo y Lilia. Por primera vez, traspasamos el plano de la intimidad. En el misterio de las afinidades electivas, había fructificado la amistad, esa delicadísima planta exótica, alivio y acompañamiento de privilegiados, mano tendida, sostén y consuelo, reafirmación de las esencias que nos engrandecen.

GRAZIELLA POGOLOTTI  
Ensayista, crítica de arte y académica  
(Francia, 1932)

## SU INTELIGENCIA NATURAL

---

**H**ace tantos años lo conocí, que no puedo precisar. Si sé que fue en mi barrio, Pueblo Nuevo, porque él vivía en la calle Hospital 660 y yo en Salud 708, entre Castillejo y Aramburu. En la esquina de Salud y Castillejo vivía Juanita, a la que él visitaba, y Nereida, su hija, quien era mi mejor amiga. Yo tengo el recuerdo de haberlo visto allí, todavía niño, en compañía de su mamá.

A pesar de ser mitad tímido y mitad arrestado, con fama de enamorado, nunca me piropeó a mí, aunque debo decir que yo estaba en disposición de que lo hiciera. Porque su inteligencia natural es lo que más me atrae, y me confieso enamorada de todo su talento.

Respetuoso, simpático, muy honesto y bueno como ser humano, Eusebio Leal es delicioso como un cake de chocolate. Es un caballero de todos los siglos, alguien a quien, aunque no lo vea en mucho tiempo, siempre está conmigo.

Uno de los días más emocionantes fue cuando cantó conmigo en su emisora de radio, en la Lonja del Comercio.

Lo admiro como el cubano extraordinario que ha hecho todo lo que podía y más.

Él está en la historia.

OMARA PORTUONDO  
La Novia del *feeling* (Cuba, 1930)

## «ÁNGEL DE LA JIRIBILLA, ORA POR NOSOTROS»



**A** propósito de su ensayo sobre el *Diario* de Céspedes, Cintio le envió a Eusebio una nota tan emotiva como lúcida: «Tienes lo cubano, la emoción patria, en la punta de los dedos, y de inmediato comunicas esa electricidad espiritual de nuestra familia deslumbrante». Cintio tenía razón, mucha razón, por supuesto. ¿Quién se atrevería a negarlo? ¿Quién, ante la obra y la palabra de Eusebio, ha podido sustraerse de los efluvios de su cubanía? ¿Quién, con un mínimo de sensibilidad, ha escapado de su imantación? ¿Y del influjo de su fe hermosa, radiante, siempre renovada, en esta «Isla infinita» y en la «familia deslumbrante» de sus héroes, pensadores y poetas? Una familia extensa, portentosa, con Céspedes, es obvio, y también con el propio Cintio, con Varela, Heredia, Luz, Mendive, Gómez, Maceo, Martí, Fidel, Raúl y tantos otros fundadores.

Martiano, fidelista y cristiano devoto, Eusebio no tolera los dogmas. Tampoco acepta la vulgaridad supuestamente «popular». Cree en el pueblo real, no en sus caricaturas folclóricas —y el pueblo lo reciproca con admiración y afecto. Cree en el valor de la honestidad, que aprendió junto a su madre; cree en la pedagogía

humilde, desencartonada y tierna, practicada por sus primeros maestros; cree en la Revolución que nació en 1868, triunfó en 1959 y sigue viva y vigente hasta hoy; cree con pasión en el trabajo creador y en la perseverancia; cree en el amor, en la belleza, en la fuerza transformadora de la cultura, en la utopía; cree que la juventud puede y debe ser eterna; cree que la salvación del patrimonio y la memoria es el único modo de construir el presente y el futuro. Como Martí, no cree que la muerte sea el Final. Y cree con fervor en la amistad.

Recuerdo cuando Eusebio y yo fuimos juntos a visitar al hospital a un hermano común: Enrique Núñez Rodríguez. Aunque sabíamos por los médicos que no iba a salir vivo de aquella sala, Enrique estaba de buen humor y confesó que sentía unos deseos irrefrenables de comer chocolate. A la mañana siguiente, Eusebio le envió una caja de bombones-aptos-para-diabéticos. Y a partir de ese día siguieron apareciendo en la sala aquellos bombones milagrosos, puntuales, auténticos mensajes diarios de cariño, y fui testigo de cómo los esperaba Enrique, con qué alegría un tanto infantil.

Cada vez que pasamos por el Teatro Martí, Eusebio me recuerda a Enrique y las ocasiones en que recorrimos los tres la obra en construcción. «Qué lástima que no pudo verlo terminado», dice, dolido en lo íntimo. Y es que Eusebio aspiraba a que Enrique, un entusiasta inspirador del rescate de ese teatro y de los géneros que lo caracterizan, se convirtiera en su director general.



Yo, por desgracia, creo (todavía) que la muerte sí es el Final. Sin embargo, durante muchos años me ha interesado el llamado «espiritismo científico», influido quizás por la sombra de mi abuelo paterno, espiritista y rosacruz, y hasta estuve trabajando en un libro sobre el tema. Eusebio lo supo y me secuestró una tarde con su sonrisa traviesa para mostrarme, restituido, impecable, el busto del Codificador de la Doctrina Espírita, Allan Kardec, que había sido arrancado de su sitio en otras épocas por un extremista delirante. Pero hizo algo más, algo increíble, que nunca olvidaré: me trajo de París, del cementerio Père-Lachaise, de la mismísima tumba de Kardec, un ramo de flores secas. No sé qué o quién (el azar, la mala suerte o un espíritu oscuro) impidió que aquel regalo misterioso llegara a mis manos; pero le agradecí y le agradeceré siempre a Eusebio ese gesto que refleja el carácter noble y delicado de su alma de hombre grande.

Cuando Lezama eleva su oración al ángel de la jiribilla, pequeño y movedizo guardián de la cubanía, «diablillo de la ubicuidad», parecería que está hablándonos de Eusebio. Ese ángel lezamiano, dotado de una inextinguible «simpatía de raíz estoica», representa la «fabulosa resistencia de la familia cubana» y lucha sin tregua contra el Imposible. Así es Eusebio, incansable, ubicuo, estoico y rebosante de gracia, risueño, tercamente juvenil, vencedor cotidiano de las ruinas y del Imposible.

Gracias, hermano, por tu ejemplo, por tus lecciones, por estar ahí. Recibe un abrazo muy fuerte en este

cumpleaños. Que te protejan y acompañen todo el tiempo, como hasta ahora, el ángel de la jiribilla y una multitud de espíritus iluminados.

ABEL PRIETO  
Escritor y político (Cuba, 1950)

## EL ETERNO ENAMORADO



**L**o conocí en el año 1967, en ocasión de nuestra visita al casco histórico de La Habana Vieja. Éramos entonces alumnos de la ENA (Escuela Nacional de Arte), que solíamos visitar en grupos organizados el Palacio de los Capitanes Generales y otros sitios importantes como El Templete, donde él siempre nos recibía muy atento, dispuesto y complaciente. Iba al frente del grupo, relatándonos las historias y describiéndonos cada lugar, cada escultura, cada pintura, cada lápida, con un profundo conocimiento y con minuciosos detalles.

Desde aquellos momentos me di cuenta que estaba ante un hombre de condiciones excepcionales, y es algo que todos comentábamos. Con el paso del tiempo ha crecido como un gigante, su labor incansable al frente de la Oficina del Historiador le ha dado prestigio y fama.

En cuanto a mi labor artística, he tenido el honor de realizar algunas obras para La Habana Vieja y otros lugares, asignadas por él, y también de contar con sus hermosas palabras para los catálogos de distintas muestras personales de mis obras.

Con el paso del tiempo nuestra amistad ha crecido, a tal punto de visitarnos en nuestras casas y conocer a

nuestras familias, de conversar con su querida madre Silvia y poder beber aquel rico café servido en auténtica jícara criolla.

Agradezco inmensamente a la vida el privilegio que me ha dado, de conocer y ser amigo de uno de los hombres más célebres que tiene la cultura cubana. Hombre sencillo, modesto, trabajador incansable, honesto y honrado, fiel a sus principios, leal con sus amigos, virtuoso orador, promotor de lo mejor del arte cubano y su cultura en general, merecedor de los más altos lauros otorgados por instituciones nacionales y extranjeras, eterno enamorado de las más bellas mujeres que en su andar cadencioso llaman nuestra atención al pasar, y de su siempre gran amada, La Habana Vieja... Ese es Eusebio Leal.

JUAN QUINTANILLA  
Escultor y profesor (Cuba, 1950)

## FÉRTIL Y REGENERADOR



**V**er la instalación de los *Quadri specchianti su Cuba* en la Bienal de Venecia 2017 me dio la clave: allí Michelangelo Pistoletto retrataba el estilo de vida de los cubanos, aquel *quid* difícilmente traducible en palabras, que hace de la isla algo único.

Entre las siluetas que desde las lisas superficies de acero de Pistoletto reflejaban el quehacer cotidiano, sosegado, energético, vital, de un pueblo al cual le tocó en suerte un destino fuera de lo ordinario, me pareció que bien podría estar la figura del Historiador con su ropa de trajín gris, solo y ensimismado o acompañado por sus innumerables visitantes, por sus restauradores, sus arquitectos, sus artesanos o por gente del barrio, como siempre *andando La Habana*.

Pistoletto, *ars mediante*, ha tenido una intuición: «Podemos transformar el mundo partiendo de Cuba, que es el lugar donde se puede insertar una virtuosa regeneración del mundo; Cuba es un terreno fértil para experimentaciones e innovaciones, ella es el cambio». Lo dijo hace un par de años, cuando su exposición en el Museo de Bellas Artes, si bien lo pensaba desde la época de la Crisis de los misiles.

Como en el famoso mural de Diego Rivera, imaginé a Eusebio mezclado a su pueblo igual que José Martí o Frida Kahlo entre la magnífica gente latinoamericana allí retratada.

Porque Eusebio es fértil y regenerador, experimentador e innovador a partir de la tradición. Igual que la Revolución que sirve y que padece y goza.

He andado La Habana con él más de una vez en tiempos lejanos, cuando casi todo estaba por empezar y muchas y graves eran las urgencias de un país por regenerar. Lo bello estaba en el proyecto, en el esfuerzo, en el sueño. Imperaba en el sueño de Eusebio Leal y sabía comunicarlo, sabía participarlo, sabía que el esfuerzo imaginativo de pensarlo realizado era la fuerza principal para que fuera realidad.

Cuando veo la Plaza Vieja llena de vida, su espacio rectangular libre de la horrible entrada al parqueo subterráneo, los edificios vueltos a nueva vida, a nuevos y viejos usos, recuerdo una noche de hace años: noche sombría, la plaza desierta y el Historiador armando el escenario de lo que –necesariamente– sucedería. El cemento armado del parqueo hecho trizas, los edificios devueltos a su ecléctico esplendor...

Ser su amiga ha significado el privilegio de ver de cerca cómo los sueños se hacen realidad, lo duro que es, la abnegación que exige.

Por ser su amiga he aprendido que una pasión quemante, como la de Eusebio por La Habana Vieja, no sería suficiente si fuera un mero proyecto de conservación y

restauración. Debe andar acompañada por «una virtuosa regeneración» del país y del mundo.

Prisionero de La Habana Vieja, Eusebio es ciudadano del mundo y el mundo le preocupa y le duele tanto como su ciudad y su isla.

ALESSANDRA RICCIO  
Profesora, ensayista y crítica literaria  
(Italia)

## UN HOMBRE CARISMÁTICO

---

**C**uentan de Eusebio que un día, cuando fue electo por primera vez al Comité Central del Partido Comunista de Cuba, le dijo al Jefe de la Revolución: «Yo sabía, Comandante, que llegaría a Obispo: por la Iglesia o por el Partido». Si no fuera *vero* estaría *ben trovato*, pero es tan cierto como el hecho, entonces inédito, de que un católico figurara entre los dirigentes del organismo rector de la sociedad cubana. Por supuesto, ocurrió después de que rectificamos aquella aberración de proclamarnos «república atea» en vez de «laica», como correspondía —y corresponde— a los herederos del pensamiento martiano: del sesenta y ocho y el noventa y cinco; de la generación del centenario y la Sierra. Y después, por supuesto, de que abriéramos las puertas del Partido a todos los cubanos merecedores de militar en la vanguardia.

Aquel joven enjuto —que si usara espejuelos montados al aire como el insigne presbítero, parecería un doble de Félix Varela— se había abierto paso desde ser un ilustre desconocido hasta devenir dato característico de La Habana: aquí, a la entrada de la bahía, está El Morro, de este lado, el castillo de La Punta; más allá, la estatua ecuestre de Máximo Gómez; al fondo, el antiguo palacio



de la presidencia, hoy Museo de la Revolución; más atrás, a la izquierda, la iglesia del Santo Ángel y reminiscencias de Cecilia Valdés, mulata sandunguera y nuestra; ya restaurado, el Sloppy Joe's, con la barra más larga de la ciudad; y, atravesando la Plaza de Armas, en dirección al vetusto, barroco y siempre acogedor refugio de sueños (y alguna que otra pesadilla colonial) que es el Palacio de los Capitanes Generales, el compañero Eusebio Leal Spengler, con su gris uniforme de obrero.

Recuerdo cuando nos conocimos, en los años sesenta. Era yo entonces funcionario del Ministerio de la Industria Alimentaria; él, laboraba con «el moro» Levi Farah en algo así como la alcaldía de la capital, con otro nombre. Estaba empeñado en rescatar para la belleza, precisamente, al Palacio de los Capitanes Generales, convertido en una suerte de pocilga por los gobiernos anteriores a la Revolución, que habían dañado seriamente su apariencia interna y externa, con falsos techos, barbacoas, y otra serie de mamarrachos. Si no recuerdo mal, llegó al despacho de Raúl Roa, a la sazón ministro de Relaciones Exteriores, de la mano de Cintio Vitier y Fina García Marruz.

Ambos excelentes poetas, cubanos rellollos, católicos sinceros, defensores de la obra martiana y del pensamiento democrático y socialista, luchadores por la justicia social y por el entendimiento entre los hombres y las naciones, los Vitier habían amistado con el canciller, que conocía sus quilates intelectuales y morales, y admiraba de siempre el quehacer de don Medardo.

Presentaron a Eusebio como joven emprendedor, que no dudaba en poner sus manos a la obra cuando de rescatar los valores culturales de la patria se trataba. Leal fue capaz de entusiasmar a Roa: hubo una química instantánea entre dos hombres igualmente afebrados por sus respectivos sueños. Mi padre lo identificó de inmediato como «el loco»; así mismo apodaban al canciller sus compañeros de lucha universitaria y contra el machadato.

Hace poco, Eusebio contaba esa anécdota a varios funcionarios de Relaciones Exteriores, a quienes mostraba la transformación, a la altura del arte, del Palacio del Segundo Cabo, extraordinario nuevo museo. Admitía el Historiador de la Ciudad que, en esa época, estaba un poco loco. Pero lo cierto es que sigue estándolo, porque su locura no es de origen psicótico ni neurótico; para nada la del Ingenioso Hidalgo, sino la de los creadores magníficos: homérica, dantesca, astigmática a lo Greco, la enfebrecida de Van Gogh. Tal vez picassiana, garcía-marquesiana, macondiana. Con el barroquismo inefable de Portocarrero en su soñar la capital con gruesos trazos de color: azul cobalto, blanco de zinc aplicado directamente con el tubo, mujeres de cabello enmarañado y florido, con ojos egipcios y sonrisa enigmática. Barroco él mismo, en su conversación y oratoria, capaz de ver las bellezas del mundo físico y moral que esconden las amadas piedras de la ciudad colonial.

Por aquellos años, en que gente obcecada y dogmática pretendía embridar la cultura, domesticarla y someterla a criterios estrechos —¡cuidado, que todavía hay guardias rojos acechando!—, los afanes de Eusebio eran incomprendidos o simplemente rechazados. Había quien lo tildaba de «colonialista», por empeñarse en restaurar el Palacio de los Capitanes Generales, como si Leal pretendiera ensalzarlos, negar los valores de nuestros luchadores por la independencia y la soberanía, ignorando la visión histórica, amplia y justiciera, que motivaban esos afanes. Además, se trataba «de un católico practicante», de un «reaccionario», ajeno a las ideas del «marxismo-leninismo» de los manuales pseudocientíficos que deseaban imponernos quienes proclamaban: «¡somos socialistas, pa'lante y pa'lante; y al que no le guste que tome purgante!». (Ello me hace recordar lo que Alfonso Bernal del Riesgo comentara a Jorge Mañach, bajando la escalinata universitaria: «Aquí, Jorge, impera la burricie». Mañach, a veces ingenuo, inquirió: «¿Se trata de un término germánico, Bernal?» «No, amigo, la burricie de burro, respondió el psicólogo, arrastrando, ferozmente, las erres).

Por suerte, esa especie de fascismo irracionalista fue liquidado por Fidel en memorables intervenciones en las cuales abordó el llamado «sectarismo», la «microfracción», sus «palabras a los intelectuales», etcétera. Pero también, en la práctica, por el apoyo que brindó al trabajo de Leal, no solo para concluir la restauración del

Palacio de los Capitanes Generales, sino de la Plaza de Armas, El Templete, el Palacio del Segundo Cabo, el Castillo de la Real Fuerza... ¡Y todo lo que vino después!

Al elegirlo miembro del Comité Central, Fidel reconocía la obra de Eusebio, en más de un sentido, fundacional, como la del Obispo de Espada y Landa, quien le precedió en el tiempo y a quien debemos mucho de la apertura cultural y obras de arquitectura de su época, sin contar el *aggiornamento* de la enseñanza de la física, la química y otras ciencias que impulsaron espíritus como José Agustín Caballero, Varela, Luz y Caballero, et al.

Creo que pocos ciudadanos gozan hoy del aprecio que tiene nuestro pueblo por Eusebio Leal, entre otras, porque hace cosas útiles, para la belleza y para la gente común, para reforzar el papel acogedor de La Habana, subrayar sus valores intrínsecos y realzar los creados por la mano, el ingenio y el espíritu de sus moradores.

No dejo de sonreírme cuando nuestra prensa —oral, escrita o televisada— atribuye cualidades carismáticas sin ton ni son, a diestra y siniestra, malgastando el uso del vocablo en quienes realmente nada tienen de carismáticos. Pienso en los pocos que sí lo son, o han sido: entre nosotros, Fidel, por supuesto, Che, Camilo; antes de ellos, Céspedes, Martí, Gómez, Maceo, Mella, Guiteras. Hoy, sin temor a que alguien me endilgue el epíteto de chicharrón, como hacía el Comandante Guevara a menudo con algunos colaboradores, afirmo que Eusebio Leal es, también, un hombre carismático.

Me hubiera gustado andar con él por las calles de Nueva York, donde no coincidimos; porque, aunque no se trate de una villa cónsone con sus preferencias estéticas, es, sin lugar a dudas, el siglo veinte redivivo. Allí vio Federico ese mundo nuevo, regurgitado del fondo pedernal de la isla, donde braman los trenes del metro, venden pastillas de chocolate unas máquinas similares a las de Coca-Cola y corre la muchedumbre hacia las puertas, como «recién salidas de un naufragio de sangre». Está todo mezclado: la catedral de San Patricio y Los Claustros, el Museo Metropolitano y el de Arte Moderno; los imagineros del Hudson y los cantores de *country* en el Village Barn; los chivos esperpénticos de Picasso y la Crucifixión de Dalí; Bartók y Rimsky-Korsakov, Pete Seeger y Paul Robeson; el Empire State Building y el banco férreo del parquecito donde se sentaba a leer José Martí, a un costado de Trinity Church. No lejos de Wall Street, Battery Place y la Estatua de la Libertad, denostada, con razón, por el soldado desconocido cubano.

Mas sí recorrimos, con Fidel, los Campos Elíseos; visitamos la Asamblea Nacional; el Museo de Los Inválidos y —no podía faltar— la tumba del Emperador, que para mirarla desde arriba hay que inclinar la cabeza, y si es desde el costado, subirla. En cualquier caso, hacerlo reverentemente. Tampoco era excusable no visitar Versalles, en cuyo Libro de Oro aseveró el legendario guía de nuestro pueblo: ojalá no se construyan más en el mundo palacios tan onerosos, a expensas del pueblo, para satisfacer la vanidad de los explotadores.

Acudimos, asimismo, a la casa de Víctor Hugo, en la Place des Vosges, maravilla del siglo dieciséis donde hoy moran los afortunados. Quiero decir: la gente adinerada.

No sé si esa vez, o posteriormente, en Roma, andaba Eusebio enfundado en su elegante capa madrileña, obsequio de Dulce María Loynaz, asemejándole a los escritores que a inicios del siglo veinte, y hasta bien entrado este, poblaban las noches de los cafés en la Puerta del Sol, para escuchar los embustes de Valle Inclán (sus míticos viajes a México y otros lares), los sitios trillados de los Hermanos Quintero, teorizar a algún gramático, oír el *dictum* de Azorín y los elogios de García Lorca a la Escuela Libre de Enseñanza, creada por don Francisco Giner de los Ríos, que soñó un nuevo florecer de España.

Moraba Leal, en cada estancia suya *en la città eterna*, en una cómoda, pero sobria, habitación del Convento de las Hermanas Brigidinas, que dirigía con firmeza, pero con dulzura, su abadesa, la Madre Tekla Famiglietti. En la pequeña iglesia conventual asistía a misa los domingos y, en alguna ocasión, almorzamos juntos, invitados por la Madre Tekla, en el comedor de la planta baja, adonde acudían obispos, cardenales y embajadores a gratos encuentros dominicales en que las monjitas servían condimentos bien preparados, escanciaban vinos correctos y nos brindaban dulces caseros y quesos del Piamonte, de Parma o Cerdeña. La Madre —«mejor me dice *Mamma*, embajador»— nos obsequió, a menudo, vinos y quesos para nuestras obligaciones diplomáticas.

Gran amiga de Cuba, de Fidel y su familia, lo fue del Papa Juan Pablo II, quien la animó a fundar en La Habana un convento de su Orden. Los que ahora pasean por La Habana Vieja o visitan el Convento de San Francisco de Asís, habrán visto su pequeño Convento, a unos metros de donde camina El Caballero de París y ora, sentada en banco de piedra, la Madre Teresa de Calcuta. Sus monjas de aquí, como las de Roma, atienden a muchos ancianos del vecindario y alquilan habitaciones a devotos que visitan nuestra ciudad. Muy de acuerdo con la obra social de Eusebio en ese barrio, tanto tiempo olvidado y preterido.

No me he referido al legado intelectual de Eusebio, a sus trabajos sobre Céspedes, Padre de la Patria, sobre el padre Varela, sobre amigos que ya no están y asuntos de interés para la vida de nuestros coterráneos; a su labor como diputado a la Asamblea Nacional, donde ha expresado sus puntos de vista con valentía y sin cortapisas; a su obra para la televisión, «Andar La Habana», que enseña y alecciona; a las publicaciones que auspicia, como la revista *Opus Habana*, y a los muchos libros impresos en estos años; a los honores que le han sido conferidos por nuestro gobierno e instituciones, pero también por los de otros países e importantes universidades extranjeras. Merecidos todos, claro está. Porque Eusebio Leal es alguien que cumple bien —y espero siga haciéndolo mucho tiempo— la obra de la vida.

Y ¿qué podría decir de sus amores? Él mismo me confió: las mujeres se enamoran de Eusebio Leal y luego...

se encuentran conmigo. Esa mirada irónica sobre sus relaciones amorosas, no exenta de modestia, revela al personaje. Es bueno saber —y, sobre todo, poder— reírse de uno mismo. Aunque está también la otra dimensión del amor: por la madre abnegada, por sus amigos de siempre, por el prójimo. Aquí no cabe la ironía... pero nadie es perfecto; ni siquiera Eusebio.

Esos son sus atributos más conocidos y reconocidos. Yo he preferido hablar del Eusebio cotidiano, del amigo que gusta compartir la (buena, preferiblemente) mesa y conversar de cuanto asunto interesa (*nihil humanum a me alienum est*, reza el latinajo), sea o no de actualidad local, mundial, o intemporal. El amigo que, con Alfredo Guevara y Osmany Cienfuegos (otras veces con Monseñor Carlos Manuel de Céspedes) alegraron e ilustraron las tertulias de sobremesa de nuestra casa habanera.

No he olvidado, querido Eusebio, que te debemos, junto al Cardenal Ortega, un *coq au vin* hecho por mí, y precedido de buen *foie gras* con el mejor vino posible.

Mientras, ¡mucho salud, felicidad y pródiga labor en tu setenta y cinco aniversario!

RAÚL ROA KOURÍ  
Escritor, político y diplomático  
(Cuba, 1936)



## LA DIMENSIÓN INABARCABLE



**Q**uerido Eusebio:  
La primera vez que nos cruzamos no tuve forma de adivinar tu verdadera dimensión. Como sé que recuerdas, fue en la oficina que Aida tuvo en San Ignacio y Empedrado. Aquella mañana entraste un momento, le susurraste algo y después continuaste con tu paso silencioso y tu camisa de todos los cubanos. Fueron tan tenues tu entrada y tu salida que pude haber soñado tu presencia. Pero enseguida aquella entrañable mujer me contó que habías estado expuesto a «las crueles realidades de nuestras vidas». Tú no lo supiste, pero desde ese instante estuve contigo.

Esto debió ocurrir hace apenas medio siglo. No recuerdo si Aida mencionó que eras el nuevo Historiador de la Ciudad. La verdad es que por entonces hablábamos poco de lo que éramos; siempre estábamos en lo que queríamos ser. En una ciudad donde cada jornada era historia vivísima del mundo, podían ser invisibles un estudioso, una funcionaria genial, un trovador...

Después empecé a distinguirte, siempre fugazmente, más allá de terceras y cuartas filas, como si prefirieras los perfiles bajos, como si huyeras de las luces. «Debe ser un vampiro», pensé una vez que te vi al amparo de las

sombras, desplegando tus artes. Pero llegaron los setentas y apareciste aquel equipo de arquitectos al que aporté, casualmente, unas fotos. Entonces comenzaba a perfilarse lo que venías bordando con paciencia de chino, y tuve un atisbo de tu dimensión. Por eso un día, en Camagüey, cuando develabas la placa de Agramonte, te dije bajito: «Hermano, yo creo que usted también va para el bronce».

Nunca olvido aquella semana en que Alfredo [Guevara] nos hizo coincidir y tú explicabas el día que fundaron Venecia, en una plaza San Marcos que para mi sorpresa se anegaba, cerca de Caffè Florian, con Fina y con Cintio bajo el Puente de los Suspiros, donde hubo aquellas fotos. Luego, en la noche, nos descubríamos merodeando La Fenice, locos y emparentados por el mismo apetito.

Somos tan distintos, querido Eusebio, y a la vez tan iguales, que sobrecoge. Tú estuviste junto a tu madre hasta el fin, y yo vivo con la mía hasta que uno de los dos se vaya. Tú, aun cuando lo amado no siempre te ha correspondido, contra viento y marea has continuado amando. Y lo mejor es que has sabido hacerlo dejando fuera lo banal, maravilla cada vez más extraña.

Hoy, cuando tu obra y tu dimensión se hacen casi inabarcables, te confieso que me veo en ti, querido Hermano; no en tu incomparable estatura, benefactora de la ciudad y del país, sino en el cotidiano afán por extraer del fondo de nosotros lo que nos hace buenos.

Gracias por eso, desde y para siempre.

SILVIO RODRÍGUEZ  
Cantautor y escritor (Cuba, 1946)

## LA TENACIDAD



**S**é que mientras escribo estas líneas otras personas también redactan las suyas con el mismo objeto: dar fe de la persona y de la obra del Historiador de La Habana.

Entre las tantas cosas que podría destacar me detengo en lo que constituye un rasgo esencial de su carácter y, para mí, una de las razones de su reconocida significación en la vida cubana contemporánea: la tenacidad de su ejecutoria.

Creo que para buena parte de sus conciudadanos, y especialmente para los que somos habaneros, hay más de un hecho indicativo de esa tenacidad que ha conducido a vías de hecho a los más ambiciosos proyectos de rescate de la capital cubana, de su arquitectura y urbanización más antiguas, de su historia, de su cultura popular, de su vida espiritual y de sus valores.

Recuerdo a aquel jovencito que paseaba por las calles de La Habana Vieja y lo mismo recogía una aldaba que un ladrillo, le daba charlas a los vecinos acerca del valor patrimonial de sus destartadas viviendas dentro de antiguas edificaciones, tratando de convencer a instituciones y a funcionarios —más de uno en posiciones altas, y hasta bien altas— de que no continuaran modificando

los locales que ocupaban y de que destinasen recursos mínimos a mantener aquellos tesoros arquitectónicos y culturales que ocupaban.

Contra viento y marea –sí, contra viento y marea, así hay que decirlo–, tras varios años y con la atención y la ayuda de unos pocos que le hicieron caso, porque comprendieron el enorme alcance de lo que procuraba, aquel hombre locuaz, hiperquinético, andador de la vieja ciudad sin siquiera un viejo Rocinante, logró el primer gran milagro: inaugurar el Museo de la Ciudad en el antiguo Palacio de los Capitanes Generales.

Fue un primer triunfo deslumbrante: se podía salvar algo de La Habana Vieja. Muchos quedamos admirados cuando visitamos por primera vez aquel edificio, cuyas vicisitudes de su historia republicana parecían hacer imposible el resultado alcanzado. Y nos sorprendimos cuando vimos la preocupación del historiador, que arrancó en aquel magno esfuerzo sin título universitario alguno, para continuar rescatando, reparando, creando conciencia patrimonial, orgullo y conocimientos en el vecindario.

Desde entonces, desde el principio, Eusebio Leal tuvo la clara comprensión de que su ambicioso proyecto no avanzaría si no reclutaba amigos, patrocinadores, creyentes en esa empresa y, sobre todo, a los pobladores de la zona, quienes no solo recibían beneficios a través de mejoras habitacionales sino también de fuentes laborales, de servicios, de dignificación de su cotidianidad.

Ya aquello crecía y Leal no desmayaba. Junto a las muchas y diversas reuniones, a las visitas de jefes de estado extranjeros y de personalidades internacionales, a la atención a obras de envergaduras y dificultades varias (numerosos edificios de dimensiones distintas, excavaciones arqueológicas, empedrado de calles, habilitación de plazas, las escuelas formadoras del necesario personal especializado, etc.), se mantuvieron para él las jornadas por los otros museos e instituciones que se iban abriendo, su incesante y diario andar La Habana.

Sin dudas que esa tenacidad, ese empeño ilimitado le abrieron puertas, apoyos, divulgación. La creación empresarial propiciada por el presidente Fidel Castro –visitante y seguidor asiduo de lo que se hacía por aquella Habana que fue de intramuros– fue empuje formidable, preparado desde antes por Celia Sánchez Manduley, sagaz cuidadora de cuanto le olía a cubanía real.

Los mayores recursos dieron más empuje y velocidad a Eusebio Leal: su tenacidad anchó de modo formidable las perspectivas de su quehacer y se fue convirtiendo en un imprescindible para caracterizar a la vida cubana contemporánea. De otras ciudades y provincias del país le llaman; de otros países le consultan y condecoran; es una reconocida autoridad en materias de patrimonio, reconstrucción, desarrollo, historia. La ejecución de la política del país requiere de su opinión en muchos temas.

Ha sido tenaz el Historiador de La Habana, ya con ese título oficial, para engrandecer y defender su obra.

Soñador y loco le llamaron al principio. Incapaz lo consideraron algunas personas que se movían por los mismos terrenos de salvar, de rescatar. Luego fue un rival para algunos, desde mediocres hasta envidiosos de que alguien hiciera las cosas bien y hasta mejor que ellos. Algún que otro colega en el estudio de la historia sigue sin entender cuánto ha entregado y sigue entregando al conocimiento histórico desde las tantas tareas de su obra creadora. Mas él, buen peleador que sabe defenderse, ha seguido adelante, venciendo con su trabajo.

Tiene enemigos, algunos de poderosa artillería. Sé que siempre es así, y que solo el que trabaja y brilla por ello se gana enemigos gratuitos. Mas no deja de admirarme cómo, a sabiendas de esas murallas y zancadillas, Leal no cesa, es tenaz en su afán multiplicador de acciones, las que le ganan amistades, seguidores y el respeto de grandes mayorías de cubanos.

Es tenaz Eusebio Leal en su afán de comunicador, como se dice ahora. Ha logrado que su peculiar oratoria sea escuchada con deleite y atención por incontables personas. No solo los giros de su estilo inigualable sino que la cubanía de su expresión, su capacidad para conmover a sus diversas audiencias, su pasión arrolladora por la patria, hacen de su palabra una tenaz combatiente por la nación, por la nación mejor.

Ha sido tenaz Eusebio Leal en su reconocimiento de la herencia que le dejara Emilio Roig de Leuchsenring, su predecesor como Historiador de La Habana: gran

animador cultural, cubano patriota, martiano, antimperialista. Por eso Leal menciona a menudo a María, la viuda de Emilito, quizás la primera que creyó en él, le animó, previó su futuro y le entregó todo lo de su esposo que estaba a su alcance.

Sería larga, demasiado larga la relación de lo que Eusebio ha entregado a la nación cubana. Por mi parte, le reconozco esa, su tenacidad ejemplar, la cual ha de servirnos para defender su obra por encima de cualquier lunar y para colaborar con ella en todo lo que esté a nuestro alcance y garantizar que siempre se mantenga para el bien de Cuba y de los cubanos.

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ  
Historiador, académico e investigador  
(Cuba, 1946)

## UN HERMANO IMPRESCINDIBLE

---

**C**uando en el año 1959 comencé a trabajar con el compañero Armando Hart Dávalos en el Ministerio de Educación, radicado en Oficios y Muralla, La Habana Vieja, y transitaba diariamente desde El Vedado hasta dicha zona en la ruta 27, nunca imaginé que un jovencito de apenas 17 años andara ya interesado en cuestiones tan serias y trascendentales.

Además de hacer uso de la palabra en actos públicos convocados por distintas organizaciones a favor de la Revolución, y trabajar en las oficinas del Municipio de La Habana, en poco tiempo este muchacho empezaba a organizar visitas dirigidas al Palacio de los Capitanes Generales, sede del Municipio, donde conoció al sabio cubano Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad, con quien comenzó a colaborar. Fallecido ese gran hombre, dicho joven promovió la conservación de la Oficina, la restauración del Palacio de los Capitanes Generales, y se convirtió en su continuador.

En aquellos momentos, a ese joven desconocido aún, ya le preocupaban cuestiones tan importantes y soñaba con materializarlas. Comencé a oír hablar de él en esos primeros años de la Revolución a través de Yeyé, Aida, Adita, Irma y Mary Santamaría, con quienes yo



mantenía relaciones muy cercanas, casi familiares. Ellas elogiaban a aquel talentoso joven que trabajaba, aprendía y se superaba.

Pasados los años, cuando en 1976 se creó el ministerio de Cultura, es que puedo decir que lo conocí de verdad, porque comenzamos a tener relaciones de trabajo, aunque debo aclarar que todavía no éramos amigos. Con el tiempo comencé a admirarlo en todos los órdenes de su fructífera vida, por su entrega y su amor a la Patria, por su fe en el ser humano, su perseverancia, sus altos valores éticos y morales, su audacia, su condición de trabajador incansable —siempre ha dicho que todo se puede conseguir trabajando—, su dotes oratorias, su profundo conocimiento de la historia, su férrea voluntad, su extraordinaria memoria, su fidelidad a Fidel y a Raúl... Todo ello unido a la devoción y profundo conocimiento de personalidades históricas como Félix Varela, Carlos Manuel de Céspedes, José Martí, Antonio Maceo, Máximo Gómez y demás próceres de nuestras guerras independentistas y de América en general.

No debo dejar de mencionar el programa televisivo «Andar La Habana», mediante el cual nos dio a conocer, brillantemente, muchos lugares históricos de la capital, así como el proyecto «Rutas y Andares», que todos los veranos acapara la atención de gran cantidad de personas deseosas de conocer y disfrutar la historia, los museos e incontables lugares habaneros de interés, además del trabajo social comunitario que lleva a cabo en beneficio de la población de La Habana Vieja.

Me pregunto cómo ha sido capaz de materializar tan bellos proyectos de conservación y restauración del Centro Histórico de la ciudad, como la Avenida del Puerto, la Alameda de Paula, el Prado, el Malecón habanero, el Teatro Martí... Son tantas y tan hermosas obras que sería interminable e imposible enumerarlas en un corto espacio.

Por todo esto y mucho más lo admiro, lo respeto y lo quiero; más que como amigo, lo considero un hermano imprescindible.

Una prestigiosa intelectual cubana dijo de Eusebio en una ocasión que cuando los seres humanos no lo recuerden, lo recordarán las piedras. Y José Martí aseveró que «Hacer es la mejor manera de decir».

Este hermoso pensamiento se hace realidad en la vida y obra de Eusebio Leal Spengler.

GRACIELA RODRÍGUEZ PÉREZ (CHELA)  
Promotora cultural y martiana cabal  
(Cuba, 1932)

## LEALES PALABRAS AL MECENAS



**R**ecuerdo que siendo una niña no me perdía un solo programa «Andar La Habana». Me fascinaba la sabiduría del historiador, su locuaz conducción, y me apresaba irremediablemente el encantamiento de su comunicación.

Siempre decía que mi mayor sueño sería poder conversar un día con Eusebio Leal aunque fuera solo por 15 minutos. Jamás habría imaginado que no solo tendría ese placer, sino también la bendición de conocer al hombre que esconde detrás de su traje gris, de contar con su sincera amistad y su cariño; y que se convirtiera en la persona que más me ha apoyado en la realización de mis sueños, y una de las personas más importantes de mi vida.

Desde la primera vez que me vio bailar comenzó su incomparable apoyo a mi carrera artística, y fueron varios años que me acompañó de cerca. Además del excelente historiador de inagotable memoria, del gran restaurador de esta hermosa ciudad, sus edificaciones, monumentos y almas, es también el mecenas de muchísimos artistas que gracias a su amparo desarrollan hoy su arte en disímiles disciplinas.

Luego vino aquella lesión que me impidió bailar por bastante tiempo y que nos acercó mucho más. Mi madre

siempre dice que en los momentos difíciles es cuando se conoce a las personas, y mientras otros se alejaban de la artista imposibilitada, mi Leal amigo dispuso todos sus recursos para que yo tuviera la mejor atención posible, y más que los recursos fue su cariño y su esperanza y aliento los que me hicieron recuperar mi empeño.

Pertenecía yo entonces a otra agrupación y aspiraba a volar con mis propias alas. Allí estuvieron sus consejos y su mano guiándome antes de adquirir la fuerza necesaria para dar el gran paso.

Ya una vez creada mi propia compañía, luego de comprender que el gran problema para realizar mi trabajo era el hecho de no tener un espacio propio, no cejó durante tres años en la búsqueda del lugar adecuado para mí, a pesar de lo especialmente duro que fue ese período para él. Con gran esfuerzo dispuso recursos y persistencia en adaptar el hermoso lugar que acoge a mi compañía y a mi escuela de danzas españolas, en el Malecón habanero.

Hoy conozco al hombre más allá del historiador de la palabra eterna que me fascinó de niña; al hombre que tiene un corazón más grande que toda su sapiencia y que un día cautivó el mío para siempre; al hombre que termina el día vencido y que amanece cada mañana con el ímpetu intacto para conquistar sus sueños; al hombre que da honor al nombre que ostenta: *Piadoso* en el significado que en griego tiene el nombre de Eusebio y Leal, que es una de las mayores virtudes que un ser humano puede tener.

Hoy conozco, admiro y amo al hombre que esconde ese traje gris que es su escudo y su bandera, y a quien le guardaré agradecimiento y lealtad por siempre.

Hoy, como cuando era una niña, para mí 15 minutos a su lado siguen siendo un placer y una eternidad.

IRENE RODRÍGUEZ  
Bailarina y coreógrafa (Cuba, 1982)

## NO SOLO RESTAURADOR DE PATRIMONIO

---

**E**usebio Leal llegó una tarde al periódico *Granma* cuando era solo un trabajador –ejemplar, desde luego– de la Oficina del Historiador de la Ciudad. Empezaba a desarrollarse su empeño de salvar para las generaciones futuras todas las riquezas patrimoniales de La Habana Vieja. Pero aquella visita no tenía como objetivo solo la promoción de algún hallazgo, ni nada ceñido a un tema sobre monumentos, por ejemplo. La recepcionista del diario me llamó por el intercomunicador. Él estaba en el vestíbulo; me dijo ella que un joven traía un trabajo para publicar. En ese momento mi labor fundamental en el diario era la de Jefa de Información y Cultura. La recepcionista me dijo el nombre del visitante, el cual no era ajeno para mí aunque no lo conocía personalmente. «Que suba al tercer piso», contesté. El subió. Era un joven delgado, muy blanco, más bien pálido, que denotaba cierta timidez y tenía levemente encorvada la espalda, pero me pareció que en esa persona era un gesto y no un defecto físico.

–Siéntate y dime –fueron mis palabras como saludo amigable.

–Traigo un trabajo que escribí para el periódico, una colaboración.

—Bien, espérame un momento que voy a decírselo al director, pues es la primera vez que colaborarías aquí. ¿De qué se trata?

—Es un tema histórico, creo que pueda interesar.

Bajé al segundo piso y se lo dije al Primer Capitán Jorge Enrique Mendoza, que vestía siempre, en esos años, el uniforme *verdeolivo* de la Sierra Maestra, al igual que los demás guerrilleros. Él había formado parte de Radio Rebelde e integrado la Columna 1, de Fidel, durante la lucha insurreccional.

—Mendoza, allá arriba está Eusebio Leal; me dijo que trae una colaboración para *Granma* —le anuncié.

—Léela, y si te parece buena ven con él para acá.

En breve tiempo estábamos en el despacho de Mendoza. Leal ocupó una de las sillas alrededor de la mesa del director: una amplia mesa redonda, con no menos de diez sillas alrededor. Era el lugar donde se celebraban las reuniones previas a las ediciones de *Granma* con los jefes de planas y cualquier visitante. Jorge Enrique agradeció el gesto de llevar una colaboración al periódico, pero el hecho no se limitó a eso. Pronto el encuentro devino una conversación fluida sobre temas históricos, haciendo énfasis en los próceres, y derivó en la actualidad del momento, en Fidel y en la obra de Celia en el Parque Lenin. Eusebio, respetuoso y serio, estableció una comunicación muy interesante con Mendoza, que había sido profesor de los Escolapios (un colegio religioso) en Camagüey y era un hombre muy culto, conocedor de música, literatura, óperas famosas: una especie de

enciclopedista, pero con los pies en el presente y la mira en el futuro. El nombre de Fidel salía a relucir una y otra vez por Eusebio, con gran admiración y queriendo conocer cosas de la Sierra Maestra.

El periódico tiene su tiempo, su hora de «cierre». El director tenía que leer las páginas. Entonces no se trataba de un pequeño tabloide sino de un *Granma* de muchas páginas grandes, «páginas de sábana», como se dice en el argot de la prensa, y Eusebio hizo un intento por marcharse.

—Para no molestar, Capitán, me retiro —dijo.

—No molestas, al contrario —respondió Mendoza.

Salvo las ocasiones en que tenía que recibir una visita formal, la puerta de su despacho permanecía abierta, incluso cuando Celia llegaba, o el propio Fidel, con mucha frecuencia.

Al cabo, Eusebio se despidió. Así fue su ingreso al equipo de colaboradores del diario *Granma*. Nunca hubo que pedirle un tema, pues él encontraba los mejores y adecuados a la prensa. Tantas y tan importantes colaboraciones llevó (siempre lo hacía personalmente) que uno de sus primeros libros publicados es la compilación de sus artículos.

A medida que pasaba el tiempo, el nuevo colaborador tenía más tareas y responsabilidades en La Habana Vieja. La prioridad era la restauración del casco histórico, con la divisa de que no fuera un museo desolado, sino que las familias continuaran viviendo en la barriada.

Ya para entonces éramos buenos amigos, además de colegas. Muchas veces, en mi condición de periodista



participé en actos: comienzo de obras o inauguraciones, recorridos de personalidades que visitaban el casco histórico, conferencias, etc.

Pero, énfasis: Eusebio no es solamente el restaurador de la ciudad de La Habana, propuesta por la doctora Marta Arjona en la UNESCO, y aprobada, como Patrimonio de la Humanidad. Siempre para Eusebio, hasta ahora, es poco lo que hace, de ahí que además de su natural nombramiento como director de la Oficina del Historiador de la Ciudad, cargo que había desempeñado el intelectual y revolucionario Roig de Leuchsenring, de quien fue alumno creativo, Eusebio creó una editorial de gran prestigio: Boloña —cuyo nombre es un símbolo de la cultura— con las consiguientes librerías. Y una revista: *Opus Habana*, impresa y hoy también digital (porque si algo interesante tiene este historiador y conservador es su prontitud para colocarse en el tiempo que vive), la Biblioteca Pública Rubén Martínez Villena, o el Planetario, o el Taller de Encuadernación, o las Residencias para la atención de ancianos... Valgan solamente como ejemplos, que surgen en los momentos de más intenso trabajo de restauración emprendidos por Eusebio y su equipo, pues, individuo creativo y de grandes metas, ha sabido desde el primer momento de esta carrera contra el tiempo, integrar y enriquecer un colectivo amante de hazañas como él.

Escribo estas líneas sin buscar notas; digo lo que voy recordando, como estampas. Sus visitas de colaborador,

obviamente, se espaciaron. Recuerdo que durante muchos meses, en una etapa, no iba al periódico ni llamaba. ¿Qué estaba haciendo Eusebio, además de la labor de restauración del patrimonio?

Un día nos sorprendió a todos en el periódico. Fue a principio de la década del noventa. Llegó para entregarnos al colectivo, la que considero su obra escrita más impresionante y necesaria, investigación indispensable para la nación cubana y todos sus hijos, de relectura siempre: *Carlos Manuel de Céspedes. El Diario Perdido*.

Si me preguntaran cuál es el oficio, entre todos, que habría que reconocer más en Eusebio Leal Spengler, hoy y mañana, sin tenerlo que pensar ni un instante respondería: el trabajo como un deber y un gusto que raya en un fértil adicción.

MARTA ROJAS  
Escritora y periodista (Cuba, 1928)

## UNA VOZ QUE COMPROMETE



**E**usebio es un nombre raro en nuestros tiempos. Y su naturaleza es rara también. Es corto y sin embargo tiene cuatro vocales, tres sílabas, dos consonantes y dos diptongos. ¡Demasiado complejo para tan corto nombre!

En realidad, ni conozco su etimología, ni tampoco conozco muchos «Eusebios» historiadores contemporáneos. Pero sí a uno que todo el mundo conoce, no porque su nombre sea corto, raro o porque sea la única persona con ese nombre en estos tiempos, sino por el modo particular de andar en su vida sobre las piedras y que éstas se han vuelto caminos, dejando a su paso una labor de rescate de todo lo derruido y olvidado, tanto en el sentido material como en el espiritual.

Desde los tiempos de la Casa del Agua primero, y de la Natilla después, ha ido conquistando metro a metro un mundo que reverencia el pasado y lo acerca a la contemporaneidad, embelleciendo el entorno de La Habana Vieja con sus hermosas plazas que son orgullo de la nación. Recuerdo una noche, varias décadas atrás, donde tuvimos un encuentro casual en el que, con gran inspiración y proyección de futuro, me enseñaba estas dos primeras casas, entonces recién abiertas, y que serían la

simiente de todas las instalaciones que tienen hoy su espacio en La Habana Vieja.

Hace 23 años recibí una invitación de Eusebio para que mi orquesta, la Camerata Romeu, tocara en una nueva sala de conciertos que se abriría en La Habana Vieja. No imaginaba que lo que me estaba ofreciendo era en realidad que la sede de la orquesta fuera la recién reconstruida Basílica Menor de San Francisco de Asís, gracias al patrocinio del Instituto de Cooperación Iberoamericano. El otorgamiento fue totalmente inesperado, y sentí súbitamente la intensidad de la responsabilidad profesional que tenía ante mí con un nuevo y lujoso espacio en la ciudad, creado para hacer la música y ofrecerla al público, y en silencio a Eusebio, quien había apostado por nuestra joven orquesta.

No hay dudas de que hoy en día la Basílica ha devenido un Templo de la Cultura a la cual está ligada no solo nuestra orquesta, sino también la historia reciente de la Música de Cámara en Cuba, junto con otros espacios que fundara Eusebio con posterioridad.

En ese andar tan propio que desplegó durante años, cada día desde horas tempranas de la mañana, como soldado de su propio ejército (lleno de profesionales de primer orden, artífices, artesanos, oficinas diversas con propósitos concretos etc.), estuvo supervisando, controlando, decidiendo, preguntando, conociendo y diseñando todo lo que vemos hoy. Su pasión por La Habana ha sido su proyecto de vida. Puedo solo imaginarme los sacrificios personales para lograr un objetivo

mayor altamente complejo, difícil, costoso, riesgoso, lento y contradictorio, contenido en este magno proyecto.

Pero este andar vino acompañado por su verbo encendido, con el cual las razones toman otras proporciones. Es una voz que compromete, convence, une voluntades y crea la necesidad del acto de la confirmación y concreción de una idea. Ha sido certero y valedero en favor de una palabra sagrada: el Patrimonio Cubano, que gracias a su obra es Patrimonio de la Humanidad. En ese andar, su verbo ha sido su mejor aliado. Por eso ha podido lograr una obra inmensa que no cabe en un nombre corto pero sí cabe si se conjuga con el de Eusebio, el Leal Caballero de La Habana Vieja.

Habrá sacrificado otros caminos importantes para poder darle cabida al reclamo de una Vieja Dama que lo esperaba, y le exigía su atención: La Habana Vieja. Ha sido una obra de amor porque ha sido Leal a ella. Ha sido también Leal a sus convicciones y propósitos. Es una obra que lo engrandece y de la cual todos los cubanos podemos sentirnos altamente orgullosos. Y, sobre todo, de que tengamos entre nosotros a un Eusebio, no el del nombre raro y corto, sino a uno que define a un hombre realmente Grande, Cubano y Leal.

ZENAIDA ROMEU  
Directora de orquesta (Cuba, 1952)

## LA VISIÓN EMPRENDEDORA

---

**C**onocí a Leal, hace ya más de veinticinco años, en el Palacio de los Capitanes Generales, donde entonces tenía su despacho de Historiador de la Ciudad de La Habana.

El recuerdo que tengo bien grabado, fue el de encontrarme ante una persona singular, a quien acompañaba en sus modales y hospitalidad un desbordante conocimiento y dicción, expresado con su buena voz de barítono.

Desde entonces he seguido visitando frecuentemente La Habana y he sido testigo del espectacular cambio que en tan poco tiempo ha conseguido esta ciudad.

No debo ser yo el que haga una relación de las obras más importantes que se han realizado bajo sus auspicios: iglesias, museos, universidad, bibliotecas, escuelas, centros de asistencia a personas de la tercera edad, palacios, casonas, bloques de casas, plazas, calles... Todo ha mejorado con orden, calidad y respeto al pasado, gracias a su conocimiento y a la creación de un equipo de arquitectos y restauradores de prestigio internacional.

Pero voy a mi terreno: donde más he notado la genialidad de Leal ha sido en la visión como emprendedor,

porque paralelamente a la restauración, reconstrucción o consolidación de los edificios más singulares, creó unas infraestructuras, instalaciones y servicios capaces de soportar, agradar y sorprender a jefes de estado, dignatarios, empresarios y turistas, muchos turistas. Y adelantándose a muchas ciudades occidentales, peatonalizó las vías más interesantes de La Habana Vieja, y hoy el movimiento por esta bella ciudad significa pasearla entre museos, comercios, restaurantes y mucha vida, porque las calles están vivas.

Eusebio ha sido laureado y condecorado por muchos países que le han premiado con los más altas distinciones (España hace unos meses le ha concedido una de las más altas condecoraciones que otorga, la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica), pero muchos veladamente le hemos premiado con la medalla de Oro al mérito turístico.

Estoy convencido, y será de justicia, que la historia considerará a Eusebio Leal Spengler como cofundador de La Habana, con Diego de Velázquez.

Mi pequeña contribución a su persona es mi admiración, respeto y afecto.

EMILIO RONCERO  
Empresario (España, 1938)

## MAESTRO Y MENTOR



**Q**uerido Eusebio:  
Me anticipo a tu 75 cumpleaños para felicitarte y recordar los muchos años de nuestra amistad y el sinnúmero de acontecimientos que nos ha tocado vivir muy de cerca, tú como protagonista y yo como testigo de tu obra.

Fue en 1965 cuando el Consejo Nacional de Cultura —que había funcionado durante algunos años en Marianao— se trasladó al Palacio del Segundo Cabo, cercano al Palacio de los Capitanes Generales donde comenzabas a desarrollar tus actividades al frente de la recuperación del que sería después Museo de la Ciudad. Te recuerdo recuperando objetos, documentos e información sobre ese edificio y sobre otros muchos trabajos que incrementarías a partir de 1967, cuando fuiste nombrado Historiador de la Ciudad.

Pronto quedó claro para nosotros, tus colegas, que tu propósito era mucho más amplio que organizar un museo para la ciudad o recuperar y organizar documentos antiguos tratando de detener la pérdida de elementos arquitectónicos y artísticos de La Habana Vieja.

Quienes estuvimos en La Habana Vieja en los años iniciales de la Revolución, conocimos del deterioro del



tejido social de esa zona, provocado por el abandono, el abuso y la desidia a la que fue sometida la población mayormente humilde que allí vivía. Si hoy en día nos emociona y maravilla el proceso inteligente de restauración de edificaciones, algunas conservando sus usos originales y otras destinadas a servicios, lo realmente importante es la ubicación de los seres humanos como centro inconfundible de tu proyecto. Para ellos existen nuevas viviendas, servicios sociales y puestos de trabajo.

También están los valores culturales, la clara conciencia del poder de lo restaurado y recuperado en términos de reconocimiento de nuestro pasado, de su comprensión y su proyección al futuro y a la defensa de lo que nos es propio.

Por supuesto, tu equipo de trabajo te ha acompañado. Los jóvenes investigadores, historiadores, artistas y arquitectos se te acercan, has sido inspiración para ellos, intervienes en su formación hasta hacerlos comprometidos con la tarea infinita. Has sido un maestro y un mentor.

Ahora, cuando crece y se extiende el interés en recuperar el patrimonio construido de nuestro país, que sirve a su vez como uno de los soportes del patrimonio intangible, vemos tu influencia y tu obra multiplicada.

Recibe todo mi afecto,

MARGARITA RUIZ BRANDI  
Promotora cultural y funcionaria  
(Cuba, 1936)

## UN LIRISMO DESCONOCIDO

---

**C**onocí personalmente a Eusebio Leal Spengler en la breve etapa en que el Museo Nacional de Historia Natural estuvo subordinado a la Dirección Provincial de Cultura. Yo trabajaba en el Museo como asesor científico, y en tal condición participé en algunas reuniones de museos.

Allí, no solo lo conocí, sino que comencé a descubrir la particular y extraordinaria condición humana de Leal, su pasión por la tarea de otorgar a La Habana Vieja la dignidad merecida, y esa manera única de imprimir a la historia de Cuba, a sus inmensos protagonistas, a sus monumentos y entorno ciudadano, un lirismo totalmente desconocido para mí.

Me subyugó su oratoria y originalidad para explicar los más escabrosos temas, admiré siempre su valentía y, sobre todo, el respeto con que lo he visto tratar a las personas aun cuando no comparta sus puntos de vista. Años después, coincidí con Leal en varios eventos académicos y culturales, y siempre me llenó de orgullo constatar que nunca me olvidó.

Por razones de trabajo he tenido que acercarme a él para tratar ciertos temas, si bien algunos previeron que no le interesarían por no estar en su radio de acción

profesional. ¡Pocas cosas más lejos de ese razonamiento! Leal nunca ha dejado de escuchar con paciencia y consideración; y no se ha limitado a ello, sino que ha actuado para motivarme a dar aún más por este país, que tiene en Leal a un hijo que se prodiga en el carácter de su apellido.

Ahora, a mis 90 años, le agradezco a Eusebio Leal su contribución a que yo haya sido mejor persona.

GILBERTO SILVA TABOADA  
Naturalista y espeleólogo (Cuba, 1927)

# TITÁN CONTEMPORÁNEO



**E**usebio<sup>1</sup> Leal<sup>2</sup> es para mí:

«El amigo sincero que me da su mano franca»,  
el que sostiene y acompaña, el que no abandona.

El niño soñador y díscolo, consumidor insaciable de  
belleza y amor.

El cubano que se enorgullece y honra de serlo con  
tierna y feroz pertenencia.

El devoto hijo de Cuba que enaltece a sus gloriosos  
predecesores y reclama dignidad para los hermanos  
presentes, por los futuros.

El patriota culto, medular, sin frases hechas ni dema-  
gogias. El que se regocija sintiéndose pueblo y atesora  
su acervo.

El simpático y ocurrente criollo, singular caballero,  
ferviente ciudadano universal.

El fraternal cristiano a quien conmueven los desvali-  
dos, los niños, los ancianos, y les asiste con recursos  
que tenaz y amorosamente crea.

<sup>1</sup> Eusebio: nombre cuyo significado alude a la máxima bondad y  
virtud de quien lo lleva.

<sup>2</sup> Leal: que guarda fidelidad y actúa con sinceridad.

El revolucionario humanista, romántico y solidario, ejemplo en sus valientes palabras, en su permanente y útil labor.

El que siente latir el patrimonio, le rescata, sana y devuelve a la vida. El que ama la naturaleza y cariñosamente la preserva.

El incansable hacedor de milagros para el bien común.

El prolífico creador de originales proyectos, utopías magníficas y laboriosos caminos para alcanzarlas, con él en la vanguardia.

El que conoce, valora, comparte y exalta la cultura universal, la de su Patria en primer lugar.

El que por riqueza tiene sueños y por gloria acciones.

El que solo es siervo del honor, la justicia, la lealtad y el deber.

El que si acompaña el poder o lo detenta, es en servicio de todos.

El brillante analista, sabio y sensitivo, el que intuye las ciencias y el devenir genialmente con su dialéctica lógica.

El artífice de la oratoria profunda y edificante, el de la voz hermosa, alquimista que conoce el misterio de las palabras y sus mágicos efectos.

El que educa y construye, el desprejuiciado, el de la memoria grande, el conocimiento inmenso y la mente lúcida.

El que se derrumba ante el desamor y el maltrato a un semejante, y a sí.

El que no ve simulación ni oportunismo, el que cree en sus semejantes. El que ama a su enemigo.

El que nos anima y entusiasma, el que brinda alas para la fantasía, el que preserva y difunde la esperanza.

El hermano mayor: desconfiado, exigente, inquisitivo. El hermano menor: desolado, urgido de afecto y apoyo. El huracán y el remanso.

Cuando percibo el leve tiempo vital que nos corresponde en este mundo –no sé si habrá otro. Cuando me conmueve y deslumbra la grandeza de quienes trascienden por desbrozar y orientar el legítimo derrotero de la historia, miro mi vida serenamente, y me veo acompañando a este cercano y cordial Titán contemporáneo. Agradezco entonces infinitamente a la vida y el azar, porque permitieron hacer mi estancia útil y ensanchar mi pensamiento al ser su compañera y amiga. Para él, «cultivo una rosa blanca».

RAIDA MARA SUÁREZ PORTAL  
Historiadora, investigadora,  
Directora Emérita de Patrimonio Cultural,  
Oficina del Historiador de la Ciudad  
(Cuba, 1950)

## MÁGICA SENSIBILIDAD CULTURAL



**V**ivía en Atabey, trabajaba en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNIC). Por las noches manejaba mi «cucaracha» hacia La Habana Vieja para escuchar el zumbido de la gente en las calles, esperando a que mi mente lograra filtrar algo del lenguaje ajeno. Recién llegado a Cuba no dominaba el castellano; el «cubano», ni por asomo. Una vez parqué el carro cerca del Castillo de la Real Fuerza y fui caminando sin rumbo. Habiendo atravesado un parquecito rodeando a Céspedes, me veo frente a un palacio con la pátina de siglos. La puerta de entrada principal abre la vista a una estatua alta bajo palmas. Es Cristobal Colón, ya le reconozco de lejos. Cruzo la callecita adoquinada que extingue mis pasos y me conduce al silencio del patio, celebrado por el gorjeo de los pájaros. Hasta hoy experimento el aire suave, el canto celestial y lo que sucedió después en el patio del Palacio de los Capitanes Generales. Escribíamos el «Año del Guerrillero Heroico».

En el fondo del patio veo a un muchacho ordenando cosas, recogiendo basura, lo que mucho hace falta a ese patio. Me acerco, le saludo. Una cara inteligente, ojos flagrantemente, la ropa y las manos sucias del trabajo rudo. Le ofrezco mi mano, nos enfrentamos juntos al desorden

museal. Recuerdo una tabla tan pesada que ni entre los dos la movimos. Así, en 1968, conocí al entonces recién nombrado Historiador de la Ciudad de San Cristóbal de La Habana. Eusebio Leal Spengler, el aprendiz puesto en las botas grandes del regio Emilio Roig de Leuchsenring, tenía 26 años. De su predecesor me habló a menudo más adelante, a veces con la angustia de si iba a ser capaz de cumplir con el desafío de preservar y restaurar con la dignidad debida la perla del Caribe. Medio siglo después queda mucho por resolver en Cuba. Sin embargo, el Centro Histórico de La Habana renació, cual sueño materializado, modelo en piedra y espíritu para la restauración del país. Roig se frotaría los ojos. Su alumno no solo cumplió, sino que hizo historia.

¿Qué habilita a Eusebio Leal Spengler para obra semejante, qué le anima? Sobra señalar su inteligencia, disciplina, eficiencia, memoria, lenguaje, capacidad laboral, la manera de hacer bien las cosas, «a la británica», como él dice. Ante todo le anima su amor y compromiso por el país, el pueblo, la historia, el futuro y el papel global del mismo.

Pero déjenme resaltar solo dos rasgos suyos. En el año 1983 pasé por La Habana, en viaje hacia México. Eusebio me llevó a uno de los primeros edificios restaurados, la Casa de los Árabes, entonces Oficinas 12: una joya en medio de la decadencia. Me habló de la cultura árabe y las huellas que esa dejó en Cuba. Lo hizo con gran sutileza. Nuevamente experimenté su alta sensibilidad cultural, la que le permite fomentar la



armonización de culturas, premisa para un mundo mejor. El Centro Histórico es su modelo. Véanse las iglesias griego-ortodoxa y ruso-ortodoxa, la vida cultural riquísima y multicolor suscitada por la Oficina del Historiador. En la Casa de los Árabes me abrió los ojos sobre la ingeniosidad de esa cultura en promover el contacto interpersonal. Otra prueba de sensibilidad cultural dió en mi primera patria (Cuba sigue siendo la segunda). En el este de Alemania vive el pequeño pueblo de los Sorbios. Soy uno de ellos. Somos el pueblo eslavo más chiquito, la población indígena, los indios de la región, por así decirlo. En 1970 Eusebio nos visitó en los días de Pascua y presenció una de las costumbres ancestrales de los Sorbios. El Domingo de Pascua los campesinos se visten de negro, se ponen el sombrero de copa, adornan sus caballos, los montan, por parejas forman una fila larga y solemne, cabalgan a un pueblo vecino; los campesinos de allá al revés, y cantando en su idioma antiguo ruegan por buena acogida. La costumbre es pagana, transculturada en el curso de milenios. Eusebio vió la procesión con ojos grandes y la interiorizó con tal perfección que, en varias ocasiones, cuando tuve la suerte de escucharle describiéndola posteriormente, vi a los Jinetes de Pascua ante mis ojos, si bien bastante embellecidos, y les oí cantando mucho más bonito, como jamás cantaron. Eusebio concibe cultura en su esencia, y su lenguaje épico le permite hasta audio-visualizarla. Su sensibilidad cultural es mágica.

Otro rasgo fascinante es su sensibilidad social, a la vez parte integrante de su concepto cultural. Después del colapso del campo socialista llevé trabajando una década en Rusia y Asia Central, dedicado a proyectos de desarrollo que iban a mitigar el impacto en la vida de la población. Experimenté el desamparo y el sufrimiento del pueblo bajo los cambios socio-económicos. Cuando por fin volví a Cuba, me di cuenta en qué medida también el pueblo cubano había sufrido bajo los cambios geopolíticos y económicos.

Intercambiamos mucho sobre lo sucedido. Eusebio me habló del Convento de Nuestra Señora de Belén y su Plan de Desarrollo Social. Fui allí, hablé con el director, los empleados, los ancianos y quedé profundamente impresionado. En condiciones difíciles, se implementaba un modelo médico-social de gran transcendencia. Soy médico y dediqué buena parte de mi vida al esfuerzo de cómo enlazar mejor la medicina curativa con el compromiso social de la profesión médica. En Cuba ya había experimentado la evolución de la medicina general integral con los médicos de la familia y el equipo básico de salud. Ahora, en Belén, conocía un modelo de asistencia integral a la tercera edad.

Visité además otros centros de atención médico-social y de rehabilitación, creados por la Oficina del Historiador para niños, adultos, discapacitados y ancianos. Me di cuenta de las múltiples actividades e iniciativas para estimular y enriquecer la vida social en La Habana Vieja también fuera de estos centros.

Comprendí el conjunto. Ese modelo municipal de una asistencia social abarcadora complementa perfectamente la medicina general integral cubana que ya tiene fama a escala mundial. Volví a ofrecer mi mano, como la había estrechado ya en aquel entonces al recién nombrado Historiador de La Habana en el Palacio de los Capitanes Generales.

¡*Ad multos annos*, Eusebio! Queda mucho por hacer. Llevas los genes de Silvia, tu querida y tan admirada madre. En ocasión de su nonagésimo noveno cumpleaños la llamé desde Alemania para disculparme por esa vez no poder entregarle en persona el ramo de mariposas de Lázaro, el florista de la Plaza de San Francisco. Dijo ella: «No te preocupes, Klaus, otra vez será; cumpleaños hay todos los años». Y, de hecho, al siguiente cumplió 100.

¡*Ad multos annos!* entonces, mi hermano.

Un abrazo muy fuerte.

KLAUS THIELMANN  
Científico y político (Alemania, 1933)

## CONSTRUCTOR DE MEMORIA



**E**mpecé a sentir mi ciudad cuando tenía seis o siete años. De la mano de mi madre, en paseos de domingo, principié a andar la parte de La Habana, más que vieja, antigua. Poco a poco fui descubriendo los incontables secretos, símbolos e historias de mi ciudad, de la «antigua y monumental». Aún hoy los sigo descubriendo.

Por entonces, se observaban las manos intrusas de los violadores de secretos y de historias, de los profanadores de símbolos; de los sin pasado adoradores del dios áurico. No era entonces un espacio para turistas; era una abigarrada sociedad donde mendigos extendían la mano para recibir una limosna piadosa y degradante o un señor de traje blanco daba su aire de distinción tropical a sus estrechas calles.

El 11 de septiembre de 1942, siete días después de mi nacimiento, vio la luz de nuestros días otro niño, Eusebio Leal Spengler, que al igual que yo en mi niñez, debía estar caminando por nuestra ciudad, soleada y bulliciosa, de atardeceres refrescantes y contemplativos, de noches intensas y soñadoras. Quizás, aquellos dos «fiñes» se cruzaron alguna vez en la cotidianidad citadina.

Sin poder medir su magnitud, un huracán revolucionario cambió nuestras vidas en 1959. Teníamos dieciséis años. Sin conocernos, la Revolución Cubana nos hizo crecer; amplió horizontes y ennobleció nuestras vidas. Más que de cambios epidérmicos de lo que se trataba era de crear, construir, una sociedad nueva.

Eusebio se convirtió, poco a poco, en un ejemplo de la generación que nació a la vida política y social en plena construcción revolucionaria, llena de contradicciones, en la cual el deber y la honestidad, que él tan bien encarnó, fueron esenciales en el debate por un fidelismo consecuente.

Pasaron los años y tuve a mis dos hijos mayores. Desde los cinco años mi recorrido con ellos era La Habana Antigua, mal llamada Vieja. Les traté de enseñar aquellos lugares que para mí le daban una distinción a la ciudad por sus tiempos históricos, sus simbolismos, su vida social y artística.

El «deambuleo» por aquellas calles ya permitía observar que a la ambición destructora de los cincuenta se unía ahora cierta inconsciencia sobre el valor de la misma. No eran pocas las veces en que pensaba en Emilio Roig, en sus esfuerzos, y me preguntaba si aquella parte de la ciudad estaba condenada, irremediablemente, a un deterioro que podía terminar en su aniquilación.

Un buen día alguien me habló de un joven que se había impuesto salvar espacios de aquella ciudad. Había todo un símbolo, el Palacio de los Capitanes Generales,

en el cual se izó por primera vez la bandera cubana, el 20 de mayo de 1902. Por ahí empezó aquel joven inquieto al que al fin conocí una noche en la Universidad de La Habana. Hablando de historia descubrimos cuánto de común tenían nuestros puntos de vista. De ellos nacía una pasión que cada uno encauzaba por vías diferentes.

De Eusebio aprendí no solo con su palabra, sino con su vida y con su obra, que la Historia es algo más que letras, palabras y discursos más o menos de ocasión. Era también el lenguaje de las piedras, lo que dice una ciudad viva; la importancia de que en todo discurso haya un mensaje, no un simple anecdotario sino una trasmisión creadora de conocimiento nuevo, de la continuidad que permite convertir la historia en memoria viva de un presente en el que vibra la concepción que presentaba Fernando Ortiz: ser cubano es la conciencia y la voluntad de serlo. Eso fuiste, eso eres y eso serás siempre, querido Eusebio.

Me pregunté muchas veces de dónde provenía la brotación que llevaba a Eusebio a esa entrega sin límites. Nuestros andares comunes me permitieron leer uno de mis libros preferidos, escrito por él. Lleva el simple nombre de *Fiñes*. Sentí al leerlo que se reproducían, sin ser las mismas, situaciones que permiten entender las raíces profundas de la habanidad de habanidades de un habanero.

Continuando en la lectura de sus obras leí otra de profunda raíz histórica y, a la vez, de proyección humana, cultural y espiritual de lo que es, de cómo se

conformó lo que algunos pudieran llamar la utopía cubana o el sueño cubano: *Fundada esperanza*. Percibí, siempre, que el profundo sentimiento habanero no era, al decir de Martí, la vanidad de un aldeano vanidoso. Por el contrario, era la habanidad de un cubano que siente y sabe que es toda Cuba quien le da sentido a su habanidad. Para Eusebio, no se trata de una historia muerta. En él se expresa una historia viva para el pensamiento actual de la creatividad presente y futura de todos aquellos que van conformando sentimiento y pensamiento en la Cuba que les pertenece; en un país repleto de leyendas e historias extraordinarias; de figuras que van más allá de lo que una buena novela pudiera construir.

A ti, Eusebio, los agradecidos, aun en el transcurrir del tiempo, te recordarán como uno de los hombres más reales y útiles de nuestra época. Fidelidad, honradez, valentía, inteligencia, imaginación, son términos que en ti constituyen la esencia misma de lo que eres. Amor infinito a Cuba, no como un pedazo de tierra habitada, sino como una condición humana que a su vez ha sido esencia de nuestra Cuba «cubana», universal por sus raíces, y no anglosajona. Constructor de memoria, has llevado en la sangre nuestra cultura y nuestra historia, has hecho que en nuestra Habana, y en toda Cuba, por todos los sentidos penetrara la cubanía. Ver lo que somos y lo que hemos construido; disfrutar las sonoridades cubanas desde lo clásico a lo popular; degustar la fusión excelente entre nuestros

frutos y la creación humana de combinarlos; palpar la historia con las manos en cada obra que se erige o en cada monumento rescatado. En fin, tú nos has permitido disfrutar, con gusto y conocimiento, el formar parte, con noble orgullo, de la infinitud de la creación cubana. Cubanidad es eso: cuidar, rescatar, sentir, amar lo que nos pertenece. Y estar dispuesto, incluso, a morir por ello o continuar, mientras nos dure la vida, con el orgullo de ser lo que se es, y hacer lo que se debe hacer.

Me cabe, en lo personal, la satisfacción de haber convivido contigo un tiempo histórico inigualable, quizás difícil de poder ser captado en toda su magnitud, sobre todo espiritual y humana.

Gracias, Eusebio, por existir.

EDUARDO TORRES-CUEVAS  
Historiador, académico e investigador  
(Cuba, 1942)



## EL ALMA DE RAÍZ



**H**ay en la oficina de mi despacho una fotografía sugerente. Ella enmarca un trozo de La Habana que ha sido mi casa y la casa de muchos.

Sin embargo, lo que más llama la atención de la foto es el contraste entre dos luces: una es la luz natural del Sol en poniente, y la otra es la luz encendida del Convento de San Juan de Letrán. Dos luces distintas, pero encontradas entre sí; dos luces de una misma historia, de un mismo andar... Y lo que es más importante, dos luces que buscan iluminar.

No es lo mismo alumbrar que iluminar: el que alumbraba busca brillar, el que ilumina desea guiar, de manera que alumbramos por nosotros mientras iluminamos para los otros.

Lo cual ciertamente me recuerda aquella expresión que me dijeran al llegar a Cuba, en el momento en que me regalaban una linternita que conservo como un sacramental: «Padre Manuel, esta luz es para *iluminar*, para que Vd. pueda ver, porque estamos en apagón». Era el 15 de octubre del año 1993.

Mi vida desde entonces en Cuba, en esta Patria querida, ha sido eso: una vida entre dos luces. Una, la luz de la comunidad de Letrán donde he vivido, y

la otra, diría, son las personas con las que me he encontrado.

Y puesto que vivimos para encontrar y encontramos viviendo, vivir y encontrar se articulan en esta historia que me ha permitido conocerte, amigo Eusebio.

Quienes son extranjeros como yo, saben muy bien el valor que tiene hallar amistades en un país distinto al de uno; no solo porque el encuentro con el diferente en tierra extranjera nos ayuda a descubrir las riquezas, culturas y tradiciones de una sociedad, sino porque la amistad ilumina toda la vida y aquel que es distinto de mí me enriquece al invitarme a formar parte de su identidad, de su espacio.

No puedo menos, entonces, que sentirme dichoso por abrazar en tu persona al «buen amigo» de los versos martianos (*Tiene el leopardo un abrigo...*), y por los otros amigos que como tú me han enseñado a sentir Cuba, a amar Cuba, a permanecer en Cuba.

En verdad pienso que el habernos encontrado, el estar de acuerdo en una ética de mínimos, nos permite armonizar las diferencias y también trabajar juntos para formar una Cuba «*con todos y para el bien de todos*».

Finalmente, amigo Eusebio, en mi sentir de fraile dominico, quisiera citar las sabias palabras de Dulce María Loynaz:

«Sólo clavándose en la sombra, chupando gota a gota el jugo vivo de la sombra, se logra ser para arriba obra noble y perdurable. Grato es el aire, grata la luz;

pero no se puede ser todo flor..., y el que no ponga el alma de raíz se seca».

FRAY MANUEL UÑA FERNÁNDEZ, O.P.  
Vicario de la Orden Dominica en Cuba  
(España, 1935)

# SU ENERGÍA COLOSAL

---

*Nada grande se ha hecho  
en el mundo sin una gran pasión.*

*Friedrich Hegel*

**C**uando a petición de las autoridades cubanas patrociné en el año 1995 la iluminación de la efigie del Che en la Plaza de la Revolución —obra colosalmente realizada por el artista cubano Enrique Ávila—, conocí a Eusebio Leal Spengler, un hombre cuyas grandes pasiones reescriben la historia de La Habana.

Más tarde, por la admiración y el amor que le tengo a esa ciudad y sus habitantes, fue que propuse a las autoridades cubanas realizar la compleja tarea y de gran escala que supuso llevar a cabo la iluminación artística del Castillo de los Tres Reyes del Morro.

Debido a las restricciones del Período Especial, en dicha época la ciudad estaba muy poco alumbrada y, hasta entonces, ningún monumento había sido iluminado con la finalidad de resaltar sus valores históricos y arquitectónicos. Gracias al acuerdo con las autoridades cubanas y al apoyo incondicional de mi fiel amigo cubano Eloy Rodríguez Guillén, pudimos emprender la tarea de iluminar el Morro, otorgándole gran esplendor

a este grandioso e histórico monumento, símbolo de Cuba.

Fue un proyecto de grandes desafíos. Por una parte, las dimensiones del castillo en sí mismo, y por otra, las condiciones atmosféricas locales con temperaturas en verano de alrededor de 45 y 50 grados al sol, vientos de 150 kilómetros por hora —y más—, y olas de hasta 22 metros de altura que sobrepasaban al faro en época ciclónica. Todo ello demandó el empleo de importantes medios tecnológicos. El costo del proyecto fue de alrededor de 500 mil dólares, los cuales reuní con la ayuda de grandes amigos y el apoyo de la ciudad de Lyon, en Francia, debido a que a nivel mundial, fue la primera en tener un plan de iluminación artístico. Esto, gracias a *Industrial Lyones*, siendo Roger Monnami quien puso a nuestra disposición arquitectos de luz de gran calidad y los servicios técnicos de la ciudad de Lyon.

En dicho contexto, enseguida solicité a Leal su participación como interlocutor de la parte cubana. Fue para nosotros un gran privilegio contar con su fascinación y respaldo incondicional al proyecto; incluso, prestó un apoyo invaluable cuando puso a nuestro servicio varios equipos de expertos electricistas de la Oficina del Historiador.

Así, todo el equipo implicado y en conjunto con mi compañía Metropolitana de Electricidad M2E, comenzamos los trabajos en el mes de noviembre de 1996. Un año después, para la fiesta de San Cristóbal de La Habana el 16 de noviembre de 1997, frente al Malecón, en la explanada, se inauguró el proyecto de iluminación del

Castillo de los Tres Reyes del Morro, bautizado por Leal como «Proyecto Margarita Morro», en reconocimiento a la memoria de mi madre, gesto que acompañó la develación de una placa conmemorativa en la Punta, por lo cual le estoy infinitamente agradecido.

Aquel fue un evento mayúsculo que contó con la participación de una gran multitud de habaneros e importantes personalidades y autoridades de ambos países. En presencia del embajador de Francia fui condecorado por el ministro de Cultura de Cuba con la Distinción por la Cultura Nacional, y declarado como Hijo Ilustre de la ciudad por el presidente de la Asamblea del Poder Popular de La Habana. Desde Francia se trasladaron aproximadamente 150 personas, principalmente numerosos industriales y personalidades políticas, entre ellos Raymond Forni, presidente de la Asamblea Nacional y Michel Dreyfus Schmidt, vicepresidente del Senado, que otorgó a Eloy Rodríguez Guillén la Gran Medalla del Senado.

En esa época, varios periodistas compararon la iluminación del Castillo de los Tres Reyes del Morro con la de la Torre Eiffel de París.

Pienso que el mundo entero debe estar agradecido por esta obra maestra, realizada por un gran hombre llamado Eusebio Leal Spengler. Yo lo comparo con el ingeniero francés Gustave Eiffel, porque al igual que Eusebio logró a fuerza de voluntad e inteligencia que su obra sobrepasara todas las épocas. Hoy tenemos una Torre Eiffel, símbolo de París, y La Habana Vieja como Patrimonio de la Humanidad desde 1982, gracias a su trabajo de recuperación

de los valores históricos y arquitectónicos de las edificaciones, y, recientemente, como Ciudad Maravilla.

La obra de Eusebio Leal en la restauración de La Habana es reconocida por numerosos países, los cuales le han otorgado las más altas condecoraciones. Francia, por su parte, le concedió la medalla de la Legión de Honor y más tarde lo elevó al grado de Comandante, distinción que le fue entregada en el Museo Napoleónico de La Habana por el Presidente del Senado de Francia, su excelencia Jean-Pierre Bel. Conociendo la admiración de Leal y su conocimiento de la historia de Napoleón, estoy seguro de que ese fue un día de gran emoción para él, al punto de sentir el peso de la historia en sus espaldas.

Leal ya forma parte de la historia de Cuba y deja un importante legado a nivel mundial para las futuras generaciones. A lo largo de toda su carrera ha realizado una obra fantástica, exhibiendo una energía colosal y una voluntad inquebrantable. Eusebio le devolvió la vida a La Habana Vieja, en la cual no hay un lugar donde no se encuentre el amor, la sensibilidad, la pasión y la energía de este hombre único, cubano digno que ha trabajado y continúa trabajando por ella hasta el último aliento.

SERGE USSORIO  
Empresario (Francia, 1946)

## FUNDADOR ESPIRITUAL

---

**S**i un día lo olvidaran los hombres, lo recordarían las piedras. Así expresaba Fina García Marruz su admiración en una dedicatoria a su amigo Eusebio Leal. En tan pocas palabras, una verdad como un templo.

Aquella amistad de Eusebio y mi familia se remontaba a los años en que todos eran muy jóvenes, y yo, apenas un niño.

Aquel niño recuerda vagamente una función teatral del «Cántico de Navidad» de Dickens en la parroquia de Arroyo Naranjo, en cuyos roles protagónicos se presentaban nada menos que los inmensos poetas Eliseo Diego y Octavio Smith, y en aquel pobrísimo escenario aparecía de pronto un muchacho en un pequeño papel secundario. ¿O acaso fueran todos, en aquel mágico retablo de poesía, actores principales? (En la imaginación de un niño estas cosas son muy relativas).

Eusebio era aquel muchacho, ávido, humilde y lleno de ilusiones, como no ha dejado de serlo hasta hoy.

Pero nuestra amistad demoró un tiempo en revelárenos. No puedo decir en qué momento Eusebio comenzó a ser, no solo el «amigo de mis padres», sino mi amigo y el de mi esposa y mi hijo. En definitiva, no



importa mucho cuándo comienzan las cosas que han de ser para siempre.

Cómo habría crecido ese cariño mutuo y esta admiración nuestra, para que no dudáramos un instante, Silvia y yo, en escogerlo en 2004 como padrino de nuestra segunda boda, ante la Fe que compartíamos.

Es inevitable sentir una sensación de orgullo al evocar nuestra amistad. Ha sido una amistad que ha crecido sin aspavientos, ni contactos frecuentes, ni motivos materiales. Pero cada vez que nos vemos sentimos que lo queremos más. Y, por esos «afectos de tan delicada honestidad» martiana que nos inspiran los amigos entrañables, también quisiéramos nosotros merecer cada vez más su aprecio. Así ocurre ante los seres excepcionales.

Pero más allá de las alegrías que la relación con Eusebio nos ha deparado, en todos estos años hemos sido testigos de eso que ha constituido lo que podríamos llamar, sin temor a exagerar, «la obra de su vida».

La labor de Eusebio Leal al frente de las tareas titánicas de la reconstrucción de nuestra Habana Vieja, merece un lugar entre las grandes gestas de nuestra Patria.

Junto a la imponente vastedad de sus logros palpables, ambientales y arquitectónicos, que no cesan de asombrarnos, sorprende aún más la profundidad de esa refundación espiritual que late en cada espacio rescatado de la desidia y el olvido. Porque ha sido mucho más que poner piedra sobre piedra, que levantar templos, rescatar palacios, o refundar jardines

y vetustas plazas. Ha sido sobre todo la tarea de repensar la ciudad como un organismo vivo, y hacerlo con el imperativo del rigor, del fervor e incluso del primor que se pone solo en las esencias más amadas.

Eusebio ha sabido interpretar las señales de la ciudad desde su historia, sus perfiles barrocos, su crisol de etnias, su devenir ecléctico, restituyendo la dignidad olvidada de los oficios primigenios, el sentido original de los nombres en cada calle, pero también desde una mirada de artista, que sabe ver lo que fue y adivinar lo que aún no existe: la ciudad cifrada en metáforas que son la clave de su resistencia y su futuridad.

Su esfuerzo, amoroso e incansable, al restituir los trazados de una ciudad parece cumplir los designios que cantaron músicos y poetas:

*...y siempre estás, ciudad, ensimismada,  
creándote la eterna semejanza,  
desdeñando la muerte,  
cortándole el aliento con tu risa,  
poniéndola de espalda contra un muro,  
inventándote el mar, los cielos, los sonidos,  
oponiendo a la muerte tu estructura  
de impalpable tejido y de esperanza.<sup>1</sup>*

Contemplar la epopeya de Eusebio en el rescate de nuestra Habana Vieja ha sido como ver despertar una

<sup>1</sup> Gastón Baquero. «Testamento del pez». Fragmento.

ciudad dormida, para lograr, paradójicamente, que podamos seguir soñando con ella y en ella.

Por esto, merece un lugar junto a los fundadores espirituales de la Patria.

JOSÉ MARÍA VITIER

Músico y compositor (Cuba, 1954)

y SILVIA RODRÍGUEZ RIVERO

Artista de la plástica y productora discográfica

(Cuba, 1952)

## SU INCESANTE DEDICACIÓN

---

**C**onocí a Eusebio a finales de la década de 1970, cuando cursaba estudios de Licenciatura en Historia en la Universidad de La Habana, especialidad de la cual yo era profesor.

Para ser exacto diré que allí lo traté personalmente, pues desde antes era una personalidad sobradamente conocida por haber creado, casi desde la nada y con escasos medios, un magnífico museo histórico en el antiguo Palacio de los Capitanes Generales tras ser este abandonado por el gobierno municipal, genuina proeza con que dio inicio a un audaz proceso de restauración del casco histórico habanero.

Venía además precedido por la fama de una singular capacidad oratoria, facultad que le permitía congregar a cientos de personas para hablarles del pasado de su ciudad, logro punto menos que prodigioso en un gremio como el de los historiadores, para el cual la elocuencia ha sido una virtud tan incierta como preciada.

Sin embargo, en el complicado mundo que vivimos tanta notoriedad no representó una ventaja neta para el novel alumno. Algunos cuestionaron que se le hubiese permitido matricular en la universidad careciendo de un título que acreditase el nivel de enseñanza precedente.

Ciertamente, la educación básica de Leal había sido bastante irregular, circunstancia que no fue óbice para que adquiriese de manera autodidacta una amplia, impresionante, cultura personal.

Si dicho déficit formativo de algún modo le afectaba, era sobre todo en la destreza que todo estudiante habitual adquiere para preparar pruebas y exámenes, presentar trabajos e ir satisfaciendo las exigencias que le permiten aprobar una asignatura tras otra hasta culminar en la graduación.

En las adversas circunstancias de un curso nocturno, al cual llegaba con visible cansancio o a veces se veía impedido de asistir, Eusebio hizo gala de una modestia y tenacidad ejemplares, las cuales —con el inestimable apoyo de Raida Mara Suárez, condiscípula y colaboradora— le permitieron cubrir con éxito las sucesivas metas curriculares y obtener el deseado título. De Licenciado en Historia, claro está, porque el de historiador ya lo poseía, pues esa condición no la acredita universidad alguna sino solamente el trabajo y sus resultados.

Durante medio siglo de incesante dedicación Eusebio Leal ha cultivado la Historia de Cuba y en particular de La Habana. Su juicio, ponderado y valeroso, exalta a los héroes y enaltece las glorias patrias sin escamotear yerros ni ocultar pecados. Con el pico y la pala, acarreando algún mueble tan valioso como pesado, escudriñando en los archivos, desde la tribuna o en el escritorio, ha conseguido plasmar una obra imperecedera.

Como Historiador de la Ciudad de La Habana, concibió proyectos, desplegó labores y ha alcanzado realizaciones que el fundador de esa Oficina –Emilio Roig de Leuchsenring–, con toda probabilidad, nunca llegó a imaginar.

Hay a esta altura del camino razones más que suficientes para que Eusebio pueda darse por satisfecho. Solo que quienes lo conocen, saben que le resultará imposible.

OSCAR ZANETTI LECUONA  
Historiador, académico e investigador  
(Cuba, 1946)

# ÍNDICE



Prefacio / 7

Acosta, Luz Merino / 13

Agüero Benítez, Nisia / 17

Alfonso, Liza / 19

Alonso, Alicia / 22

Arrufat, Antón / 24

Arteaga Rojas, Haydeé / 30

Barcia Zequeira, María del Carmen / 34

Barclay, Juliet / 40

Barnet, Miguel / 47

Bello Romero, Ángel / 48

Betto, Frei / 49

Bolívar Aróstegui, Natalia / 51

Brouwer, Leo / 56

Bustos, Isabel / 57

Cairo Ballester, Ana / 58

Cannatello, Alfredo / 62

Capolongo, Domenico / 64  
Castellanos, Socorro / 68  
Chávez, Rebeca / 71  
Chile, Roberto / 74  
Collazo Usallán, Gladys / 77  
Delgado García, Gregorio / 81  
Domínguez, Nelson / 82  
Estrade, Paul / 83  
Fabelo, Roberto / 87  
Famiglietti, Tekla / 89  
Fernández, José Ramón y Asela de los Santos / 92  
Fernández-Cavada y París, Fernando / 93  
Fernández Ortiz, Ketí / 94  
Fernández Retamar, Roberto / 98  
Fernández, Frank / 102  
Fornés, Rosita / 105  
Fornet, Ambrosio / 107  
Foster, Norman / 109  
Gadles Mikowsky, Salomón / 111  
Garatti, Vittorio / 113  
García Arévalo, Manuel / 115  
García-Carranza, Araceli / 120



García Marruz, Fina / 122  
García Pascual, Luis / 123  
García del Pino, César / 124  
Gómez Haro, Claudia / 126  
Gómez Haro, Germaine / 131  
González Barrios, René / 136  
González Cías, Sergio / 141  
González Romero, Santiago / 143  
González, Reynaldo / 148  
Guayasamín, Pablo / 152  
Hart Dávalos, Armando / 154  
Hartmann Matos, Alejandro / 157  
Hevia, Liuba María / 166  
Juan, Adelaida de / 169  
Jubrías, María Elena / 172  
Lapique Becali, Zoila / 175  
Larramendi, Julio / 176  
Leal, Alicia / 179  
Lesnik, Max / 181  
Linares Ferrera, José (Pepe) / 183  
López Morales, Gloria / 188  
Marañón, Gregorio / 192

Mayor Zaragoza, Federico / 196  
Moreira, Juan / 199  
Morejón, Nancy / 201  
Mulet, Ileana / 205  
Núñez Velis, Liliana (Lilo) / 212  
Oliver Labra, Carilda / 213  
Orbegoso Ponce de León, María de / 215  
Ortega Alamino, Jaime / 216  
Pérez Vidal, Amaury / 222  
Petit Vergel, Alfredo Víctor / 224  
Pogolotti, Graziella / 228  
Portuondo, Omara / 230  
Prieto, Abel / 231  
Quintanilla, Juan / 235  
Riccio, Alessandra / 237  
Roa Kourí, Raúl / 240  
Rodríguez, Silvio / 249  
Rodríguez, Pedro Pablo / 251  
Rodríguez Pérez, Graciela (Chela) / 256  
Rodríguez, Irene / 259  
Rojas, Marta / 262  
Romeu, Zenaida / 267

Roncero, Emilio / 269

Ruiz Brandi, Margarita / 272

Silva Taboada, Gilberto / 274

Suárez Portal, Raida Mara / 276

Thielmann, Klaus / 279

Torres-Cuevas, Eduardo / 284

Uña Fernández, Manuel / 289

Ussorio, Serge / 292

Vitier, José María y Silvia Rodríguez Rivero / 296

Zanetti Lecuona, Oscar / 300

El 11 de septiembre de 2017 Eusebio Leal Spengler arribó a sus setentaicinco años de vida, y el 11 de diciembre cumplió medio siglo al frente de la Oficina del Historiador de la Ciudad, la institución que es eje rector de su existencia y depositaria de su legado. En prenda de gratitud, más allá de lo efímero, ¿qué obsequio podría conmemorar ambos acontecimientos sin lastimar su acostumbrada modestia? Como respuesta surgió este abrazo múltiple: el abrazo de gente que lo admira, que lo quiere, que le debe, que lo venera, gente para la cual este hombre de la historia universal ha sido y sigue siendo una inspiración fecundante.



EDICIONES BOLOÑA  
PUBLICACIONES DE LA OFICINA DEL HISTORIADOR

